ELÉCTRICO: VOLUMEN CUATRO

COMBUSTIÓN

Mi último primer beso

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

E. L. TODD

COMBUSTIÓN

Eléctrico #4

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o del autor, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

COMBUSTIÓN

Copyright © 2018 por E. L. Todd Todos los derechos reservados.

UNO

Pasó una semana.

Tenía la mano pegada al teléfono, esperando un mensaje o una llamada. Lo llevaba conmigo a todas partes, incluso lo dejaba sobre la encimera del baño mientras me duchaba, por si necesitaba contestar rápidamente. Cuando dormía me lo colocaba sobre el pecho para enterarme al instante si me llamaban.

Pero Taylor no llamó.

Se suponía que debía ser paciente y darle espacio, se suponía que tenía que ser comprensivo y mantener la calma.

Pero estaba empezando a darme cuenta de lo imposible que me resultaba.

Odiaba mi apartamento con todo mi ser. Olía a ella, estaba lleno de sus antiguos susurros, que levantaban ecos desde las esquinas. Todavía tenía unos calcetines suyos encima de la cómoda, además de un tanga. Todo lo que había dejado tras de sí me torturaba.

Porque ella no estaba ahí.

En una ocasión me había encantado estar solo. Adoraba tener mi propio espacio y mi silencio; el aislamiento era mi manera de reconfortarme. Pero ahora me resultaba aterrador. La ausencia de su voz y de su risa me debilitaba.

No podía soportarlo más.

Fue entonces cuando me empezó a temblar la mano y alcancé el teléfono con dedos inquietos. Quería llamarla sólo para oír su voz. Quería suplicarle que volviera conmigo. No estaba en mi naturaleza el caer en la desesperación, pero con ella había abandonado todos mis trucos.

Recuperé las fuerzas por un instante y volví a dejar el teléfono.

En lugar de llamar, simplemente me quedé mirándolo.

¿CUÁNTO TIEMPO TENÍA QUE ESPERAR?

No podía seguir guardando silencio.

Una semana era tiempo suficiente.

Ya debería estar lista para hablar.

¿Verdad?

Sabía que debía de mantener las distancias, pero era incapaz de seguir haciéndolo. Siete días completos era demasiado tiempo, y no podía esperar ni un minuto más. No, no podía esperar ni un segundo

más.

Me planté frente a su puerta y llamé con los nudillos, metiendo después las manos en los bolsillos de los vaqueros y notando cómo se me hundían los hombros. Ahora que toda mi felicidad había desaparecido, no estaba muy seguro de cómo seguir adelante. ¿Cómo iba a meterme en mi cama cuando ella no estaba a mi lado? ¿Cómo me levantaría por las mañanas cuando me faltaba la motivación necesaria para hacer cualquier cosa?

Taylor abrió la puerta con gestos lentos y ojos indecisos. No odiaba mi presencia, pero tampoco se entusiasmaba de verme. Mantuvo una mano en la puerta, como si sospechara que aquella conversación iba a ser muy rápida.

No era buena señal.

—Hola.

No sabía cómo proceder ahora que estaba allí. Mi corazón deseaba verter todo mi caos emocional sobre sus hombros, pero sabía que no ganaría nada haciéndolo. Tenía que ir con cuidado, como si fuera un diplomático manipulador.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. ¿Y tú?

«Mal. Terrible. No puedo dormir. No puedo comer».

—Bien.

Taylor se apoyó contra la puerta y bajó la mirada al suelo, sin saber muy bien qué más hacer.

Mantuve las manos en los bolsillos, sintiendo cómo crecía la tensión. Si nuestra conversación estaba siendo así de forzada, estaba claro que Taylor no estaba lista para hablar. Lo que debería hacer era marcharme y volver a intentarlo en otro momento, pero ahora que la tenía delante no quería irme a ningún sitio; la echaba de menos. Mirar su hermoso rostro me daba una sensación de paz. Sus labios parecían tan inclinados a los besos como siempre, y me hicieron falta todas mis fuerzas para no acunarle el rostro entre las manos y darle un fuerte beso en la boquita de piñón.

—¿Cómo va el trabajo?

—Va bien —dijo—. Los chicos están ansiosos por las vacaciones de Navidad, y ahora mismo se comportan como monstruos.

—No es nada que no puedas manejar.

No sonrió ni hizo gesto de haber oído mi cumplido.

Había erigido murallas de acero a su alrededor, y las catapultas que constituían mi conversación no hacían más que rebotar y caerme encima.

—Sólo quería pasarme para ver cómo estabas. Ver si estabas bien.

—Estoy bien —dijo—. Ha sido difícil, pero lo superaré.

¿Qué clase de respuesta era esa? ¿Qué quería decir con que lo

superaría?

—¿Puedo entrar?

—Eh… —Miró el apartamento por encima del hombro, sin saber cómo responder.

Esta vez no esperé, sencillamente entré sin mirar atrás.

Taylor cerró la puerta a mi espalda antes de acercarse.

—¿Quieres tomar algo?

—Estoy bien. —Lo único que ansiaba beber era a ella. Lo que realmente necesitaba eran un abrazo. Quería rodearla con los míos y alabar el olor de su cabello. Quería abrazarle las caderas, quería sentir su corazón latiendo contra mi pecho a través de la ropa. Aquello era lo que necesitaba.

—De acuerdo. —Se cruzó de brazos, manteniendo siempre dos pasos de distancia entre nosotros.

Me estaba manteniendo lejos a propósito, negándose a permitir que me acercarse, ya fuera física o metafóricamente.

—¿Qué has estado haciendo? —Intenté recurrir a cualquier cosa. La conversación solía fluir con naturalidad entre nosotros, pero ahora las palabras se quedaban colgando en el aire, estancadas e intolerables.

—He estado por casa; no me apetecía mucho salir.

A mí tampoco.

—¿Y tú?

—Más o menos lo mismo. —Excepto que pasaba cada segundo del día deseando estar muerto.

—Espera un momento, ahora vuelvo. —Taylor se adentró en el pasillo y desapareció dentro de su dormitorio.

Quizás debería haberla seguido y acorralarla contra el colchón. Podría haberla forzado a ser mía, podía haber hecho que se enamorase de mí como ya lo había hecho tantas veces. Podríamos dejar que nos arrastrase aquel deseo mutuo qué sentíamos, y todo lo demás se desvanecería.

Pero aquello me hubiese convertido en un capullo.

Volvió un momento después con una caja entre las manos. Dentro había algunas de mis camisetas y unos pantalones de deporte, además de mi cepillo de dientes y otros artículos de aseo.

—Quería devolverte esto.

Me quedé mirando la caja, inexpresivo, incapaz de procesar lo que significaba exactamente. Era demasiado doloroso, demasiado hiriente. No podía respirar; dolía demasiado. Seguí con las manos en los bolsillos mientras miraba la caja que contenía mis pertenencias, y mi mirada se desvió lentamente hacia ella, incapaz de disimular el dolor.

Taylor no pudo soportar mirarme y apartó la vista.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —No pude evitar que mi voz lo hiciese sonar como una amenaza. Ya no podía mantener la calma; Taylor me estaba torturando.

—Volt… Creo que es hora de seguir adelante con nuestras vidas.

¿Seguir adelante?

—No, no vamos a seguir adelante con nuestras vidas. Creía que sólo necesitabas algo de espacio, y ahora me haces esto…

—No estoy intentando hacerte daño.

Le arranqué la caja de las manos y la tiré al suelo.

—No voy a quedármela, así que no te molestes.

Se quedó con las manos en el aire, en la misma posición que cuando sostenía la caja, y fue bajándolas poco a poco.

—Sé que tuvimos una pelea intensa, y que me comporté como un idiota, pero romper no es la solución. Lo superaremos. Tómate todo el tiempo que necesites, pero no me tires mis cosas a la cara.

—Volt, ya hemos roto. No es algo que esté pasando ahora.

—No. Hemos. Roto. —Si creía que iba a dejarla marchar, entonces es que debía de ser estúpida. Si intentaba escaparse de entre mis dedos sólo conseguiría que me aferrase a ella con más fuerza. Nos amábamos demasiado como para recorrer caminos separados.

Demasiado.

Taylor cerró los ojos, intentando mantenerse tranquila.

—Para mí tampoco es fácil.

—Ha parecido de lo más fácil cuando me has echado mis cosas encima.

Abrió los ojos, pero no me miró. Miró a través de mí, como si el contacto visual fuera algo demasiado íntimo.

—Me disculparé todas las veces que haga falta. Haré lo que quieras con tal de que esto funcione. No voy a rendirme.

—Volt, no lo estás entendiendo.

—Eso está claro.

Desvió la vista hacia mí.

—No va a funcionar. Te quiero, sabes que lo hago, pero… No puedo volver a repetirme.

—Pues vas a tener que hacerlo, porque no lo comprendo.

Cruzó los brazos sobre el pecho, cerrándose a mí.

—Sé que la he jodido, y no estoy buscando excusas, pero te prometo que no volveré a comportarme así. Nunca volveré a tratarte de ese modo. La lamento desde lo más profundo de mi corazón; no te lleves algo que era bueno para los dos. Recuerda lo que teníamos y concéntrate en eso, no en una única semana mala.

Siguió tan inmóvil como una estatua, y sumida en el mismo silencio que una.

—Ahora todo es diferente, Volt. Ya no te veo con los mismos ojos

que antes.

Cada una de sus palabras me rompía el corazón, un corazón que ya estaba partido en dos y nunca sanaría, no si todo seguía así.

—Sí que lo haces.

—No.

—Pero todavía me amas; eso es todo lo que importa.

—Pero no confío en ti, y está claro que tú no confías en mí.

—Eso no es cierto. Simplemente… perdí los papeles en una ocasión. No lo uses en mi contra cuando soy tan perfecto para ti el resto del tiempo.

—No digo que no hayas sido bueno para mí, porque sí que lo has sido. Lo que teníamos… fue hermoso. Pero siempre es así en los inicios de una relación, cuando todo gira alrededor del sexo y de las palabras. Pero en cuanto nos cruzamos con un bache saltaste a por mí. Va a haber muchos más baches en el camino, y no puedo estar con un hombre con un temperamento como el tuyo. No puedo estar con un hombre que me habla de esa manera. No puedo ir con pies de plomo cada vez que tengamos un desacuerdo.

Cerré los ojos a medida que el odio hacia mí mismo me invadía. Mi ataque de ira lo había echado todo a perder, y no podía culparla por no aceptarlo. Había perdido la cabeza, y nada de lo que dijera ahora convencería a Taylor que había sido algo fuera de la norma. Nunca me había comportado así en el pasado cuando alguien me la había jugado. Había sido una única vez, pero Taylor nunca me creería.

—Te amo. De verdad. Pero… Lo siento.

Nunca creí que volvería a ser feliz, y entonces Taylor había llegado a mi vida. Lo había arreglado todo, había hecho que volviese a sentirme completo, y después, con la misma rapidez, me lo había arrebatado todo, dejándome desolado en mitad del desierto más ardiente.

Retrocedió un paso, todavía con los brazos cruzados.

—Creo que lo mejor será que te marches.

No me quedaba nada que hacer allí. Ya había dicho lo que tenía que decir, y había oído todas aquellas cosas que no había estado listo para oír. Mi espíritu de lucha murió en mi interior, haciéndome un nudo en el fondo de la garganta.

—Te juro que no estoy intentando hacerte daño.

—Bueno, pues lo estás haciendo. —Le di la espalda, incapaz de mirarla a los ojos. Tenía los hombros tensos por el dolor, y el corazón me escocía ante su rechazo. Me dolía todo, desde la punta de los pies hasta la punta de la nariz.

Taylor no dijo nada más, mirando cómo salía de su apartamento. Ni siquiera intentó volver a darme la caja con todas mis cosas. Me dejó marchar en silencio.

¿Le dolía tanto como me dolía a mí?

¿Deseaba morir tanto como lo deseaba yo?

¿O yo era el único que sentía aquel dolor tan arrollador?

CLAY ME ESTUDIÓ desde el otro lado de la mesa, con un portaminas entre los dedos.

—¿Estás bien, tío?

—Estoy bien. —Llevaba una semana sin dormir. No comía, y era incapaz de concentrarme en nada durante más de un minuto, no a menos que estuviera pensando en Taylor. Me había destrozado, me había reducido a pedazos tan pequeños que era imposible recomponerme.

—No pareces estar bien…

—Es sólo resaca. —Aquello debería ser suficiente para que dejara el tema.

—No, no es resaca —respondió—. Tengo dieciséis años, pero no soy estúpido.

—Déjalo ya, ¿vale? —Me eché atrás en la silla y me crucé de brazos—. Sigue trabajando. Tu examen es dentro de nada; no malgastes más tiempo.

—Estoy preocupado por ti. —Cerró el libro, dirigiéndome una mirada vulnerable que no solía mostrar—. ¿Qué ha pasado?

—Es sólo que… —Me percaté de que le contaba a Clay cosas que nunca le decía a nadie más. Se había convertido en mi confidente, en mi amigo—. Taylor me ha dejado.

Me miró fijamente con la misma expresión, sin saber muy bien qué significaba aquella frase.

—¿Que te ha dejado?

—Ha roto conmigo —expliqué—. Hice algo increíblemente estúpido y he pagado el precio.

—Lo siento, Volt. Sé que te hacía feliz.

—Sí… lo hacía. —Y nunca volvería a serlo tanto.

Clay rebuscó en busca de algo en su bolsillo y sacó una piruleta, de aquellas que tenían el centro relleno de caramelo recubierto de una pegajosa capa de azúcar de manzana ácida.

—¿Te gustan los caramelos?

Era todo lo que tenía, y había elegido dármelo. Aquel gesto no me pasó por alto, y no pensaba ofenderlo rechazándolo.

—Gracias, es justo lo que necesito. —Se lo cogí de la mano y le quité el envoltorio—. ¿A quién le importa cuidarse los dientes?

DOS

Estaba sumida en la miseria.

Era justo lo que había esperado, pero me dolía más de lo anticipado. Pedir a Volt que se marchara y abandonar lo nuestro fue duro, y más difícil de lo que me permití mostrar. Aunque ya estaba todo hecho, yo seguía amándolo.

Siempre lo amaría.

Pero si había explotado de aquel modo en los inicios mismos de la relación, ¿qué posibilidades teníamos? Me había llamado puta y me había sacudido como si fuera una muñeca de trapo. Había revelado cómo era en realidad, cómo era su temperamento cuando se descontrolaba.

¿De verdad podía estar con alguien así?

Había creído que Volt era mi príncipe azul, que ya había besado a mi ración de ranas y por fin había encontrado mi final feliz.

Pero me había equivocado.

Iba a trabajar cada día, como siempre, y llevaba a cabo cada paso, pero no estaba realmente presente. El señor Davidson se pasaba como siempre había hecho, pero había vuelto a ser un compañero de trabajo y amigo. Natalie también aparecía a menudo, haciéndome preguntas sobre Volt.

Siempre cuando por fin había conseguido dejar de pensar en él.

En casa me quedaba sentada en el sofá y miraba la televisión. Ignoraba las tareas de la escuela; ya no me importaban. Por ahora nada me importaba. Excepto Volt

No estaba seguro de lo que pasaría con nuestro grupo, pero puesto que Volt había sido amigo de todos desde antes que yo apareciese, creí que lo mejor sería alejarme un poco. Seguía viendo a Natalie a diario en el trabajo, así que no pasaba nada. Tampoco era como si no fuera a volver a verla nunca.

Cambié de canal; no echaban nada interesante. O más bien nada era interesante porque ya lo había visto todo. Había visto hasta la última película del oeste, todas las clásicas y todas las películas de acción que emitían durante las horas de luz. Había visto las reemisiones de Friends, y no me había reído ni una vez.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

El corazón me dio un salto, guardando la esperanza de que fuera Volt quien estuviera al otro lado. Había roto con él, pero seguía deseándolo. Seguía apareciendo noche tras noches en mis sueños, y cuando me despertaba por las mañanas siempre tanteaba su lado de la cama, esperando encontrarlo.

Y entonces recordaba que ya no estaba.

Comprobé la mirilla, y me decepcionó ver que Derek me estaba haciendo una visita. Abrí la puerta, todavía envuelta con la manta.

—Hola.

Derek me miró de la cabeza a los pies, tomando nota de mi viejo pijama manchado de salsa de espaguetis y la manta sucia bajo la que no dejaba de esconderme.

—Acabo de hablar con Volt.

—Sí, todo lo que has oído es verdad. —Volví al sofá y me dejé caer sobre los cojines, pegando las rodillas al instante contra el pecho y volviendo a centrar toda mi atención en la televisión.

Derek se sentó a mi lado, con la mirada fija en mi rostro.

—Está destrozado, por si no lo sabes.

Lo sabía.

—Y tú pareces todavía más destrozada, así que vamos a dejarnos de estas tonterías y vamos a su casa.

—¿Dejarnos de estas tonterías? —pregunté con frialdad.

—Tardasteis una eternidad en juntaros, y lo digo en serio. Una eternidad. Así que arreglad vuestras diferencias y comprended qué es lo importante. Él te quiere, y tú lo quieres a él.

—Sí que lo quiero, y sé que él me quiere. —Mantuve los ojos clavados en la televisión.

—Entonces haz que funcione. Venga, detesto ver a mis mejores amigos en este estado. Nunca lo había visto tan hundido.

Y yo nunca lo había estado tanto.

—¿Te ha dicho lo que ha pasado?

Cambió de posición, incómodo, respondiéndome sin tener que decir nada.

—Sí… lo ha hecho.

No hacía falta que dijera nada más.

—Admito que eso fue pasarse de la raya, y violento, pero jamás hubiese creído que algo así hubiese pasado si no me lo hubiera contado él mismo. Y no lo hubiese hecho porque Volt no es así. Nunca lo he visto reaccionar de ese modo. No estoy intentando quitarle importancia a lo que te ha pasado, pero puedo decir con sinceridad que nunca volverá a hacer nada parecido. Dale otra oportunidad.

—Puedo asumir todo eso. Todo el mundo comete errores, y yo no soy una excepción. —Me giré para mirarlo, viendo la esperanza en sus ojos—. Y el problema no es realmente su comportamiento. Puedo perdonarle que me dijera esas cosas y la manera en que me agarró, y que me hiciera pasar un infierno durante toda una semana. Porque lo quiero. Claro que puedo perdonárselo.

—Entonces ve a hablar con él —susurró—. Por favor.

Todavía no había acabado.

—Pero no puedo perdonarle la razón por la que pasó. Sacó

conclusiones precipitadas sobre lo que vio en lugar de hablar conmigo. Si hubiese confiado en mí como dice, me habría preguntado al respecto, y puede que me hubiera gritado y chillado, pero me habría hecho frente. Lo habríamos hablado cara a cara. Pero en lugar de eso me apartó a un lado sin decirme siquiera lo que ocurría. Si no hubiese descubierto qué había pasado, ¿cómo habría acabado todo? Nunca habría sabido por qué se había roto nuestra relación. La gente con relaciones de verdad no actúa de esa manera. Su comportamiento me dice que no confía en mí, y que nunca lo ha hecho.

—Veo por qué te sientes así… pero no estoy de acuerdo.

—No quiero ser maleducada, pero no me importa si lo estás o no.

Hizo una mueca ante mi insulto.

—Mira, no sé exactamente que le pasó a Volt en el pasado, pero antes tenía una novia, e iban bastante en serio. Y un día rompieron, así, sin más. Nunca me ha explicado por qué, y siempre ha actuado como si no hubiese ocurrido nada; fue entonces cuando empezó a comportarse de manera diferente. Se convirtió en un Don Juan adicto al sexo, y creo que eso podría haber tenido algo que ver. No seas tan dura con él.

—Si eso fuera cierto, me lo habría contado.

—Hace mucho tiempo que soy su mejor amigo, y nunca me ha hablado de ello. Fuera lo que fuera lo que ocurrió, lo mató por dentro. Puede que nunca llegué a contárselo a nadie.

—Pero si eso fuera relevante en nuestra ruptura, ya habría dicho algo. Si fuera algo vital que pudiera conseguir que siguiéramos juntos, me lo diría. Así que no tiene nada que ver. —Ojalá no fuera así; así tendría una excusa para perdonarlo.

Derek suspiró, dándose por vencido.

—Derek, no quiero que las cosas sean así, de verdad.

Inclinó la cabeza.

—Lo sé.

—Y si fuera cualquier otro hombre, me dirías que echara a correr y no mirase atrás.

No me dio la razón, pero no hacía falta.

—Así que tengo que dejarlo.

—Lo sé. Es sólo que… Volt era tan feliz.

—Lo sé. —Los ojos se me aguaron sólo de pensar en ello. Echaba de menos la manera en que me besaba. Echaba de menos cómo me hacía el amor. Echaba de menos cómo me miraba. Saber que jamás volvería a experimentar ninguna de aquellas cosas me rompía el corazón—. Yo también era feliz.

—CREO que estás siendo un puto grano en el culo. —Natalie se detuvo a mi lado en la barra, vestida con un vestido que más bien parecía una segunda piel y con un brazalete de oro en la muñeca—. Volt es un gran partido; cualquier chica de este bar mataría para estar con él. No lo tires a la basura.

Ya le había contado la historia, pero aquello no parecía importarle.

—No quiero hablar más de ello.

—Porque sabes que tengo razón.

—No; porque todo el mundo necesita dejarlo de una vez.

—¿Me estás diciendo que de verdad estás pensando en encontrar a otro tío al que vayas a amar tanto como a Volt? ¿De verdad crees que conseguirás encontrar a alguien que te haga así de feliz? Porque deja que te lo diga, los tíos tan guapos, ricos y dulces como Volt no aparecen a menudo.

—¿Así que debería dejar que me trate como le apetezca? —le espeté.

—No, me refiero a que…

—Nat, tú eres quien ha dejado a un chico genial para estar con Jared, aun a pesar de que te estuvo dando largas durante tres años. No te juzgo por tus decisiones, así que no me juzgues tú por las mías.

Después de eso por fin cerró la boca, pero noté que le había hecho daño en lo más profundo. Dejó el vaso y me dio la espalda.

—Tengo que empolvarme la nariz… —Se alejó camino al baño, con los hombros un poco más hundidos que antes.

Gruñí para mí misma y dejé mi copa. ¿Por qué le había hablado de aquella manera? En el fondo sabía que estaba intentando ayudarme, pero simplemente detestaba cuando la gente me decía lo que tenía que hacer.

—Parece que te hace falta otra copa. —Un hombre atractivo apareció de la nada y dejó un vaso a mi lado—. Un cosmo, ¿verdad?

Jamás aceptaba copas de desconocidos, pero parecía un tipo agradable incapaz de drogar a nadie, y dudaba mucho de que le hubiera echado nada a la bebida, así que elegí ser agradable por una vez.

—Lo has adivinado.

—Me alegro de que tu amiga se haya ido; es mi momento bajo los focos.

—Espero que arrases.

—Me llamo Ashton. Me he mudado por aquí hace poco.

—Te encantará la ciudad, aunque primero tendrás que acostumbrarte a ella. ¿De dónde vienes?

—De Iowa.

—Oh, guau. Entonces es todo un cambio.

—Sí, todavía no he visto ni un granero. —Se rió entre dientes.

También me reí.

—Lo siento, no he oído bien tu nombre.

—Taylor.

—Qué bonito. —Tomó un trago de la cerveza que tenía en la mano—. Bueno, Taylor, creo poder decir con seguridad que tenemos buena química. Quizás deberíamos salir a cenar algún día; puedes elegir dónde.

Ni hablar, no pensaba salir con nadie, no cuando acababa de romper con Volt. Sinceramente, ni siquiera me imaginaba volviendo a tener jamás una cita. Todo mi cuerpo se había bloqueado, y era capaz de sentir ni siquiera una pizca de excitación por nadie que no fuera Volt.

—Me siento muy halagada, pero… —Sentí cómo me cubría una sombra, como si una densa nube de lluvia acabara de tapar el sol. Se quedó flotando sobre mí, haciéndome anticipar el trueno y el rayo. La amenaza llenó el aire, tensándome todos los músculos del cuerpo de puro miedo.

Alcé la vista y vi a Volt allí de pie, con aspecto aterrador. Su rostro carecía de expresión, pero sus ojos transmitían la advertencia. Quería romperle el cuello a aquel tío por atreverse a respirar siquiera el mismo aire que yo; quería estrangularlo por acercarse demasiado. Y quería decirme cuatro cosas sobre aquella clase de traición.

Se giró hacia Ashton, cuadrando los hombros e intimándolo con una mirada.

—Largo.

No hizo falta que se lo dijera dos veces; Ashton giró en seco y procuró marcharse lo más rápido posible.

—Espera. —Volt recogió el vaso de cosmo y se lo puso contra el pecho—. Llévate el meado contigo.

Ashton sujetó el vaso con una mano temblorosa, sin quejarse aun a pesar de haber acabado con la camisa empapada, y se perdió entre la gente.

Volt ocupó su lugar delante de mí, mirándome como lo haría un rey a punto de ejecutar a unos de sus súbditos.

—¿A qué leches ha venido eso? —le espeté—. Era agradable, no hacía falta que te comportases de esa manera.

Me miró fijamente, con la vena del cuello palpitándole.

—Acabamos de romper, ¿y ya estás ligando por los bares? ¿Tan

poco he significado para ti? ¿Qué cojones pasa contigo, Taylor?

—No estoy ligando, sólo estaba…

—Vestida con ese vestido tan ajustado y flirteando con un cualquiera después de que te invitara a una copa. Me parece que está bastante claro.

—Volt…

—Yo estoy completamente deprimido y, mientras tanto, tú sales por ahí para divertirte. Puede que hayamos roto, pero esto no está bien. No puedo creer lo poco que he significado para ti.

—No iba a salir con él.

—Ya, claro —respondió con sarcasmo.

Mi temperamento se desbocó con todas sus fuerzas.

—Como si tú no te hubieras follado ya a una docena de mujeres.

Entrecerró los ojos.

—¿De verdad crees que haría algo así?

—No lo sé, dímelo tú. —Quería saber si había estado con otra persona que no fuera yo. Quería saber si seguía siendo la única para él. Si realmente fuera así, quizás podríamos arreglar lo de nuestra relación. Quizás podríamos ir poco a poco. Pero si decía lo contraría, me mataría por dentro.

—¿Sabes qué? El que hayamos roto es lo mejor que me ha pasado nunca. —Cogió mi copa y se la acabó de un solo trago—. Le he dado mi corazón a una persona que se ha dedicado a pisotearlo sin misericordia. Sabía que acabaría pasando. Me convencí de que eras distinta, pero no lo eres; eres como todas las demás. —Dejó el vaso sobre la barra con tanta fuerza que éste se rompió, desperdigando trozos de cristal por todas partes. Volt ni siquiera parpadeó—. Vas a tener que disculparme, tengo que ir a un sitio. —Y con eso se marchó, perdiéndose en el fondo del local.

Me quedé en mi sitio, mirando la manera en que los cristales reflejaban las luces que colgaban del techo. La barra estaba cubierta de pequeñas gotas de mi cóctel. Cuando estaba frente a Volt era capaz de mantener la compostura, pero en cuanto se hubo ido sentí cómo empezaba a sollozar desde lo más profundo del pecho. No quería llorar, detestaba aquella sensación, pero sabía que era inevitable.

No pude detener las lágrimas.

PASARON DOS SEMANAS sin que supiera nada de Volt.

A estas alturas seguramente ya se hubiese acostado con al menos una docena de mujeres.

Bloqueé aquel pensamiento, o volvería a dejarme destrozada igual que la última vez.

Intentaba no pensar en él en un esfuerzo de seguir adelante con mi vida. Guardé su caja en el fondo del armario para no tener que verla, cambié todas las sábanas para que nada me recordara a él, y limpié el apartamento a fondo para que no quedara ni rastro de su olor.

Pero era incapaz de dejar de soñar.

Volt siempre acudía a mí mientras dormía. No era agresivo ni maleducado como lo era en la vida real; en mis sueños era tierno y cariñoso, tal y como lo había sido en el pasado. Aquellos sueños eran los peores; me despertaba llorando y echando de menos aquellos días más incluso de lo que echaba de menos mi hogar.

Fueron dos semanas en las que el tiempo se ralentizó. De alguna manera, mi depresión hacía que todo avanzara más despacio. Los segundos parecían minutos, y los minutos, horas. Nunca había tenido el corazón tan hecho pedazos.

Y el que fuera mi mejor amigo lo empeoraba más todavía.

Y ahora no estaba.

Sara era mi otra mejor amiga, pero no se lo contaba todo como lo había hecho con él. Había pasado cada momento libre del que había dispuesto con Volt, jugando a videojuegos o simplemente tirados en el sofá.

Y ahora todo aquello había llegado a su fin.

Quizás no debería haber aceptado tener una relación con él; ahora había perdido tanto a mi novio como a mi mejor amigo. ¿Pero cómo podía arrepentirme de algo que me había ofrecido tanta felicidad? Nuestro tiempo juntos había sido breve, pero hermoso.

Natalie y Sara estaban ahí para mí, y me hacían salir con ellas varias veces a la semana, pero nunca me preguntaban por Volt. No mencionaban su nombre. A veces deseaba que Natalie sacara el tema sólo para poder saber qué estaba haciendo, pero oír hablar de él sólo lo empeoraría todo.

A medida que pasaba el tiempo, mi nostalgia aumentaba. Lo echaba cada vez más de menos, y de repente me encontraba llorando entre las clases por el vacío que se adueñaba súbitamente de mi pecho. Volt había desaparecido de mi vida para siempre. No podía soportar la pérdida. No podía soportar el hecho de que ya no estuviese.

Todo era demasiado.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina, e iba a tener dos semanas de vacaciones. Quería irme a casa y ver a mi familia, pero no me lo podía permitir. No quería pasar sola todas las fiestas, pero sencillamente mi cuenta bancaria no podía soportar un viaje a la otra

punta del país. Y además estaba empezando a pensar seriamente en dejar mi puesto.

No podía seguir trabajando en la Academia Bristol.

El padre de Volt se enteraría tarde o temprano de lo que había pasado entre Volt y yo, y trabajar con él volvería a ser de lo más incómodo. Además, no quería ver nada que me hiciera pensar en él.

Me resultaba demasiado doloroso.

Así que tenía que marcharme.

TRES

Mi enfado duró una semana.

Tuve una pataleta enloquecida durante la cual insulté a todo el mundo que se acercó a mí. Ver a Taylor hablando con aquel tío en el bar me había encabronado. Estaba lamiéndome las heridas e intentando superar los días de uno en uno, y allí estaba ella, flirteando con un cualquiera.

Que la jodieran.

Intenté ligar con algunas mujeres a las que llevarme a casa. Quería follármelas con tanta fuerza como para romper el cabecero de la cama. Quería hacer daño a Taylor de la misma manera en que ella me lo hizo a mí.

Pero no podía.

Tras hablar con aquellas mujeres por un momento, siempre acababa acobardándome. La idea de tocar a alguien que no fuera Taylor me daba náuseas; conseguir una erección hubiese sido imposible. Y además, lo estaría haciendo por las razones equivocadas. No obtendría ningún placer si lo hacía, sólo dolor.

¿Se había acostado ya con alguien?

¿Estaba saliendo por ahí, teniendo citas informales y acostándose con gente a la que acababa de conocer?

Pensar en alguien tocándola me daba ganas de vomitar. Era mi chica. Puede que ya no estuviésemos juntos, pero seguía siendo mi chica. Si se acostaba con otra persona, para mí sería como una traición. Si se enamoraba de otra persona, me mataría por dentro.

Volvería a matarme por dentro.

Ya casi era Navidad, y temía la llegada de las fiestas. Mis padres no dejaban de preguntarme si Taylor iría a comer el día de Navidad, y yo había sido incapaz de decirles que habíamos roto.

Me resultaba demasiado duro decirlo en voz alta.

Todo el mundo estaba entusiasmo en aquella época del año, y a mí no me interesaba en lo más mínimo. Lo único que me había hecho feliz había desaparecido. Me había dejado atrás y me había roto el corazón al menos cinco veces seguidas.

Ojalá nunca me hubiera enamorado de ella.

Estaba deprimido en casa cuando apareció Derek. Estaba volviendo a pasar más tiempo conmigo, intentando conseguir que dejara de pensar en Taylor. Nunca sacaba el tema; eso sólo lo empeoraba, y yo tampoco quería hablar ni pensar en ella.

Ojalá pudiera olvidarla.

Derek había traído una caja de cervezas y me tendió una.

—¿Te apetece una Pale Ale?

—Claro. —Siempre y cuando tuviera alcohol, no me importaba lo que fuera.

Se sentó a mi lado y vimos el partido en un silencio cómodo.

Odiaba mi apartamento. Seguía oliendo como Taylor. Le había hecho el amor sobre aquel mismo sofá, con ella sentada sobre mi regazo y dando botes sobre mi sexo. La había penetrado desde abajo, y los dos nos habíamos dejado inundar por un placer mutuo.

No quería volver a estar soltero. Sólo quería estar con ella, quería volver a tener aquella maravillosa relación. ¿Cómo podía haber perdido algo tan fantástico? ¿Cómo podía darme la espalda con tanta facilidad? ¿Cómo podía estar teniendo ya citas con otros?

Derek se aclaró la garganta mientras emitían un anuncio.

—De acuerdo, no te enfades conmigo.

Iba a mencionarla, y yo no quería oír nada al respecto.

—¿Qué tal si nos lo saltamos y nos quedamos sentados calladitos?

Derek dejó la cerveza sobre la mesita de café y se frotó la barbilla.

—Vas a odiarme durante un rato, pero tienes que escucharme.

—Preferiría no hacerlo.

—Creo que deberías decirle lo que pasó con Sara.

Apreté los dientes en cuanto mencionó aquel nombre. Ya había estado cabreado, pero ahora estaba furioso. Detestaba pensar en aquella zorra. Me había roto el corazón y me había jodido en el proceso, y todavía no me había recuperado.

—Sigo sin saber qué fue lo que pasó, pero sé que, fuera lo que fuera, está afectando a tu relación con Taylor.

—¿Qué relación? No tenemos ninguna relación.

Ignoró mi pregunta.

—No has sido el mismo desde que rompiste con Sara. Caíste en una espiral de sexo y no paraste hasta que Taylor llegó a tu vida. Creo que perdiste los papeles de esa manera por algo que hizo Sara. ¿Me equivoco?

Me negué a responder.

—Díselo a Taylor. Creo que eso marcaría la diferencia.

—No marcará ninguna diferencia.

—¿Cómo puedes saberlo si no lo intentas?

—Porque ya está saliendo con otros tíos.

—No lo está haciendo —me discutió—. Nat me dijo justo el otro día que Taylor sólo sale de casa cuando ella la obliga a rastras.

Deseaba tanto que aquello fuera verdad.

—No está viéndose con nadie, tío. Deja de intentar apartarla de ti; si esperas demasiado sí que acabará siendo demasiado tarde.

Miré por la ventana para evitar su mirada.

—Volt, venga.

—¿Por qué te importa tanto? —espeté.

—Porque eres mi amigo. Y recuerdo lo felices que erais. ¿Es que no quieres volver a ser feliz?

Me encogí de hombros.

—Sí que quieres. Tú habla con ella; ¿qué daño puede hacer eso?

—Podría volver a matarme por dentro.

—Volt…

—He dicho que no.

—Nat me ha dicho que está buscando otro trabajo, algo fuera de la ciudad. De hecho está buscando trabajo en Washington. Así que, si la contratan, se marchará para siempre. Y perderás tu oportunidad.

—Ya he perdido mi oportunidad.

Derek suspiró, frustrado.

—Dará su preaviso de dos semanas en el trabajo después de Navidad, y dudo que vaya a quedarse por aquí después de eso.

No tenía ni idea de qué iba a hacer Taylor por Navidad; seguramente fuera a visitar a sus padres en Washington. Le preguntarían por mí, y les diría que habíamos roto. Puede que incluso se llevase a otro hombre.

Derek me miró fijamente, como si esperase que dijera algo.

—¿Qué?

—¿Ya está? ¿Vas a rendirte así, sin más?

—Ella se rindió hace mucho tiempo.

—¿Y vas a dejar que lo haga? Te estoy dando una última oportunidad de arreglarlo. Hazlo, y si no funciona, entonces podrás seguir adelante con tu vida. Pero si no haces nada… vivirás para arrepentirte.

El partido se había reanudado, así que me dediqué a mirar fijamente la pantalla, intentando evitarlo a propósito.

Derek siguió girado hacia mí, presionándome en silencio.

Estaba cabreado con Taylor. Furioso, en realidad, pero no podía negar lo mucho que me dolía el corazón. Probablemente aceptaría volver con ella incluso si se había acostado contra otra persona.

—Tendrá que ser después de año nuevo; seguramente esté en Washington hasta entonces.

—Va a quedarse en casa —dijo Derek—. No puede permitirse el vuelo.

Por fin lo miré a los ojos.

—¿Va a pasar las Navidades sola?

—La hemos invitado a casa, pero ha dicho que no quiere. Parece que le apetece estar sola.

Siempre me había caracterizado por ser una persona fría, pero ni siquiera a mí me gustaba estar sólo por Navidad.

—Así que, ¿vas a hablar con ella?—insistió.

Cuando lo presentaba todo de aquella manera, hacía que me

sintiera obligado a hacer algo. Me sentí lo bastante motivado como para intentarlo una vez más y esperar lo mejor. Si no funcionaba podría seguir adelante con mi vida; al menos sabría que había hecho todo lo posible para subsanar mis errores.

—¿Volt? —volvió a preguntar.

—De acuerdo —susurré—. Hablaré con ella.

ESPERÉ FRENTE a su apartamento durante casi treinta minutos antes de reunir la valentía suficiente para llamar a la puerta. Golpeé la madera con los nudillos, levantando ecos por el pasillo. El edificio estaba inusualmente silencioso después de que todo el mundo se marchara de la ciudad para pasar las fiestas con sus familias. El día siguiente era Navidad, y estaba nevando con fuerza.

No se oía nada dentro del apartamento. Los pasos de Taylor no hacían el más mínimo ruido, y todo el lugar parecía completamente abandonado. No se veía ninguna luz debajo de la puerta.

Quizás hubiese conseguido reunir el dinero para el vuelo.

Tendría que esperar hasta después de las fiestas para tener aquella temida conversación.

Pero, para mi sorpresa, justo entonces se abrió la puerta.

Allí estaba Taylor, vestida con unos pantalones de deporte y una camiseta algo ladeada, como si se la hubiera puesto de cualquier manera al oír el timbre. Me miró con sorpresa, tan sorprendida de verme al otro lado de la puerta como yo de que hubiese acabado abriendo.

—Hola…

—Hola. —Llevaba el cabello recogido en una coleta alta, y el rostro desprovisto de cualquier maquillaje; estaba claro que no esperaba compañía. Esperaba pasar el día sola. A mí me parecía más guapa así que cuando se arreglaba. Aquél era su yo real, aquél era precisamente el aspecto que tenía cuando se despertaba por las mañanas. Así era exactamente su aspecto cuando estábamos tirados juntos en el sofá. Aquella vulnerabilidad, aquella honradez, era algo que adoraba.

Lo echaba de menos.

La sorpresa desapareció poco a poco de su expresión mientras me miraba, comprendiendo que estaba allí de verdad.

Entré sin preguntar y cerré la puerta detrás de mí. No quería tener aquella conversación en la entrada.

Taylor retrocedió, dejándome espacio en el pequeño vestíbulo de

su apartamento.

Fue entonces cuando vi la camisa que había sobre la mesa de la cocina; era gris, y varias tallas demasiado grande. Era un lugar extraño en el que poner la ropa cuando normalmente era siempre tan ordenada.

Me percaté de que era mía.

La había llevado puesta justo antes de responder a la puerta, y al darse cuenta de que era yo quien llamaba, se había cambiado a toda prisa y había intentado disimular para que no me diera cuenta.

Pero me había dado cuenta.

Y aquello me ofreció un poco de esperanza.

—Perdona que te moleste, pero esperaba que pudiéramos hablar… si tienes tiempo. —La última vez que la había visto la había insultado antes de marcharme furioso. Había estado demasiado enfadado para atender a razones. Pero ahora me encontraba inusitadamente tranquilo, y quería asegurarme de no asustarla.

—Eh, claro. —Cruzó los brazos sobre el pecho, protegiendo su corazón de mis manos.

—Creo que sé cómo acabará esta conversación, y quiero que sepas que estoy listo para salir por esa puerta y no volver a molestarte nunca. Estoy preparado para dejarte ir para siempre, pero primero tengo algo que decir.

No apartó la mirada de mi cara.

—De acuerdo.

—He estado destrozado sin ti. Incluso mientras estoy enfadado sigo sintiéndome hundido. Estar enfadado me resulta más sencillo que lidiar con la tristeza, y me permite apartarte de mis pensamientos… pero sólo durante cierto tiempo. Y después empiezo a echarte todavía más de menos.

Los ojos se le llenaron de humedad, pero sólo ligeramente. Ni siquiera estaba seguro de que hubiese pasado.

—Derek me ha dicho que vas a dejar tu trabajo y que vas a marcharte… probablemente para alejarte de mí. Tiene sentido. Si seguimos viéndonos ninguno de los dos podrá seguir con su vida. Yo desde luego no puedo.

Taylor no asintió, pero sabía que estaba de acuerdo conmigo.

—No me resulta fácil decir esto… Nunca se lo he contado a nadie. Ni siquiera estoy seguro de por qué me carcome tanto. Quizás sea porque yo fui completamente sincero… y acabaron apuñalándome por la espalda, no lo sé. Pero quizás para ti tenga sentido, quizás haga que todo encaje.

Se acercó más a mí para poder oír cada palabra.

—Hace unos años tenía pareja. Era una chica agradable: preciosa, inteligente, divertida. Nos conocimos en un bar del centro, y

conectamos desde el primer momento. En aquel entonces yo no era la clase de tío que se acostaba con todo el mundo; lo normal es que tuviera noviazgos cortos hasta que el fuego se apagaba, pero siempre había buscado a la persona adecuada con la que pasar el resto de mi vida. Y cuando la conocí, creí que había encontrado a la mujer indicada. Estuvimos juntos durante un año, y todo era genial. Conoció a mis padres, y ellos la adoraban. Y yo la amaba… —Pensar en todo aquello traía de vuelta recuerdos dolorosos. No quería seguir pensando en ellos, pero debía continuar. Taylor tenía que saberlo; quizás entonces todo tuviera sentido—. Decidí pedirle que se casara conmigo. No me hacía falta más tiempo junto para saber que ella era la escogida. Compré el anillo, se lo dije a mis padres y después llamé al grupo y se lo conté. Todo el mundo estaba entusiasmado.

Taylor me miraba sin parpadear, pendiente de todo lo que decía. Tenía los brazos tensos contra el pecho, como si no quisiera oír lo que venía a continuación.

—Le dije a los chicos que se reunieran conmigo en un bar que tenía cerca. Entré para reservar una mesa mientras los esperaba, y entonces… —Todavía recordaba aquel momento con total claridad. Recordaba la canción que sonaba desde los altavoces, los tíos de una mesa cercana riéndose de su amigo por caerse de la silla. Recordaba el partido de béisbol que emitía la televisión de la esquina: los Yankees contra los Dodgers, e iban ganando por cuatro puntos. Iba vestido con una camiseta gris y unos tejanos azul oscuro, y el anillo me pesaba en el bolsillo, guardado dentro de su cajita negra—. Estaba abrazando a un tipo y se estaban besando. Y no sólo un besito, sino con lengua. Estuvieron metiéndose mano durante casi un minuto antes de que pudiera apartar la mirada. El tipo con el que estaba era su ex; habían roto poco antes de que ella y yo empezáramos a salir juntos. Los vi juntos y me sentí como un idiota. Acababa de gastar diez mil dólares en una mujer a la que yo no le importaba en lo más mínimo.

Los ojos de Taylor se aguaron, incapaz de contener sus emociones. Las lágrimas emergieron, corriéndole por las mejillas, y el pecho se le movía por lo agitado de su respiración.

—¿Qué hiciste?

—Tuve ganas de acercarme y mandarla a la mierda. Quise darle un puñetazo al tío en la cara. Quería derribar aquel bar ladrillo a ladrillo, pero entonces me di cuenta de que nada de todo eso importaba. Si se estaba liando con su ex, es que yo no le importaba. ¿Qué iba a conseguir si le gritaba? ¿Por qué iba a hacerle saber que me había hecho tantísimo daño? No parecía tener sentido, así que simplemente me marché.

—¿Y ya está? —susurró.

—Al día siguiente me reuní con ella y le dije que lo nuestro se

había acabado. No dejaba de preguntarme por qué, y le dije que no tenía ninguna razón en realidad, sencillamente ya no la deseaba. Lloró y me suplicó que siguiera con ella; tuve que contener las ganas de reír. Sabía que no decirle la verdad sería un castigo mucho peor que ser sincero con ella. Ella nunca lo fue conmigo, así que no le debía nada.

Taylor seguía respirando con dificultad, sintiendo todo el dolor que recorría mi propio cuerpo. Sentía lo mismo que yo, compartía mi carga.

—Te lo estoy diciendo porque… cuando te vi con ese tío en tu clase, fue como si todo aquello volviera. Sentí todo lo que sentí aquella noche multiplicado por mil. De algún modo, te amo más incluso de lo que llegué a amarla a ella jamás, y verte traicionándome… hizo que perdiera los papeles. Hacía mucho que no tenía ninguna relación porque era incapaz de confiar en nadie, y cuando confié en ti acabé escarmentado. Sé que no es una excusa, sé que no justifica lo que hice, pero espero que lo explique todo un poco mejor. Espero que con ello comprendas que tú nunca has sido el problema. El problema soy yo. No tiene nada que ver con que no confiara en ti. —Incliné la cabeza en cuanto acabé de hablar. Había dicho todo lo que necesitaba decir, y esperaba que fuera suficiente. Aquél era mi secreto más doloroso, algo que no le había contado a nadie para evitar su simpatía. Y no quería que me juzgaran por haber estado tan ciego. A saber cuánto tiempo habían estado liados hasta que los pillé. En cuanto los vi fui a hacerme un análisis para asegurarme de que no había pillado una ETS, y por suerte los resultados fueron negativos.

—Volt, lo siento tanto… —Se acercó y apoyó la mejilla contra mi pecho, rodeándome con los brazos y apretándome con fuerza. No había estado tan cerca de mí en semanas, y fue una sensación increíblemente agradable.

Su compasión no me ofendió, y me aproveché de la situación. Abracé su pequeña figura con fuerza, notando el dolor que me recorrió al volver a estar reunido con ella. Había pensado que aquella conexión sería maravillosa, pero en realidad resultaba dolorosa; era como nitrógeno líquido. Era tan fría que quemaba.

—Era una idiota, Volt. Siento mucho que tuvieras que pasar por algo así.

Ya no me molestaba, no ahora que Taylor estaba entre mis brazos. Quería llevarla al dormitorio y pasar toda la noche abrazado a ella. Quería preservar aquella sensación para siempre y no dejarla escapar jamás. Si se acostaba con otro hombre, me destrozaría, pero lo dejaría pasar. Taylor lo valía.

Alzó la mirada hacia mí, con los ojos todavía llenos de lágrimas.

—Yo jamás te lo haría.

—Lo sé. —Siempre lo había sabido, incluso si no lo había demostrado—. Lamento que mis inseguridades me dominaran de ese modo.

—Está bien. —Apoyó la frente contra la mía tal y como solía hacer antes.

Joder, lo había echado de menos.

—Lo comprendo. No puedo ni imaginarme lo que fue pasar por algo así…

—Me mató por dentro. —No intenté endulzarlo—. No creí que pudiera superarlo nunca… hasta que tú llegaste a mi vida.

Taylor me miró a los ojos, con el amor latiendo en lo más profundo de su mirada.

—Hiciste que volviera a creer en el amor. Hiciste que volviera a creer en la confianza. Supongo que por eso reaccioné todavía peor, por lo inesperado que fue.

—Me alegro de que me lo hayas contado —susurró—. Ojalá lo hubieras hecho antes.

¿Significa eso que estábamos bien?

¿Lo había arreglado?

¿Volvía Taylor a ser mía?

—Ojalá. Supongo que me avergonzaba que tu opinión sobre mí pudiera verse afectada.

—¿Por qué iba a pasar algo así?

—Porque… Debería haberlo sabido. Debería haberlo visto antes de comprar el anillo.

—Eso no significa que fueras estúpido, Volt. Sólo significa que tienes buen corazón, y ella se aprovechó de eso. Es su imagen la que acaba por los suelos, no la tuya. —Me pasó los dedos por el pelo y jugueteó con los mechones igual que antes—. Nunca podría pensar mal de ti.

Mis manos se apretaron en torno a su cintura cuando el éxtasis me golpeó con fuerza. Estaba pasando de verdad. Volvía a estar entre mis brazos, y al fin podía volver a respirar. Todo estaba bien. Yo estaba bien.

—Hay una cosa que tengo que preguntar… pero no quiero preguntarlo.

Aquella sensación desapareció de mi cuerpo tan rápido como había llegado; volví a sentirme entumecido. No tenía ni idea de qué iba a preguntarme Taylor, pero fuera lo que fuera, no era bueno.

—¿Con cuántas mujeres te has acostado?

¿Con cuántas?

Así que asumía que me había acostado con más de una.

Aquello dolía.

—Pequeña, no me he acostado con nadie. —Le mantuve la mirada

mientras lo decía para que supiera que estaba siendo sincero. Nunca antes le había mentido, y no iba a empezar ahora—. Sé que estaba enfadado y dije muchas cosas desagradables, pero nunca me he liado con nadie.

—¿Ni siquiera durante la primera semana?

Negué con la cabeza.

—Nunca ha habido nadie más que tú. Te lo prometo.

Su mirada volvió a suavizarse y volvió a acercarse a mí, apretando los brazos alrededor de mi cuello al atraerme hacia ella.

Quería saber si ella había estado con alguien, pero no conseguí reunir la valentía suficiente para preguntarlo. Si la respuesta resultaba ser un sí, sería incapaz de soportarlo. Me rompería el corazón todavía más de lo que lo había hecho Sara. Era mejor si no lo sabía. Si no lo sabía podía sencillamente no pensar en ello, y aquello solucionaba mi problema.

Taylor todavía podía leerme la mente exactamente cómo podía hacerlo antes. Me miró a los ojos y vio en ellos la pregunta que no me atrevía a formular, y la respondió.

—No. —Bajó la mano por mi pecho hasta posarla sobre mi corazón—. Cuando me viste en el bar, lo que estaba haciendo era diciéndole que no estaba interesada. Lo único que he hecho ha sido quedarme en mi apartamento y echarte de menos. No ha habido nadie más

Su respuesta fue música para mis oídos. Al despertarme aquella mañana me había sentido hueco y solo, había sido como un viejo árbol que ha perdido la mayoría de la corteza y las hojas. No había ninguna esperanza para mí, no había ningún deseo de un mañana mejor. Había viajado un año en el pasado y volvía estar amargado y lleno de resentimiento.

Pero ahora volvía a ser yo mismo.

Estaba con la mujer a la que amaba más que nada en el mundo. Veneraba el suelo que pisaba, y quería que estuviera a mi lado para el resto de mi vida. Perderla había sido la experiencia más dolorosa que se había cruzado nunca en mi camino, y recuperarla estaba siendo la mejor.

—Te quiero. —Pronuncié las palabras contra su frente, seguidas de un beso en la misma.

Taylor inhaló con brusquedad, haciendo una mueca ante el contacto de mis labios.

—Yo también te quiero.

Aferré su camiseta y se la quité rápidamente, deseando quitar de en medio aquella pieza de ropa ajena y carente de significado. Taylor me lo permitió aun a pesar de que no llevaba nada debajo; sus pechos quedaron al descubierto, pero no los miré. En lugar de eso me quité la

camisa y se la puse sobre los hombros, cubriéndola con la prenda adecuada. Mi antigua camisa seguía sobre la mesa de la cocina, pero lo más seguro es que ya no oliera a mí.

—Necesitabas algo mejor.

No pareció avergonzase porque la hubiese pillado, sino que acarició la tela con las manos.

—Gracias.

Verla con mi ropa me excitó al instante. Era la manera más posesiva de reclamarla: ver mi ropa varias tallas más grande cubriéndola hasta los muslos. Deseaba estar dentro de ella, sentir cómo nuestros cuerpos se movían al unísono, y no sólo porque ahora llevase mi camisa.

La echaba de menos.

Cuando hacíamos el amor siempre me llevaba a otro plano existencial. Nuestras mentes se entrelazaban y nuestros corazones latían como uno solo. No había pasado ni futuro, sólo nosotros y aquel momento.

Mis manos la guiaron por el pasillo, con la cara todavía apretada contra la suya. No la besé, aunque las ganas de hacerlo me invadían. Lo estaba reservando para el momento correcto, cuando estuviera tumbada boca arriba y me rodeara las caderas con las piernas. Estaba esperando hasta conquistarla, hasta que la estuviera reclamando de nuevo como mía.

La tumbé en la cama y me coloqué sobre ella, ambos todavía vestidos. Su cabello se dispersó sobre la almohada y sus ojos se iluminaron con un deseo desesperado. Me deseaba tanto como yo la deseaba a ella, y mi miembro se endureció al pensarlo. Aquella mujer era especial para mí de una manera que ni siquiera podía explicar. Era mi mejor amiga, era la mujer más sexy que había visto nunca incluso cuando llevaba los pendientes de flamencos. Era un hombre completamente enamorado, y no me importaba si eso me convertía en una nenaza.

Le quité la ropa hasta que no hubo más que piel desnuda. Mi ropa fue lo siguiente en ser descartado, e hice que me rodeara la cintura con las piernas. Sus caderas quedaron ligeramente ladeadas, y noté cómo mi hombría se frotaba contra su sexo húmedo.

Me incliné sobre ella y la besé suavemente en la boca, percibiendo el modo en que la energía se acumulaba en la base de mi espalda. Fue extendiéndose por todo mi cuerpo, dándome una descarga que estuvo a punto de lesionarme. Lo que sentía por ella no era sólo atracción física; era mucho más que eso, aun a pesar de que ni siquiera podía explicar exactamente de qué se trataba.

Su beso empezó siendo suave, pero muy pronto se volvió electrizante y ganó fuerza. Su pequeña lengua se deslizó dentro de mi

boca y encontró la mía, bailando juntas y acariciándose ligeramente hasta que nuestros labios se rozaron. Exhaló con fuerza contra mí, con mi nombre en la punta de la lengua.

Me perdí en nuestro beso, sin pensar ya en el dolor que había soportado mi corazón durante las últimas semanas. Perderla una vez había logrado que comprendiera que no podía volver a permitírmelo. Mi vida acabaría siendo muy distinta si llegaba a pasar, y no cambiaría para mejor. Habría muerto solo mientras que ella se habría casado con otro tipo y habría formado una familia. Mi vida habría quedado reducida a una triste historia de corazones aniquilados.

Por suerte, aquello no había llegado a pasar.

Nunca volvería a perderla. Me aferraría a ella con fuerza y jamás la dejaría marchar. Dedicaría el resto de mi vida a hacerla feliz, y juntos crearíamos algo increíble.

Y todo aquello empezaba ahora.

CUATRO

Cuando me desperté a la mañana siguiente, no estuve segura de si de verdad estaba despierta. Debía tratarse de un sueño, porque Volt estaba tumbado a mi lado, gloriosamente desnudo. Sus definidos abdominales eran valles que le recorrían el cuerpo, casi como si alguien se hubiera hecho con un cincel y lo hubiera esculpido a partir de roca viva. Su pecho subía y bajaba con regularidad, todavía profundamente dormido.

No, aquello era real.

Me acurruqué contra él y le abracé la cintura con un brazo. Su calor natural mantenía el frío a raya, actuando como una estufa personal que sólo yo podía usar. El clima del exterior estaba lleno de nieve, pero dentro de mi dormitorio era como si fuese verano.

Volt debió de sentir cómo me movía, porque fue abriendo los ojos poco a poco. Miró el techo antes de ser consciente de lo que lo rodeaba y de comprender exactamente dónde estaba. Su mano avanzó lentamente hacia la mía, apoyada sobre su estómago, y la puso encima.

—Buenos días.

—Buenos días —murmuré contra su cuello, encantada con su aroma masculino innato. Era mejor que el de sus viejas camisetas; en ellas éste se había ido desvaneciendo. Pero aquello nunca ocurría con su cuerpo.

Rodó y se colocó sobre mí, diciéndome con su mirada adormilada exactamente lo que quería. Me separó las piernas con los brazos y apretó inmediatamente el glande contar mi entrada, penetrándome con un suave movimiento.

Casi no nos habíamos dicho ni una palabra, pero ya volvíamos a estar haciéndolo. La noche anterior habíamos hecho el amor tantas veces que ni siquiera había estado segura de ir a poder moverme con normalidad al día siguiente.

Pero podía.

Me embistió suavemente, moviéndose a través de mi humedad con su miembro erecto. Me estaba dilatando como lo hacía siempre, y era una sensación increíble. Era la hombría más grande que hubiera estado nunca dentro de mí, y aunque al principio había dudado, ahora nunca podría volver a lo que había tenido antes. Mi cuerpo adoraba hasta el último centímetro de su tamaño.

Clavó los ojos en los míos mientras su expresión soñadora desaparecía lentamente, siendo reemplazada por el deseo hasta que éste pasó a tener todo el control. Gimió al sentir cómo se acumulaba la humedad entre mis piernas para él. Mi cuerpo obedecía sus órdenes

con toda naturalidad, y mi interior estaba cada vez más lubricado y resbaladizo.

Volt volvió a gemir, percibiendo el cambio al entrar y salir de mi cuerpo. El sudor le perlaba la espalda y sus nalgas se contraían mientras me lanzaba contra el cabecero de la cama.

Le clavé las uñas en la espalda, sintiendo cómo los músculos se tensaban y movían. Sentí el poder que irradiaba desde debajo de su piel. Era un gigante desconocido, una bestia que sólo yo podía domar.

—Pequeña…

Sentí el estallido en lo más profundo de mi ser. Empezó como una sensación de ardor lenta, un fuego inminente al que le faltaban segundos para alcanzarme. Las llamas me lamieron las extremidades antes de intensificarse y convertirse en todo un infierno. Y entonces Volt me dejó en mitad de un incendio forestal, haciéndome arder desde dentro. No me di cuenta de que estaba gritando; todo sonido caía en unos oídos sordos. Lo único que oía era el chasquido de las llamas mientras éstas bailaban.

Mi cuerpo estaba tan sensible allí abajo, y a medida que su miembro entraba y salía de mí, la sensación era incluso mejor. Mi cuerpo siempre estaba listo para tener orgasmos múltiples cuando se trataba de Volt, pero quería que él también quedara satisfecho, no retrasar su placer hasta que ya no pudiera controlarse.

—Quiero que te corras dentro de mí. —Lo había echado de menos. Echaba de menos la sensación de su esencia asentándose en lo profundo de mi ser. Echaba de menos el fuego en sus ojos cuando liberaba su semilla. Era algo que nunca antes me había parecido sexy, pero con él, me encantaba—. Volt. —Sabía que oír su nombre era una de las cosas que más lo excitaba.

Soltó un gemido quedo desde el fondo de la garganta mientras me embestía con más fuerza, listo para darme todo lo que tenía.

Separé más las piernas, dándole espacio de sobras para introducirse dentro de mí, y le sujeté las nalgas, apretándolo contra mí, esperando el gran final.

Clavó los ojos en los míos mientras su hombría se deslizaba dentro de mi sexo. Contuvo el aliento al ser alcanzado por una colisión que lo golpeó de lleno. El gemido que había estado conteniendo se escapó de repente de entre sus labios mientras terminaba, dándole a mi cuerpo tanto como éste podía soportar.

—Joder. —Escondió la cara contra mi cuello, intentando recuperar la respiración mientras continuaba su orgasmo.

Le clavé las uñas con más fuerza, excitada por todo aquello; me percaté de que debía ser uno de mis fetiches, algo que adoraba incluso a pesar de que a otras personas debía de resultarle extraño. Nunca antes había dejado que otro hombre terminara dentro de mí, así que

nunca lo había experimentado.

Volt me besó el cuello, seguido de la barbilla antes de depositar un suave beso sobre mis labios.

Le acuné el rostro con la mano y profundicé el beso, enamorándome todavía más de él.

Volt se apartó, sacando el miembro de mi interior poco a poco, todavía semierecto y cubierto por una capa de mi lubricación. Llevó los dedos a mi sexo y se aseguró de su semilla no goteaba, y el hecho de que quisiera mantenerla dentro de mí resultaba seductor por sí mismo.

Se tumbó a mi lado antes de tomarme entre sus brazos, volviendo a acurrucarse conmigo en silencio. Me miró a la cara, con la cabeza apoyada en la almohada que estábamos compartiendo, mirándome fijamente a los ojos. Sus pensamientos en aquel momento eran un misterio.

Le pasé la mano por el pecho, notando la fuerza de los músculos que había bajo la piel. Me encantaba su cuerpo por el poder que contenía, pero también porque era suyo. Era la persona más hermosa que había visto nunca.

Lo veneraba.

—¿Puedo preguntarte algo? —susurró.

Podía preguntarme lo que quisiera, y lo sabía.

—Sí.

—¿Has tenido alguna vez sexo sin condón?

—Sí.

—¿Has dejado alguna vez que se corrieran dentro de ti?

Sabía qué respuesta quería oír, y a juzgar por la excitación en su mirada, también era la que esperaba que dijera. Era otra manera de reclamarme, de poseerme.

—Sólo a ti.

Su pecho se estremeció cuando soltó un gruñido, y la aprobación quedó más que clara en sus ojos. Nunca antes había estado celoso de mis antiguos amantes, pero parecía que no habérselo permitido a nadie más era importante para él. Subió la mano por mi cadera hasta llegar a la curva de la cintura.

—Eso es de lo más sexy.

—A mí también me gusta… no sé por qué.

—Sé exactamente por qué te gusta tanto. —Rozó la nariz contra la mía—. Porque soy yo.

Suspiré con felicidad cuando me tocó de aquella manera, con toda la ternura que poseía. Podía follarme de la manera más soez, pero después me trataba como si fuera una flor delicada, algo frágil a lo que jamás querría hacer daño.

—Te he echado tanto de menos…

Sus ojos se llenaron de tristeza.

—Y yo a ti.

—Pasaba todo el tiempo intentando no pensar en ti… pero eso sólo hacía que lo hiciera todavía más.

—Me he dado cuenta de que las sábanas son nuevas… y la casa está particularmente limpia.

—Intentos inútiles.

—Me alegro de que no te olvidases de mí.

—Eso sería imposible.

Depositó un beso en mi frente y después me pasó los dedos por el pelo.

—Me iba a dormir cada noche completamente borracho. Si no, no conseguía dormir. Tu fantasma no dejaba de acosarme.

Le acaricié el pecho, sintiendo cómo crecía mi compasión.

—Mis padres me han estado haciendo preguntas sobre ti, preguntándome si ibas a ir a cenar en Navidad. No sabía qué decirles, así que no dejaba de esquivar esa pregunta. No podía decirles que habíamos roto; si lo hacía, pasaría a ser real.

—Yo tampoco se lo he dicho a mis padres.

—Al menos ahora ya no tenemos que hacerlo —susurró.

—¿Significa eso que vamos a ir a cenar a casa de tus padres mañana? ¿Por Navidad?

Se encogió de hombros.

—No tengo muchas ganas, sinceramente.

—¿No? —pregunté sorprendida.

—Sólo quiero quedarme en casa contigo. Quiero hacerte el amor frente a la chimenea. Quiero decorar el árbol de Navidad. Quiero hacer todas las cosas que no hemos podido hacer al no estar juntos.

—Creo que tus padres se sentirán heridos si nos quedamos. —A pesar de lo mucho que yo también quería estar a solas con él—. Quizás podríamos tener un almuerzo rápido con ellos o algo así.

—Supongo. —La tristeza desapareció de su mirada—. No me extraña que les gustes tanto. Te tienen de su lado.

—Yo no estoy del lado de nadie.

—No es eso lo que parece.

—Están entusiasmados de que tengas novia durante las fiestas; no es algo que ocurra a menudo. Sé que mis padres están tristes de que no haya ido a verlos por Navidad.

—Te pagaré el billete. —Lo dijo sin dudar, deseándome ofrecerme el mundo en bandeja.

—No, no pasa nada —respondí—. Pero gracias.

—Por favor —insistió—. Todo lo mío es tuyo.

—De todas formas ya es demasiado tarde. Quizás podamos ir a verlos para año nuevo.

Volt asintió.
—Me parece un buen compromiso.
—Gracias por la oferta. Es un detalle de tu parte.
—Eres mi mejor amiga. Haría cualquier cosa por ti.

CINCO

Su apartamento era agradable, pero faltaba espacio. Yo tenía un ático enorme, y en general, era mucho más cómodo, así que decidimos irnos allí.

Arrastré el árbol de Navidad hasta el apartamento y lo coloqué junto a la ventana. No había tenido ninguno en aquel piso desde… bueno, desde nunca. Sencillamente no tenía mucho espíritu navideño, pero con Taylor, quería que nuestra primera Navidad juntos fuera especial.

Taylor entró con la caja de luces y las dejó en el suelo.

—¿Necesitas ayuda?

—Lo tengo controlado, pequeña. —Introduje el poste en la clavija y el árbol se irguió con orgullo—. Huele bien.

—Sí. Va a estar precioso con las luces y los adornos. —Abrió la caja y sacó la ristra de luces—. Hace siglos desde la última vez que hice esto.

—Lo mismo digo. —Decoramos el árbol juntos con las luces y los adornos, haciendo que pasara de un árbol desnudo de agujas verdes a un regalo en sí mismo, destellante con luces y chispas.

Taylor sacó el teléfono.

—¿Podemos hacernos una fotografía juntos?

No era muy fan de las fotografías, se me hacían raras, pero habría accedido a cualquier cosa que me pidiese.

—Es un deber. —Sostuve el teléfono y extendí el brazo para poder salir los dos, devolviéndoselo después de hacer la fotografía.

—Se la enviaré a mis padres. Se alegrarán tanto. —Escribió un mensaje y adjunto la fotografía.

Bajé la vista hacia el pie del árbol.

—Pero no tenemos ningún regalo que poner debajo aparte del que le he comprado a Clay.

—No pasa nada —dijo—. La Navidad no trata de eso.

Fui a por el regalo para Clay lo coloqué bajo el árbol.

—Ha sido un detalle de tu parte que le hayas comprado algo.

—Es un buen chico. —Me importaba más de lo que podía expresar. A menudo no me transmitía la sensación de ser un amigo o un estudiante; era más bien como un hijo, aunque yo era demasiado joven como para comprender realmente cómo era tener uno—. Espero que pase una buena Navidad. —Taylor y yo nunca estábamos de acuerdo en ese tema. Ella seguía creyendo que deberíamos haber involucrado a los servicios sociales y hacer que sacaran a Clay de aquella casa, pero no había pasado nada más después de la paliza que le había dado a su padre. Y de todos modos estaba muy cerca de poder

marcharse de aquel sitio.

—Yo también. —Taylor no sacó el tema de la discusión; ella también sabía que no era el momento.

—¿Y ahora qué? —Me quité la chaqueta ahora que ya estábamos dentro. Todavía estaba cubierta de copos de nieve de la tormenta que estaba cayendo.

Taylor miró la chimenea empotrada.

—¿Funciona?

—No está sólo para decorar —bromeé.

Taylor me dirigió una mirada sólo algo fulminante.

—Puedo encenderla si quieres.

—Si no te importa. Quizás podamos tumbarnos delante del fuego. —Se le enrojecieron las mejillas, delatando sus pensamientos.

—Suena a las mejores Navidades que haya celebrado nunca. —Hacía sólo unos días creía que las pasaría completamente borracho, y ahora volvía a ser feliz. Era tan desconcertante que hasta costaba creerlo—. Pero tengo una mala noticia. —Me acerqué a la pared y activé el interruptor—. Es gas.

—¿Tienes gases? —preguntó con una mueca.

—No, la chimenea. Es de gas —respondí, poniendo los ojos en blanco.

Vio cómo empezaban a arder las llamas tras el cristal con tonos azules y morados.

—Ah…

—Pero sigue dando calor.

—Y sigue siendo romántico. —Reunió algunas mantas y cojines y lo preparó todo frente al fuego. También había puesto un colchón hinchable frente a la chimenea para que no tuviéramos que tumbarnos sobre el duro suelo de madera—. Parece agradable.

Me desnudé hasta quedar en ropa interior y me metí bajo las mantas. Habíamos apagado todas las luces del apartamento excepto las luces del árbol. Las llamas parpadeaban tras el cristal, dejando escapar el calor por la rejilla.

Taylor se tumbó a mi lado cubierta sólo por las braguitas y el sujetador. La prefería desnuda, pero resultaba de lo más seductora cuando sólo llevaba pequeñas piezas de ropa. La tela le juntaba los pechos, exhibiendo su figura de infarto.

Tenía el miembro erecto bajo los bóxers, tal y como estaba siempre cuando tenía a aquella mujer cerca. Ya habíamos hecho el amor varias veces, y no quería arruinar la ternura del momento yendo directamente a por sexo.

Taylor se acurrucó junto a mí y me pasó los dedos por el pecho, arrastrando suavemente las uñas por la piel, arañándome igual que hacía siempre cuando hacíamos el amor. El aroma a vainilla y

naranjas me rodeó por completo.

Adoraba aquel olor.

—No hay nada mejor que quedarse arropada en un día de invierno mientras un atractivo semental te mantiene caliente.

—Atractivo semental, ¿eh? —Deslicé los dedos por su pelo, acariciando los suaves mechones.

—Oh, sí.

No le había comprado nada por Navidad, ni siquiera se me había ocurrido durante nuestra ruptura. Estaba demasiado deprimido como para participar en el espíritu navideño. Mientras que todo el mundo había estado corriendo de un lado al otro comprando regalos, yo había estado de pésame en mi apartamento, demasiado deprimido como para comprar siquiera nada por Amazon.

—Ojalá tuviera un regalo que darte… —Era nuestra primera Navidad juntos, y no teníamos más que un árbol vacío.

—No pasa nada —susurró—. No necesitamos regalos cuando nos tenemos el uno al otro. —Se colocó sobre mí, haciendo que se le escapara un mechón de detrás de la oreja y me cayera en la cara, dándome en la nariz.

Se lo volví a poner tras la oreja y dejé la mano sobre su mejilla. Observé las estrellas que destellaban en su mirada antes de acercar su rostro al mío, depositando un suave beso sobre aquellos labios tan sensuales.

Mi mano se movió a su espalda, desabrochándole el sujetador y sintiendo cómo éste se aflojaba sobre mi pecho. Sus senos se asomaron, firmes y redondeados; tenía las tetas más bonitas de todo el mundo. Me moría de ganas de volver a moverme entre ellas, era algo que necesitábamos hacer más a menudo.

Sus pechos me rozaron el torso cuando se movió. Eran suaves, incluso los pezones, y me encantó la sensación que provocaban al moverse sobre mi cuerpo. No había nada más sexy que sentir a una mujer apretada contra mí de aquella manera; hacía que mi miembro se estremeciese de anticipación.

Taylor se sentó a horcajadas sobre mis caderas y hundió las uñas en mi vientre como si fuera las riendas de un caballo. Movió las caderas contra mí, adelante y atrás, frotando su sexo mojado contra mi hombría. Su esencia me lubricó, preparándome para penetrarla con fuerza.

Era la mujer más sensual con la que había estado nunca, y con diferencia. Contaba con una confianza que resultaba agradable de ver. Le encantaba hacerme sentir bien, y obtenía tanto placer de ello como cuando era yo quien la hacía sentir bien a ella.

Balanceó las caderas, provocándome. Clavó los ojos en los míos y sacudió las caderas con cada uno de sus movimientos.

Estaba haciéndome esperar. Qué traviesa.

—Pequeña…

Se movió con más fuerza.

—No juegues conmigo. —Mi miembro empezaba a irritarse por no estar dentro de ella, dilatándola por completo.

Taylor me sujetó la base del pene y lo dirigió hacia su entrada. Se deslizó sobre él lentamente, tomándome por completo hasta llegar a los testículos. Gimió en cuanto me tuvo entero, clavándome las uñas como si fueran cuchillas.

Era la mejor Navidad de toda la historia.

Le aferré las caderas y la guié arriba y abajo, notando cómo el colchón hinchable se sacudía bajo mi cuerpo. El cabello se agitaba sobre sus hombros, y sus pechos saltaban cada vez que embestía en su interior.

—Feliz Navidad.

Gemí al sentir su humedad. Me deslicé entre sus labios con toda facilidad de lo mojada que estaba por mí.

—Feliz Navidad.

TAYLOR CAYÓ dormida sobre mi pecho, con su pequeño subiendo y bajando al ritmo de cada una de mis respiraciones. El cabello me caía sobre la piel, haciéndome algunas cosquillas cada vez que se movía.

Le pasé la mano por la espalda, notando los pequeños músculos de su figura. Tenía una cintura estrecha y la espalda tonificada. Me encantaba acariciarla, explorarla de maneras que nunca había hecho.

El árbol de Navidad parpadeaba en la esquina de la habitación, reflejando sus luces en los adornos dorados que colgaban de las ramas y llenando la habitación el aroma a pino, a bosque frondoso. El fuego en la chimenea crepitó y chasqueó. Era una noche que no olvidaría, esa clase de noche mágica que lo era porque nosotros habíamos hecho que lo fuese.

Llamaron a la puerta.

Me encogí ante el sonido; no sabía quién podría aparecer por allí a aquellas horas de la noche. Mi reloj decía que era casi medianoche, y era la víspera de Navidad. Era posible que fuera uno de mis antiguos ligues, pero todas seguían pensando que estaba con alguien. ¿Quién más podría ser?

Por desgracia, Taylor se despertó por el ruido y se apartó de encima de mí rodando, con los ojos entrecerrados por el sueño.

—¿Hay alguien en la puerta?

—Sí.

—¿Esperas a alguien?

—No. —Ahora sí que no tenía ganas de atender a quien estuviera llamando. ¿Y si al hacerlo acababa arruinando nuestra noche juntos?

Volvieron a llamar.

Suspiré, molestó, y me vestí a toda prisa.

—Voy a ver quién es. —Me acerqué a la puerta con los puños apretados, irritado por aquella persona tan exigente. Abrí de golpe sin molestarme en mirar por la mirilla.

Clay estaba al otro lado, encogido dentro de una gruesa chaqueta, la única que poseía, y un gorro de lana.

—¿Clay? —Era la última persona que esperaba encontrarme frente a mi puerta a aquellas horas de la noche—. ¿Va todo bien?

Se sacó los guantes y agitó los dedos, intentado que volvieran a la vida.

—¿Puedo quedarme a pasar la noche?

—Sí, claro. Entra. —Con Clay allí, me olvidé de Taylor. Cuando se trataba de aquel chico era incapaz de pensar en nada más. Toda mi atención se concentraba en su bienestar.

Clay entró y se quitó la chaqueta, seguida de las botas llenas de barro.

Fue entonces cuando se me ocurrió que Taylor seguía desnuda bajo las mantas en el salón.

—Eh, espera aquí, ¿vale?

—De acuerdo —dijo mientras seguía quitándose capas de ropa.

Entré en el salón y me encontré a Taylor vistiéndose.

—Es Clay.

—¿Está bien? —Se abrochó los vaqueros y se alisó la camiseta.

—No estoy seguro. —Me giré y volví al vestíbulo—. ¿Qué pasa, chaval?

Clay se quedó mirando el suelo mientras hablaba.

—Mi padre ha estado… bebiendo mucho esta noche. Últimamente no ha pasado nada, pero notaba que hoy acabaría pasando algo. Me ha parecido que sería buena idea marcharme. Normalmente duermo en el parque, pero hace demasiado frío. Dicen que va a ser la noche más fría del año.

¿Dormir en el parque? ¿Solía hacer eso?

—Me alegro de que hayas venido aquí.

—Me he imaginado que no te importaría.

—Claro que no. —Calmé la rabia que ardía tras mis ojos, irritado ante la idea de que aquel chico tuviera que pasar la noche de Navidad de aquel modo. ¿Y qué clase de chico dormía en un parque? Se merecía un techo sobre su cabeza y un lugar en el que sentirse a salvo.

Taylor entró desde la otra habitación, con el pelo peinado y el

sueño ausente de su mirada.

—Hola, Clay.

—Hola, Taylor —respondió éste automáticamente—. Perdona, no sabía que estabas aquí. —Me dirigió una mirada caustica, esperando una explicación.

Le dije en silencio que se la daría más tarde.

—Bueno, me voy a la cama. Os veo por la mañana. —Taylor me besó rápidamente antes de alejarse por el pasillo y entrar en mi dormitorio, cerrando la puerta con cuidado tras de sí.

Sabía que no había querido marcharse de verdad, sólo quería darnos a Clay y a mí algo de privacidad. A Clay le caía bien, pero sólo confiaba en mí.

—Probablemente te apetezca darte una ducha caliente, ¿eh? Para descongelar los huesos.

—Estoy bien —dijo—. Sinceramente, ahora mismo estoy famélico.

Por supuesto. ¿Cómo podía ser tan desconsiderado?

—Estás de suerte, se me da bastante bien cocinar. ¿Qué tal un sándwich de queso fundido y un poco de sopa de tomate?

—Me parece de coña. Tengo tanta hambre que ahora mismo hasta aceptaría algo sacado de la basura.

No era una frase nada graciosa, no cuando sabía que era verdad.

—Marchando ahora mismo. —Entré en la cocina y le preparé una comida caliente. Preparé el sándwich con extra de queso y bien crujiente, y metí la sopa en el microondas. En cuanto terminé, lo puse todo en la mesa de la cocina.

Clay lo inhaló todo como si llevara una semana sin probar bocado. Tenía migas de pan y manchas de la sopa por toda la boca, pero ni siquiera pareció darse cuenta.

—¿Te has estado comprado la comida cada día? —Le había dado dinero suficiente para cubrir el periodo de fiestas, ya que no íbamos a vernos durante el mismo. Esperaba que hubiese estado usándolo.

—Me atracaron en el metro.

—¿Por qué no me pediste más dinero?

—Porque eso no es algo que haga —respondió con la boca llena—. Es cutre.

—No es cutre —argumenté—. Prefiero darte más dinero antes que dejar que pases hambre.

—Es culpa mía. Debería haber sido más consciente de lo que me rodeaba.

—Clay, no —espeté—. Ese criminal eligió atracarte, sabía perfectamente lo que estaba haciendo. No te eches la culpa.

—Sea como sea, ya haces mucho por mí. No voy a pedirte más cosas.

—Pero a mí no me importa, ¿no lo entiendes?

—Bueno, pues a mí sí. No soy tu hijo. No soy asunto tuyo. —Se acabó la comida y apartó el plato—. Gracias por la cena.

—Sí que eres asunto mío. Te quiero. —Nunca antes se lo había dicho a la cara, pero quedaba implícito en todo lo que decía y hacía. Pero Clay tenía que oírlo. No habría pasado la noche de Navidad allí a menos que se sintiera insignificante—. Siempre puedes contar conmigo. Te lo he dicho muchas veces, pero nunca me crees. ¿Cuándo te he fallado?

Apoyó los codos sobre la mesa.

—Nunca.

—Nunca —repetí—. Por favor, acude a mí cuando necesites ayuda. Si de verdad no quieres aceptar dinero, de acuerdo, pero ven aquí y te daré algo de comida. Mi nevera siempre está llena.

Su voz sonó baja y derrotada.

—De acuerdo…

Con algo de suerte había conseguido que lo entendiera.

—Así que… ¿tu padre estaba bebiendo?

—Siempre bebe, pero hoy estaba especialmente mal. Era todo licor. Empezó a tirar cosas al suelo, y supe que las cosas iban a empeorar, así que he salido por la ventana de mi dormitorio y me he marchado.

—Me alegro de que hayas venido. —Siempre tendría un hogar en mi casa.

—Gracias…

—¿Te ha pegado?

—No.

—¿Crees que podría haberlo hecho?

Se encogió de hombros.

—No estoy seguro, y ahora nunca lo sabré.

Detestaba aquella situación. Detestaba el hecho de que aquel chico sintiera que era una carga para todo el mundo. No tenía una casa en la que sentirse a salvo, no tenía ningún recurso para conseguir una vida mejor. Ni siquiera podía conseguir comida. ¿Qué habría pasado si nunca nos hubiéramos conocido? ¿Qué habría hecho Clay?

—¿Pasarás Navidad conmigo?

—No, no pasa nada. Me iré por la mañana.

—Clay —lo presioné—. Te estoy invitando a pasar la Navidad conmigo.

—No quiero arruinarte las fiestas. Ya he echado a perder tu nochebuena.

—No arruinarías nada. Harías que fuera mejor.

No me miró a los ojos, pero estaba claro que no me creía.

—Tengo un dormitorio extra, una PlayStation y comida de sobras. Además, la compañía me vendría bien.

—A mí me parece que ya tienes compañía.

—Sí —admití—. Pero ella también quiere que te quedes.

—Lo dudo —respondió, sombrío.

—Sí que quiere. Se preocupa por ti tanto como yo.

—¿Sí? —Al fin me miró, con la indecisión reflejada en la mirada.

—Sí.

—Bueno… Si de verdad no te importa, me quedaré.

—Desde luego que no me importa, chaval. —Le puse la mano en el hombro y se lo apreté suavemente—. Ésta es tu casa siempre que la necesites.

CUANDO ME FUI A LA CAMA, Taylor todavía estaba despierta.

—¿Está bien? —Estaba sentada en la cama, vestida con una de mis camisetas.

Me desnudé y me metí bajo las sábanas a su lado.

—Sí, está bien. Pasará Navidad con nosotros.

—¿Le ha hecho daño su padre? —exigió—. Porque si es así, me plantaré allí ahora mismo y yo misma le daré una paliza a ese hijo de puta.

Guau.

Vaya mamá oso.

Y qué boquita.

—No, no le ha hecho daño. Clay se ha marchado antes de que las cosas empeorasen; a saber qué habría pasado si se hubiese quedado.

Taylor entrecerró los ojos, exhalando furia como si fuera una explosión.

—Un niño no tendría que salir corriendo de su casa por miedo. No debería tener que dormir en un maldito banco del parque. Es completamente inaceptable.

—Lo sé. —No iba a discutir nada de eso.

—Volt, tienes que…

—Lo sé. —Sabía lo que iba a decir, no necesitaba oírlo.

Me miró fijamente, observando la expresión de mi rostro.

—Pero puede esperar a después de las fiestas.

—No puede esperar ni un día más. Se tiene que hacer ya.

—Mira, Clay va a cabrearse conmigo. Si no quiere ir a una casa de acogida…

—No importa lo que él quiera…

—Escúchame. —Mantuve la voz tranquila para que la discusión no empeorase—. Deja que pase unas fiestas felices con nosotros. Deja

que se relaje. Deja que haga los exámenes de selectividad después de Año Nuevo, y después me ocuparé de ello.

Taylor me miró con frialdad, nada satisfecha con mi plan.

—Si lo hago ahora, no se presentará a los exámenes. Estará demasiado cabreado conmigo, y no los hará por pura venganza. Lo conozco.

Taylor dejó de arrugar la nariz.

—Cuando los haya hecho, me encargaré del tema. Me sentaré con él y le diré lo que va a pasar, y me odiará durante el resto de su vida, pero estoy de acuerdo contigo. No es seguro para él. Parece que su padre ha olvidado nuestra pequeña conversación.

Su enfado desapareció por completo.

—Gracias.

—No lo hago por ti. Lo hago por él.

Me frotó el brazo suavemente, volviendo a mostrarme su afecto.

—Sé que te será difícil.

—Lo será. —Pero no podía soportar que Clay siguiera viviendo allí. Estaba claro que no estaba a salvo, y tampoco quería que durmiera en un banco del parque. Aquel chico se merecía una vida mejor—. Me odiará.

—Sí —susurró Taylor—. Pero algún día, te dará las gracias por ello.

Yo no estaba tan seguro.

Me besó en la mejilla.

—Eres un buen hombre, Volt. Tengo mucha suerte de tenerte.

Se me ablandó el corazón ante el afecto de sus palabras. Me encantaba estar arropado en su amor; era la sensación más agradable del mundo.

—Yo soy el que tiene suerte, pequeña.

—FELIZ NAVIDAD, pequeño —dijo mi madre al otro lado del teléfono—. Me hace tan feliz poder verte hoy.

—Feliz Navidad —respondí—. A mí también me hace ilusión veros.

—Le he comprado a Taylor unos pendientes de oro monísimos. Le quedarán genial.

¿Íbamos a intercambiar regalos?

—Seguro que le encantan.

—Y estoy preparando tu pastel favorito, así que ven con hambre.

—Hablando de eso… tenemos que hablar de un tema.

—¿De qué? ¿Va todo bien?

—Me preguntaba si podría llevar a una persona más. Perdona que te avise con tan poco tiempo, no lo teníamos planeado.

—Oh, claro que sí. ¿Es un amigo del trabajo?

—Eh, no exactamente.

—Bueno, siempre hay hueco para uno más.

—En realidad es uno de los estudiantes a los que enseño. No tiene a dónde ir por Navidad, y no quiero que lo pase solo.

—Ah… ¿un niño?

—No es realmente un niño; va al instituto.

—¿Es uno… de *esos* chicos?

Puse los ojos en blanco ante su ignorancia.

—No, es muy buen chico. Le estoy dando tutorías para los exámenes de aptitud.

—¿Pero por qué no tiene dónde ir por Navidad?

—Viene de un hogar roto. Su padre es un borracho, y no tiene más familia.

—Ah… ¿Y crees que eso será lo mejor?

Sabía que mi madre no era mala persona, sólo quería que las fiestas fueran perfectas para todo el mundo. Era su especialidad: preparar un jamón asado con castañas, tener un buen fuego en la chimenea mientras abríamos los regalos que había envuelto con tanto mimo.

—Mamá, no pasa nada si prefieres que no vaya.

Soltó un suspiro de alivio.

—Pero donde él esté, yo estaré. Nos quedamos en mi casa y veremos películas antiguas y beberemos chocolate caliente. Será divertido.

—¿Qué? —chilló—. Pero tenéis que venir. Tengo que ver a mi pequeño por Navidad.

—Lo siento, mamá. Pero tengo que estar con Clay.

—Entonces por supuesto que puede venir.

—Mamá, no quiero obligarte a hacer nada. De verdad, no importa.

—Tonterías. Será mejor que estés aquí en una hora, o iré a por ti y te traeré a rastras. ¿Entendido?

Me apreté el puente de la nariz, completamente frustrado.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Quiero que Clay se sienta bienvenido.

—Y así será, pequeño, te lo prometo.

—Entonces allí estaremos.

—Oh, gracias a Dios. Casi me das un ataque al corazón.

—Lo siento. No sería una buena manera de comenzar la Navidad.

—Te veo pronto, pequeño. Te quiero.

Tenía que dejar de repetir «te quiero» siempre que podía.

—Yo también te quiero. —Colgué y volví al salón. Taylor y Clay estaba viendo la televisión, todavía en pijama. Clay había tomado prestado algo de mi ropa para que pudiera lavar la suya—. Todo arreglado.

—¿De verdad? —preguntó Clay—. ¿No les importa que vaya?

—No —respondí.

—¿Son agradables tus padres?

—Mírame. Tienen que ser geniales para haber criado a alguien como yo.

Clay puso los ojos en blanco.

—Son bichos raros, ¿verdad? —Se levantó del sofá, yendo hacia el baño—. Voy a ducharme.

—De acuerdo. —Tan pronto como se cerró la puerta me giré hacia Taylor—. Tenemos quince minutos. Vamos a practicar sexo navideño en el dormitorio.

—¿Qué? —me preguntó incrédula—. ¿Con Clay en la casa?

—Está en la ducha.

—Sigue siendo incómodo.

—¿Qué? Ya sabe de lo que va el sexo.

—Pero es menor. Es inaceptable.

—Oh, venga. —Me incliné sobre ella en el sofá y le tiré de la pierna para que me rodeada la cadera—. ¿Quieres que te lo haga aquí mismo?

Me empujó el pecho.

—No seas travieso.

—Pero quiero serlo. —Le rocé los labios con los míos—. Quiero que Clay se sienta bienvenido, pero no voy a abandonar mi vida sexual por él. Así que vamos, uno rapidito.

Apareció una expresión juguetona en sus ojos.

—¿Cómo de rápido?

—Considéralo una carrera. Veremos lo rápido que puedo hacer que te corras.

CLAY SE SUMIÓ en el silencio cuando llegamos a la puerta de la casa de mis padres. Tenía las manos metidas en los bolsillos y aspecto de estar incómodo. Examinó la zona a nuestro alrededor, buscando una ruta de escape.

Le puse el brazo sobre los hombros.

—Van a adorarte.

—¿Tú crees? —preguntó.

—Desde luego. A mi madre le encanta recibir visitas. Vive para ello.

—¿No pensará que soy…? —Bajó la mirada hacia su ropa vieja y su chaqueta llena de agujeros—. ¿Un pordiosero?

—No. Les caerás genial. —Le di una palmada en la espalda antes de entrar.

Mis padres se apresuraron hacia el vestíbulo al oír abrirse la puerta.

—¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad —dijimos Taylor y yo a la vez cuando los vimos aparecer por la esquina del pasillo.

Ni siquiera parpadearon ante el aspecto de Clay. De hecho, fueron hacia él primero.

—Feliz Navidad, Clay. Estamos tan contentos de que hayas venido. Tenemos galletas, tarta y regalos. Me llamo Sherry. —En lugar de extender la mano, mi madre le dio un abrazo.

Clay se quedó inmóvil, helado por la sorpresa.

—Gracias…

Papá fue el siguiente en abrazarlo cuando mamá se apartó.

—Espero que tengas hambre. Tenemos demasiada comida y muy pocos estómagos.

—Gracias por recibirme —dijo Clay con educación. Nunca demostraba sus buenos modales conmigo, pero ahora mismo los estaba sacando a relucir. Quería ser un buen invitado, y supe que lo estaba haciendo por mí.

—Por supuesto —dijo mi padre—. Una casa alegre está siempre llena de gente.

Mis padres pasaron a abrazarme y besarme a mí, ahogándome como si no me hubieran visto en años. El pintalabios de mi madre me marcó la mejilla, y mi padre estuvo a punto de romperme las costillas al apretujarme.

Fueron mucho más delicados al pasar a Taylor. La abrazaron con suavidad y la trataron como si fuera una delicada pieza de porcelana.

¿Por qué no me saludaban a mí así?

CENAMOS JUNTOS EN LA MESA, y Clay se sentó a mi lado. Observaba hasta el más mínimo detalle de todo lo que hacía, llegando a copiar mi manera de sujetar el cuchillo y el tenedor. Intentó cortar

la carne igual que yo e imitarme para no parecer fuera de lugar.

Mi madre se sentó frente a él y fingió no darse cuenta de su lucha con los cubiertos.

—¿Así que te presentarás pronto a los exámenes de aptitud?

—Después de Año Nuevo —respondió Clay—. Volt me ha estado ayudando todos los días después de la escuela.

—Es un detalle de su parte —dijo mi madre—. Volt es un hombre muy inteligente; aprendió del mejor. —Hizo un gesto hacia mi padre.

—Es la mejor persona que he conocido nunca. —Clay bajó la mirada hacia su plato mientras seguía comiendo.

Sonreí para mí, atesorando aquel raro cumplido.

—Es muy agradable —continuó mi madre—. Eso lo heredó de mí.

—Creo que a Clay le irá muy bien en el examen. Justo el otro día acabamos con algebra, y clavó todas las respuestas. —Tomé un sorbo de mi sidra e ignoré la botella de vino que mamá había colocado junto a mi vaso. No bebía cuando Clay estaba delante, no después de sus experiencias con el alcohol. No quería que se sintiera jamás incómodo cuando estaba conmigo.

—Guau —dijo mi padre—. Ésa es la parte más difícil del examen.

—Creo que conseguirá muy buena nota y entrará en una buena escuela —dije—. Esperamos que algo de por aquí, quizás la universidad estatal.

—Bueno, una carta de recomendación del director de la Academia Bristol seguramente ayudaría. —Le guiñó el ojo a Clay.

—Gracias —dijo éste en voz baja.

Significaba mucho para mí que mis padres se estuvieran esforzando para que se sintiera bienvenido. Estaba seguro de que no les resultaba fácil dejar que un joven entrara en su casa el día más especial del año, pero lo habían hecho por mí.

Después de cenar nos reunimos alrededor del árbol para intercambiar regalos. Había comprado algunas cosas a toda prisa para mis padres de camino a allí, puesto que me había olvidado de hacerlo antes. Por suerte, el centro comercial había estado abierto en Navidad.

En realidad, era más bien triste.

Para mi sorpresa, mis padres tenían más regalos para Clay que para nadie más. Hicieron una montaña con ellos junto a él, todos envueltos con la misma meticulosa perfección que los regalos de los demás.

Clay se los quedó mirando sin palabras. No abrió ninguno, como si no estuviera seguro de que fueran realmente para él.

—Abre uno —dije, sentado a su lado en el suelo.

—Eh, ¿son todos para mí? —preguntó, sorprendido.

—Claro que sí —respondió mi madre—. Adelante.

—No tenían por qué hacerlo… —Bajó la vista, lleno de

vergüenza.

—Queríamos hacerlo, campeón —dijo mi padre—. Es de lo que trata la Navidad.

Supe que Clay se sentía incómodo al recibir tanta atención. Hasta aquel momento lo había aceptado con educación, pero había alcanzado sus límites. Intervine para aliviar la tensión.

—¿Qué será éste? —Cogí uno de los regalos y lo sacudí. Se oyó algo dentro, pero no pude adivinar el qué—. Hmm… —Rasgué el papel de regalo y dejé al descubierto una pistola Nerf—. Guau. Estas cosas son geniales. —Le di la vuelta a la caja para leer las instrucciones—. Joder, dispara a una velocidad de ochenta kilómetros por hora.

—Eh, nada de tacos—bromeó Clay.

—Uy. —Me encogí de hombros—. Y viene con munición. Qué guay.

Clay me quitó la caja de las manos.

—Guau. Es genial.

—Tendré que conseguir una y empezaremos una guerra.

—Te patearé los coj…

—Cojines—acabé por él—. Y no, no lo harás.

—Eso ya lo veremos. Mañana la llevaremos al parque.

—Vas a morder el polvo.

Clay se ocupó de abrir el resto de sus regalos ahora que ya había desaparecido la tensión. Mis padres le habían comprado muchísimas cosas, desde juguetes hasta un abrigo nuevo que lo mantendría bien abrigo durante la parte más dura del invierno. No sabía cómo había podido conseguir todo aquello mi madre en tan poco tiempo, pero cuando se trataba de la Navidad, se convertía en una supermujer.

Taylor se puso los pendientes que mi madre le había regalado, y éstos destellaron bajo las luces del árbol de Navidad.

—Muchísimas gracias. Me encantan.

Silbé.

—Estás muy mona.

Taylor se sonrojó y apartó la vista, consciente de que mis padres lo habían oído todo.

Como si fuera a importarme.

Continuamos intercambiando regalos hasta que el suelo quedó lleno de papel de regalo. Había montañas de envoltorios por todas partes, y ni siquiera una bolsa grande de basura habría bastado para recogerlo todo.

—Guau, ha sido una Navidad genial, mamá. —Lo decía todos los años, pero siempre con sinceridad.

—Gracias. —Resplandecía de orgullo tras haber conseguido la misión que se había pasado preparando todo el año.

—Han sido las mejores Navidades que he tenido nunca —susurró Clay, mirando todos los regalos que había acumulado. Estaba demasiado avergonzado como para mirar a nadie—. Gracias por todo

—Ohh… —Los ojos de mi madre se aguaron.

Mi padre sonrió; le había cogido cariño a Clay exactamente del mismo modo que me había pasado a mí.

A Taylor también se le llenaron los ojos de lágrimas.

Mamá se cambió de sitio en el sofá para rodear a Clay con los brazos, dándole el abrazo maternal que nunca había recibido. Aquella vez, Clay devolvió el gesto, permitiendo que alguien lo abrazase como era debido.

Ahora sí que me atemorizaba lo que tendría que hacer una vez acabasen las fiestas. Iba a hacer algo que Clay confiaba en que no hiciera, ý que dañaría nuestra relación. Puede que incluso la destruyese.

Y puede que lo perdiera.

SEIS

A la mañana siguiente me desperté antes que Volt. Durante sus días libres resultaba imposible sacarlo de la cama. A veces se quedaba tumbado hasta después de las diez.

Yo, por otro lado, me ponía refunfuñona si no comía a primera hora de la mañana. Necesitaba tener algo en el estómago, aunque sólo fuera un plátano, así que fui a la cocina en búsqueda de la despensa.

Clay ya estaba despierta y jugando a un videojuego. El árbol seguía con las luces encendidas, y la chimenea todavía estaba prendida. toda la ropa de Volt parecía demasiado grande cuando se la ponía Clay; era todo piel y huesos.

—Buenos días, Clay. —Me puse a preparar el café.

—Buenos días. —Pulsaba los botones frenético, concentrado en su juego.

—¿Tienes hambre?

—Claro.

Reuní algunas cosas de la nevera de Volt y preparé tortitas con beicon y huevos. El sonido de las sartenes crepitando y el olor de la comida recién hecha debió de despertar a Volt, porque salió al pasillo un momento después vestido con unos pantalones de deporte bajos y sin molestarse siquiera en ponerse una camiseta.

—Buenos días, pequeña. —Me abrazó por la espalda y me besó el cuello.

—Buenos días, pero ve a ponerte una camiseta.

—¿Por qué?

Bajé la voz.

—Clay está en la habitación de al lado.

Puso los ojos en blanco.

—Ese chico vive en la calle; no va a importarle.

—No me parece apropiado.

—¿Qué? ¿Es que no te gusta verme paseándome sin camiseta?

—Yo no he dicho eso…

Robó un pedazo de beicon y le dio un mordisco.

—Crujiente.

Acabé con las tortitas y preparé la mesa.

—El desayuno está servido.

Clay dejó caer el mando y casi corrió hasta la mesa.

—Genial. —Se frotó las manos con ansia antes de servirse, bañándolo todo en sirope y engullendo la comida como si alguien pudiera quitársela en cualquier momento.

—¿Había hambre? —bromeó Volt.

—Es que está muy buena —respondió Clay con la boca llena.

—Mi señora sí que sabe cocina. —Volt frotó la pierna contra la mía por debajo de la mesa—. ¿A qué estabas jugando?

—Call of Duty.

—¿Cuál?

—Black Ops.

—Bien, es un buen juego.

Clay llevaba alguna de la ropa nueva que le habían regalado los padres de Volt. Con una ducha y un cambio de ropa, se convertía en un joven atractivo. Sólo le hacía falta ganar algunos kilos para parecer un chico más, alguien con un hogar y una familia.

—¿Quieres quedarte con nosotros hasta que vuelva a empezar la escuela?

—No —se apresuró a decir Clay—. Me marcharé hoy. No quiero ser una carga.

—No eres una carga. Nos encanta tenerte aquí.

—No pasa nada —dijo—. Si estuviera en un apartamento con una chica guapa, yo también querría algo de tiempo a solas…

Volt rió entre dientes.

—No nos importa, de verdad, Clay. De hecho queríamos preguntarte si querrías ver a patinar sobre hielo con nosotros.

—¿Patinar sobre hielo? ¿Qué demonios es eso?

—¿Nunca has patinado sobre hielo? —Supongo que no debería sorprenderme; había muchas cosas que Clay no había hecho nunca.

—No —contestó éste—. Creo que paso.

—¿Quieres ir a las máquinas recreativas? —preguntó Volt.

—Joder, sí —dijo Clay—. Me encanta ese sitio.

Volt y yo acabábamos de volver a juntarnos, y no quería compartirlo con nadie. Quería que nos quedáramos tirados por casa todo el día, mirándonos a los ojos, pero sabía que Clay lo necesitaba más de lo que lo necesitaba yo.

—Tengo que ir a intercambiar regalos con Sara, lo haré esta tarde.

—¿No vas a venir con nosotros? —preguntó Volt.

—Os divertiréis más sin mí. Además, tengo muchas cosas que contarle a Sara. —Todavía no sabía que Volt y yo habíamos vuelto a juntarnos, y era una historia muy larga.

—¿Estás segura? —insistió Volt.

—Por completo. —Clay se merecía que lo mimasen por una vez en su vida, y yo lo único que quería era acostarme con Volt. Por la noche, cuando la puerta estaba cerrada con llave y las luces apagadas, hacíamos todo aquello que tanto ansiábamos. Era entonces cuando era mío por completo, y en todos los sentidos posibles.

Volt vio la sinceridad en mis ojos y se dejó de preguntas.

—De acuerdo. Volveremos a casa más tarde.

SARA ABRIÓ su regalo y gritó.

—¡Oh, Dios mío! ¿De dónde demonios los has sacado? —Levantó los tacones de aguja de Gucci en el aire.

—Bueno, los encontré en una tienda outlet de liquidación. Además, era Black Friday y tenía una tarjeta regalo. Eso sin mencionar que le tuve que vender mi alma al diablo.

Los abrazó contra su pecho.

—Oh, Dios mío, son la cosa más bonita del mundo.

—Me alegro de que te gusten.

—La semana que viene me los pondré para ir a trabajar sí o sí. Mi culo va a parecer de otro planeta.

—Con suerte te ayudarán a conseguir a un tío mono. Y rico, para que pueda pagar todos tus gustos caros.

—No tengo gustos caros —me discutió—. Lo que tengo es estilo.

Sí, claro.

—Ahora abre el tuyo. —Me tendió la caja.

Rasgué el papel y me encontré un collar de oro blanco con un juego de amuletos en otra cajita. Cada uno de ellos era de un animal de safari diferente: había una jirafa, un loro, un rinoceronte y un hipopótamo.

—Guau. Qué monada. —Me encantaba. Me lo pondría todos los días para la escuela. Le puse los amuletos antes de ponérmelo al cuello.

—En cuanto lo vi pensé en ti.

Tanteé los dijes, a sabiendas de lo mucho que le gustarían a Volt.

—Creo que este año hemos hecho un buen trabajo.

Sara volvió a abrazar los zapatos antes de dejar la caja en la silla que tenía al lado.

—Me encanta la Navidad.

—¿Cómo la has pasado?

—Salí con unos amigos. No he conseguido días libres para volar a casa; mis padres se han enfadado, pero lo superarán.

—Es un vuelo muy largo. —Después de volar hasta Washington para Acción de Gracias había pasado los siguientes días con el culo plano de pasar tanto rato sentada.

—Y caro. ¿Y qué has hecho tú por Navidad?

Habíamos llegado a la mejor parte de la conversación.

—La he pasado con Volt.

Sara se quedó mirando mi amplia sonrisa, confundida.

—¿Y qué significa eso?

—Volvemos a estar juntos.

—¿Qué? —soltó—. ¿Qué ha pasado con eso de que no volverías con él jamás?

—Bueno… Me dio una buena justificación para su comportamiento. No podía seguir enfadada con él después de eso.

—¿Cuál fue su excusa?

Protegería los secretos de Volt tanto como protegía los de Sara.

—Es personal, pero confía en mí, tiene todo el sentido del mundo.

—¿Cómo puedes estar segura de que no se lo ha inventado?

—Ya lo insinuó al principio de nuestra relación, pero nunca llegamos a hablar de ello. Además, nunca me mentiría.

—¿Se ha acostado con alguien mientras habíais roto?

—No.

—¿Estás segura? Podría haber mentido.

—Nunca me mentiría. Si eso es lo que dice, entonces eso es lo que pasó.

—No sé… Tres semanas son mucho tiempo soltero.

Ya empezaba a mosquearme. Sara no conocía a Volt como yo, ni siquiera lo había visto.

—Confío en todo lo que me dice. Él no me mentiría sólo para salvar el culo. Si dice que no lo ha hecho, entonces es verdad.

—De acuerdo, perdona. —Sara se echó hacia atrás, captando mi hostilidad.

—¿Por qué no te alegras por mí?

—Sí que me alegro por ti, pero… No importa.

—No, dímelo.

—No vas a querer oírlo. Y si eres feliz, deberías seguir siendo feliz.

Ahora que la tensión se había adueñado de la habitación, ya no podía ignorarla. Necesitaba saber qué pensaba. Nos lo habíamos contado siempre todo, desde pequeñas, y el tema de los hombres no eran una excepción.

—Quiero saberlo.

—¿Estás segura? —preguntó—. ¿No vas a gritarme?

—No te he gritado.

—De acuerdo, vale. —Volvió a inclinarse sobre la mesa—. Por lo que me has contado de él, parece tener problemas de ira.

—Perdió los papeles, lo admito, pero fue sólo una vez.

—Pero los perdió por completo, y dijo algunas cosas imperdonables.

—Lo sé.

—Eso hace que me pregunte si es emocionalmente estable.

—Volt está bien.

—¿Pero puedes asegurarlo? —preguntó—. Se descontroló por completo. Se convirtió en un hombre al que ni reconocías. Si ya ha pasado una vez, ¿quién dice que no puede volver a pasar?

—No volverá a pasar. Y si pasa, me marcharé.

—No sé… —Sara negó suavemente con la cabeza—. Os llevó tanto tiempo estar juntos, y al poco tiempo os separasteis. A mí me suena a que no sois compatibles. Estoy segura de que está bueno y que tiene una buena polla, pero puede que necesites a alguien más relajado.

Para mí no existía nadie más que él. Comprendía lo que debía parecer desde fuera, pero Sara no conocía a Volt, y no comprendía todas las formas en que era un romántico empedernido. No conocía la relación tan dulce que tenía con Clay, ella sólo veía una milésima parte de lo que era Volt, y era una parte que no le hacía justicia. Quería a Sara como a una hermana, pero no tenía la mente tan abierta como yo. En cuanto se le metía una idea en la cabeza, ahí se quedaba para siempre y se ponía de un cabezota que exasperaba.

—Volt es mucho más que una buena polla. Me importa más lo que hay detrás del escaparate; es la parte de él de la que me enamoré. Hemos pasado por un bache, como les pasa a todas las parejas, y no creo que eso signifique que debería darle la espalda sin más. Creo en él, y él cree en mí.

Sara me mantuvo la mirada, sin acobardarse ante el calor de mis ojos. Si aquello la incomodaba, lo disimulaba muy bien. Apretó los labios con fuerza mientras seguía con la vista clavada en mí, y después volvió a echarse hacia atrás en su silla, rindiéndose.

—De acuerdo. Tú sabrás lo que haces.

Sí que lo sabía.

—Por favor, ten la mente abierta cuando lo conozcas.

—No soy tan maliciosa como crees.

—Sí que lo eres, y las dos lo sabemos.

Puso los ojos en blanco.

—Si amas a ese tío y vas a pelear por él, entonces es que debe de ser especial. Quiero que seas feliz; me comportaré.

Aquello no era suficiente.

—Quiero que te caiga bien, Sara.

—He dicho que sería agradable con él y mantendría la mente abierta, pero no me caerá bien a menos que me dé una razón para ello. Así que será mejor que se esfuerce, porque soy un público muy difícil.

—Que así sea.

VOLT y yo disfrutamos de nuestras vacaciones invernales juntos, pero no resultaba tan mágico cuando siempre había una tercera persona cerca. Clay lo hacía todo con nosotros; estaba pegado a Volt como su nuevo mejor amigo, e iban juntos a todas partes.

Y se quedaba a dormir todas las noches.

No me importaba tenerlo allí, era un buen chico, pero detestaba tener que estar callados como ratones cuando jugueteábamos. Cuando Volt me hacía el amor tenía que contener todos sus gemidos, y yo tenía que cerrar la boca y usar las uñas para expresar mis sentimientos. Acabé arañándolo por todas partes hasta casi hacerlo sangrar. Volt tenía marcas por toda la piel, pero no parecía importarle, y tenía que recordarle que se pusiera camiseta para estar por casa para que Clay no viera el rastro de mis garras.

Para cuando pasaron dos semanas, supe que Clay tenía que marchase, y temía aquel momento. Porque, cuando se fuera, Volt tendría que hacer lo correcto y se pondría en contacto con los servicios sociales.

A medida que pasaban los días, Volt empezó a estar cada vez más tenso. El miedo se reflejaba en las profundidades de su mirada. No quería ir contra los deseos de Clay, pero no le quedaba otra opción. Estaba tumbado en la cama junto a mí, sin ganas de sexo, en contra de lo que solía ser habitual.

Me acomodé a su lado y le pasé la mano por el pecho, intentando reconfortarlo de la única manera que podía. Mis dedos no eran suficiente, pero al menos era algo.

—Todo irá bien.

—Me odiará.

—Puede que al principio, pero con el tiempo lo comprenderá.

—No. Me odiará, así, sin más.

—Dale algo más de crédito.

—Tú no lo entiendes —susurró—. Soy lo único que tiene. Soy la única persona en quien confía. Si lo hago, lo verá como una traición, me verá de otra forma. Sé exactamente cómo piensa.

—Estoy segura de que al final entrará en razón.

—Tengo miedo de ir a empeorarlo todo. Tengo miedo de que no vaya a la universidad sólo por rencor contra mí.

—No. No habría acudido a ti para empezar a menos que quisiera conseguir un futuro mejor.

—Pero él no es racional. Si tiene que hacerlo, le dará la espalda a

todo. Para él es un mecanismo de defensa.

—Habla primero con él. Puede que eso suavice el golpe.

—Sí… Pero tengo la sensación de que sólo hará que sea peor.

—¿Por qué no avisas a los servicios sociales pero no le dices a Clay que has sido tú?

—No es estúpido —espetó—. Lo deducirá. Y no voy a mentir a ese chaval.

Me incliné sobre su pecho y deposité un beso sobre sus costillas.

—Todo irá bien, Volt. No te preocupes.

—¿Cómo puedo no preocuparme? —Era inmune a mis besos—. Sé que soy importante para él, pero él también es importante para mí. No quiero perderlo. Significa mucho para mí.

—Lo sé… —Le froté el pecho—. Y él también lo sabe.

—¿Pero será suficiente?

—Lo será. —Planté más besos por todo tu pecho, intentando suavizarlo y redirigir sus pensamientos. Quería que cayera presa de la pasión y que no pudiera pensar en nada más.

Pasó la mano por mi pelo, sintiendo cómo mis mechones caían entre sus dedos.

—Al menos te tengo a ti para pasar por todo esto. —Me rozó la mejilla con la yema de los dedos, notando la suavidad de la piel. El deseo prendió en sus ojos, diciéndome lo mucho que me adoraba.

—Siempre me tendrás.

Me atrajo contra su pecho y me obligó a abrir las piernas para que me sentara a horcajadas sobre sus caderas.

—Me gusta cuando me montas. Es espectacular.

—¿Sí? —Tomé su larga hombría en la mano y la dirigí hacia mi entrada; me había humedecido sin darme cuenta. Me deslicé poco a poco hacia abajo, abriéndome gradualmente mientras lo tomaba dentro de mí.

Las manos de Volt me aferraron las nalgas y tiraron de mí sobre su miembro. En cuanto estuvo completamente en mí noté cómo su pene se endurecía todavía más, disfrutando de lo húmeda y apretada que estaba.

—Móntame, pequeña.

No me podía mover rápido y fuerte como quería; sólo podía inclinarme sobre él y ofrecerle caricias lentas. Su miembro se deslizó suavemente dentro de mí hasta que toda su hombría estuvo completamente envainada. Volt corcoveó contra mí desde debajo, moviéndose poco a poco.

Se apoyó sobre los codos y echó la cabeza hacia atrás, besándome cuando empecé a balancearme con más fuerza. Su boca silenció mis gemidos al cerrarse sobre la mía. Respiré con fuerza contra sus labios mientras lo tomaba en mi interior una y otra vez.

—Eres el mejor sexo que he tenido nunca.

Dejé de moverme y mantuve la cara contra la suya. ¿Era una frase que se le acababa de ocurrir? ¿O lo decía de verdad?

Volt leyó la pregunta en mis ojos.

—Lo digo en serio. —Embistió hacia arriba, queriendo seguir.

Me dejé llevar por el placer y seguí montándole mientras Volt me hacía sentir todo lo que existía desde el sol hasta la luna. Sentí cómo se alzaba la explosión en el horizonte, alcanzándome con sus rayos hasta que estallé en llamas.

Volt me sujetó las nalgas y me movió con más fuerza contra su miembro, hundiéndose más dentro de mí. Estaba a punto de correrse, a punto de seguirme hasta las profundidades del abismo del placer. Gimió contra mi boca antes de alcanzar su objetivo, liberándose dentro de mí. Le encantaba reclamarme de aquel modo.

Y a mí me encantaba que me reclamase.

PASÓ una semana y la escuela volvió a empezar, y sólo hizo falta que mis estudiantes llenasen mi clase para dejar bien patente que no querían estar allí. Llegó el final de la semana y seguían sin querer estar allí.

Y yo tampoco quería.

Quería casarme con Volt y ser su esclava sexual a tiempo completo. Eso sí que sonaba bien. Seguramente el horario sería también muy bueno, con buena paga y unos excelentes beneficios. Esperaba que Volt se apuntase cuando nos casáramos algún día.

El sábado se celebraba la sesión de los exámenes de selectividad a los que Clay se había inscrito. Accedimos a llevarlo en coche hasta el campus y a esperar fuera hasta que hubiera acabado. Era un examen largo, con una duración de cinco horas.

Esperamos en el apartamento de Volt a que llegase. Era muy temprano, alrededor de las siete de la mañana. Nadie debería tener que levantarse tan temprano un sábado.

Tendría que estar penado por ley.

Volt no se puso afectuoso conmigo mientras esperábamos. Estaba reservado, dominado por los nervios.

—¿Estás preocupado por cómo le irá?

—Conoce el contenido, no es eso lo que me preocupa. —Se apoyó contra la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho. Iba vestido con un blazer oscuro que se le amoldaba a los hombros a la perfección. Su pecho se apretaba contra la tela, haciendo que la

definición de los pectorales pudiera verse a través de la prenda.

—¿Entonces qué te preocupa?

—Que se pondrá nervioso. Entrará en pánico. Que verá a todos esos chicos tan inteligente y empezará a dudar de sí mismo. Que no podrá concentrarse.

—Estoy segura de que estará bien.

—Si pudiera sentarme ahí con él, simplemente estar ahí, me sentiría mejor.

—Quizás puedas hacerlo.

—No lo sé. Supongo que podría pedirlo. Puede que si esté ahí él se sienta más cómodo, pero claro, entonces todos los estudiantes querrían que sus padres estuvieran cerca. No sería justo.

—A menos que digas que has ido por un estudio que está realizando tu empresa.

—Hmm… No es mala idea.

—Vale la pena intentarlo.

Clay llamó a la puerta.

Volt le abrió y chocaron el puño.

—¿Estás listo, colega?

—Creo que controlo —respondió Clay, encogiéndose de hombros.

—Lo harás genial. —Volt le rodeó los hombros con el brazo—. Lo tienes en el bolsillo, y después iremos a Mega Shake para celebrarlo.

—Joder, sí —dijo Clay.

Nos metimos en el lujoso coche de Volt y cruzamos la ciudad hasta encontrar la universidad en la que se administraba el examen. Clay se comió por el camino el desayuno que Volt le había preparado.

Una vez que hubimos aparcado, entramos en el edificio.

—A partir de aquí me ocupo yo —dijo Clay.

—Es un sitio muy grande —argumentó Volt—. Vamos a asegurarnos de que llegas a tiempo sin problemas.

Encontramos el mostrador de inscripciones y apuntamos a Clay antes de hacer cola para entrar en el auditorio.

—Vuelvo enseguida. —Y con eso Volt se alejó, probablemente para hablar con alguien y ver si lo dejarían entrar.

Me quedé con Clay, viendo cómo se le tensaba el cuerpo por la ansiedad. No dejaba de cambiar su peso de pierna, mirando a los chicos que lo rodeaban.

—No veo a nadie de mi escuela.

—Puede que estén en otra sala.

—Soy el único chico pobre aquí…

—¿Y qué importa eso? —Volt había tenido razón al decir que Clay podría ponerse nervioso—. Cuando presentes tu solicitud a la universidad, eso no importará en lo más mínimo. Lo harás genial en el examen, y no importa qué aspecto tenga tu ropa ni cuánto dinero

tengas en la cartera. —Le apreté la sien con los dedos—. Todo lo que importa está aquí. —Le señalé el pecho—. Y aquí.

Clay puso los ojos en blanco.

—Eso ha sido muy cutre.

—Pero cierto.

Volt volvió con un gesto decepcionado.

Le pregunté el resultado con una mirada.

Negó con la cabeza.

Se abrieron las puertas, y la gente empezó a entrar.

—De acuerdo, allá vamos. —Volt le puso las manos en los hombros a Clay—. Tú relájate y hazlo lo mejor que puedas. No hay aprobado ni suspenso, sólo un número.

Clay asintió.

—Sé que lo harás genial. —Y entonces Volt hizo algo que nunca antes le había visto hacer: rodeó a Clay con los brazos y lo abrazó—. No importa cuál sea tu puntuación, estoy tan orgulloso de ti.

Clay le devolvió el abrazo con los ojos llenos de emoción.

—Gracias por todo…

—De nada. —Se apartó y le despeinó con los dedos—. Ahora entra ahí y que tengas mucha mierda.

Clay sonrió.

—¿Significa eso que ahora puedo decir palabrotas?

—Cuando salgas del examen podrás decir tantas palabras que empiecen por jota como quieras.

Clay rió entre dientes.

—Vas a arrepentirte de decirme eso.

VOLT ERA incapaz de permanecer quieto ni siquiera durante un segundo. Se paseaba por el pasillo, sin dejar de mirar su reloj. El examen pareció hacerse eterno, y de repente me sentí mal por hacer pasar a mis estudiantes por unos exámenes finales tan duros. ¿Cómo podían esperar prestar atención durante tanto tiempo?

—¿Crees que está bien? —Volt se pasó la mano por la parte de atrás de la cabeza, sonando como un padre preocupado en la consulta del médico. No dejaba de andar de aquí para allá, cruzándose de brazos y volviéndose a pasar los dedos por el pelo.

—Está bien. Siéntate.

Volt metió las manos en los bolsillos, pero se quedó de pie.

Era muy dulce que se preocupase tanto por Clay. Ver cómo su relación había cambiado y crecido frente a mis ojos había sido un

privilegio. Volt tenía el corazón más grande del mundo. Cuando me dijo que no sentía ni amor ni compasión, supe que estaba mintiendo; tenía más amor que dar que ninguna otra persona que hubiera conocido nunca.

—¿Volt?

—¿Hmm?

Lo cogí del brazo y tiré de él hacia el banco que había a mi lado.

—Llevas haciéndole tutorías desde hace casi un año.

—Sí.

—¿Y crees que ha aprendido mucho?

Asintió.

—¿Crees que tiene lo necesario para hacerlo bien?

Volvió a asentir.

—Entonces ten algo de fe. Ese chico es más duro de lo que parece. Va a concentrarse y lo hará genial, ya verás.

Volt se quedó mirando el suelo antes de recuperar la cordura.

—Tienes razón.

—Sé que la tengo. —Le froté el brazo y apoyé la cabeza en su hombro—. A Clay le ha enseñado el mejor. Lo hará genial.

Volt giró la cabeza hacia mí y me dio un beso en la frente.

—Mis estudiantes siempre me han importado, pero con Clay es otra cosa. No puedo explicarlo. Sencillamente quiero lo mejor para él, en todo.

—Lo quieres.

—Es más que eso. Cuando no estoy con él, me preocupo por él. Cuando tiene hambre, siento náuseas. Cuando tiene miedo, tengo ganas de morirme.

—Puede que lo veas como a un hijo.

—Lo hago, pero no tengo edad para ser padre.

—Eso no es cierto. —Tenía más de treinta años; había mucha gente que tenía niños antes incluso de la veintena.

—Pero no soy lo bastante mayor para ser padre de un adolescente que se está preparando para la universidad. Tiene exactamente la mitad de mi edad.

—Eso no significa que no pueda verte como una figura paterna. Te admira, lo veo en sus ojos.

—Bueno… Sí.

Seguí frotándole el brazo.

—Yo también me siento a veces así con mis alumnos. Lo hago lo mejor que puedo en clase, pero a veces desearía estar con ellos un poco más. Desearía que los días tuvieran más horas para poder enseñarles todavía más cosas nuevas. Desearía poder ayudarlos siempre que me necesitasen.

—Al menos me comprendes. —Colocó la mano sobre mi muslo,

apretándolo suavemente.

—Con algo de suerte Clay irá a algún sitio cercano y podrás verlo todo el tiempo.

La mención del futuro siempre arruinaba el espíritu de Clay. Él nunca pensaba en la universidad, sólo en el día siguiente.

—¿Y si le digo que soy yo quien ha llamado a los servicios sociales? Soy profesora, tengo la obligación de avisar de esas cosas. Podrías hacer ver que no lo sabías.

—Es un detalle que te ofrezcas, pero no funcionaría. Clay lo sabría, es un chico muy listo. —Volt inclinó l cabeza, incapaz de ocultar su nerviosismo. El amor real se medía en los momentos difíciles, no en los fáciles. Volt podía hacerse el sueco y seguir siendo el mejor amigo de Clay, pero sabía que aquello no sería lo mejor para él. Sabía lo que tenía que hacer, a pesar del dolor que pudiera causar.

Intenté cambiar de tema para aligerar el ambiente.

—Sara está ansiosa por conocerte. —Rozaba la mentira, pero no cambiaba lo que acabaría pasando.

—Ah, sí. Me había olvidado de ella.

—Una vez que la conozcas ya no podrás olvidarla.

—¿Le constaste lo de nuestra ruptura?

Asentí.

—Genial… Debe de creer que soy un capullo.

—No lo cree. Le dije que habíamos vuelto y sólo quiere que sea feliz.

—Ya… Vaya, que me odia.

—¿Recuerdas lo que me dijiste de tus padres?

Me miró, inexpresivo, sin tener ni idea de a qué me refería.

—Me dijiste que tanto si les gustaba como si no, eso no marcaría ninguna diferencia, porque nada iba a cambiar lo nuestro. Pues lo mismo aplica con Sara. No me importará si no le gustas.

—Pero es tu mejor amiga.

—¿Y? Eso no significa que esté de acuerdo con todo lo que dice.

—Desafiar a mis padres es fácil, pero no resulta tan sencillo ir contra los deseos de tus amigos.

—Para mí sí.

Volvió a ponerme la mano en el muslo.

—Gracias…

—No es nada. —Lo besé en la comisura de los labios—. Además, ¿quién va a hacérmelo tan bien como tú?

Sonrió de oreja a oreja, encantado con mi comentario.

—En eso tienes razón.

—Me encanta lo que tengo, y no voy a irme a buscar nada en ningún sitio.

—Menos mal que simbolizo un polvo excelente.

—Y un hombre de lo más dulce.

La puerta se abrió y los chicos empezaron a salir. La mayoría parecían agotados, cansados de concentrarse durante cinco horas seguidas. Otros sólo parecían felices de que el examen por fin se hubiera acabado.

—Debe de estar hambriento —dije—. Es incapaz de pasar más de una hora sin comer.

Volt se rió para sí y se puso en pie, tomándome la mano.

—Sé cómo es eso. Cuando empezamos a salir, mi cartera se volvió mucho más ligera por arte de magia.

—Oye, siempre me ofrezco para pagar.

—Pequeña, ya sabes que estoy de broma.

Clay emergió de entre la multitud sin parecer nada aliviado de haber acabado el examen. De hecho tenía peor aspecto del que había tenido al entrar.

—Eh, tío. —Volt le dio una palmada en el hombro—. ¿Cómo ha ido?

—Bien —respondió, encogiéndose de hombros—. He puesto tu dirección para recibir allí la puntuación. No pasa nada, ¿verdad? Si la envían a mi casa y la ve mi padre…

—Sí, no pasa nada —dijo Volt—. Cuando llegue podemos mirarlo juntos.

—De acuerdo. Gracias.

—Ahora dime cómo ha ido el examen. —Volt caminaba junto a él, guiándolo por el pasillo y de vuelta al aparcamiento.

—Ha sido muy largo. —Clay se frotó la sien—. Hasta me ha dado dolor de cabeza.

—Deberían hacer descansos —argumenté—. ¿Cómo se supone que rindan bajo toda esa presión?

—No lo sé —respondió Volt—. Cuando lo hice yo, no era así.

—Mi examen tampoco fue así —dije.

—¿Ha habido alguna pregunta en la que no tuvieras ni idea sobre cómo responder? —preguntó Volt—. ¿O lo has reconocido todo?

Clay se encogió de hombros.

—No lo sé… había muchas preguntas.

—Volt. —Me acerqué a él y entrelacé el brazo con el suyo—. Deja de interrogar al pobre chico y deja que se relaje. Lo más seguro es que esté hambriento y necesite hacer pis.

Clay se rió entre dientes.

—Escucha a tu novia.

Volt cedió y le dio algo de espacio, pasándome el brazo por la cintura.

—¿Sigue apeteciéndote ir a Mega Shake?

—Tío, ahora mismo podría hasta comerte la cara —respondió

Clay—. Así de hambriento estoy.

—Entonces vamos ya —intercedí—. Me gusta mucho la cara de Volt.

CLAY COMIÓ MÁS LENTAMENTE de lo habitual, probablemente estaba demasiado cansado para engullir la comida. Pidió un refresco y un batido, completamente agotado después de responder trescientas preguntas.

Volt no volvió a interrogarlo, pero resultaba evidente que le resultaba toda una lucha el contenerse. No dejaba de mover la pierna debajo de la mesa, sufriendo la impaciencia en sus propias carnes. Normalmente era elegante y carismático, pero cuando se trataba de Clay, se convertía en una persona diferente. Me recordaba a mi padre, siempre protector y dominante.

Era adorable.

—Clay, ¿sabes qué clase de trabajo te gustaría tener? —pregunté. Hasta ahora Volt nunca me había dicho qué le interesaba, sólo había mencionado que quería ir a la universidad.

—No estoy seguro —respondió, encogiéndose de hombros—. Lo único que sé es que no quiero vender drogas.

No reaccioné antes sus palabras, aunque requirió de todas mis fuerzas. Clay provenía de un mundo distinto, uno que yo nunca comprendería.

—Cualquier razón para estudiar a nivel superior es buena.

—Simplemente no quiero terminar como mi padre. Ya sabes, borracho y colocado todo el tiempo. La mayoría de los días ni siquiera sabe dónde está. Su vida carece de sentido. Cuando muera, no le importará a nadie ni nadie se dará cuenta.

—Así que quieres marcar una diferencia.

—Supongo —respondió—. Sólo quiero ganar el dinero suficiente para tener mi propia casa en algún sitio seguro. Quiero tener comida en la mesa y no tener que preocuparme nunca de dónde voy a sacar la próxima comida. Quizás comprarme un coche o algo así.

Aquella conversación me recordaba lo mucho que daba por hecho. No había crecido entre riquezas, pero desde luego nunca había tenido miedo de ir a perderme la próxima comida. Nunca había tenido miedo de que mis padres fueran a golpearme. Me resultaba fácil decir que mi infancia había sido feliz.

—Eso me parece fantástico. Hay muchas maneras en las que podrías conseguir dinero y ser feliz.

—No me gustan las matemáticas, no quiero hacer nada que tenga que ver con ellas.

Reí entre dientes.

—Las matemáticas pueden ser difíciles. ¿Cuál es tu asignatura favorita?

—Lengua. Me gusta leer y escribir. Bueno, ahora me gusta. Antes lo odiaba.

—Quizás podrías ser profesor. O escritor.

—Quizás —dijo—. Espero descubrirlo cuando esté en la universidad. Por ahora iré a un colegio universitario y después cambiaré de centro.

—¿Por qué no ir directamente a por la carrera de cuatro años? —pregunté.

—Porque no conseguiré entrar. —Lo dijo con sencillez, sin compasión—. Pero no importa; he oído que la gente también lo hace así. Además, al parecer es más barato.

—Eres un chico listo, ¿eh? —dijo Volt—. Piensa las cosas de verdad. —El orgullo era evidente en su voz.

—Es muy inteligente —estuve de acuerdo.

Clay bajó la mirada, evitando nuestra mirada cuando nuestra atención empezó a ser demasiado.

—¿Señor Rosenthal? —Un hombre vestido con un cuidado traje negro se acercó a nuestra mesa. Tenía cabello castaño y unos brillantes ojos azules, y parecía rondar los cincuenta años. Lo acompañaba una mujer, también morena, y a juzgar por cómo iban cogidos de la mano, estaban casados.

—Hola, señor Preston. ¿Cómo está? —Volt se puso en pie y le apretó la mano.

—Perfectamente —respondió éste—. Se me ha ocurrido acercarme y saludar. Espero que el software le haya estado sirviendo.

—Ha ido genial —respondió Volt—. Mis tutores lo usan con los chicos y ayuda mucho. Gracias por la donación.

—Me alegro de oírlo. —Se giró hacia la mujer que debía de ser su esposa—. Ésta es mi mujer, Scarlet. Pequeña, este es el señor Rosenthal, uno de mis clientes.

Volt le dio la mano también a ella.

—Es un placer conocerla. Su marido es un gran hombre.

—Gracias —dijo ella con una bonita sonrisa—. ¿Por qué cree que me casé con él?

El señor Preston la miró con una mirada que me resultaba familiar. Me recordó a la manera en la que Volt me miraba. El amor irradiaba desde lo más profundo de su ser. Era inconfundible. El señor Preston volvió a la conversación, posando su mirada sobre mí.

—¿Es ésta la mujer especial de la que me habló?

¿Estaba hablando de mí?

—Sí. Ella es mi dama. —Me puso en pie y me rodeó la cintura con el brazo—. Le presento a Taylor.

—Es un placer conocerlo. —Les di la mano a ambos.

El señor Preston miró a Clay de reojo.

—No sabía que tuviera un hijo. Yo mismo tengo dos, pero ya están fuera del nido.

—No es mi hijo —se apresuró a decir Volt—. Pero casi. Es uno de mis estudiantes, Clay.

Clay agitó la mano a modo de saludo mientras tomaba el último sorbo de su batido.

—Bueno, ha sido un placer verle. —Apretó a su mujer contra él mientras se alejaban—. Cuídese.

—Usted también. —Volt volvió a despedirse con la mano cuando pasaron frente a la ventana antes de girarse hacía mí.

—Lo conozco de algún sitio… —Había visto su cara, pero no conseguía recordar dónde. Sonaba a que trabajaba en el campo de la tecnología, y eso quedaba muy lejos de mi profesión.

—Es Sean Preston —explicó Volt—. Uno de los hermanos Preston.

Seguía sin caer.

—Lo habrás visto en la televisión y en las revistas —explicó—. Simplemente no te acuerdas.

—Supongo. No sabía que te codeabas con famosos.

—Bueno, soy un tipo bastante guay. —Me dirigió una sonrisa juguetona antes de volver a sentarse—. Así que será mejor que te quedes conmigo.

—Bueno, iba a quedarme contigo de todas maneras.

Hizo que me sentara en su regazo.

—Vale. Nos quedaremos bien juntos entonces.

Lo fulminé con la mirada por haberse atrevido a hacer un chiste guarro delate de Clay.

—¿Qué? —preguntó Volt—. El chico tiene dieciséis años. No es estúpido.

Clay paró de comer sus patatas fritas y una mueca se adueñó de su cara.

—El chico tampoco tiene hambre ya.

SIETE

Estaba posponiéndolo.

Y mucho.

Era peor que no hacer un trabajo a entregar en una semana. Era peor que no escribir un examen la noche previa al día en que los estudiantes tenían que presentarse al mismo. Estaba posponiéndolo porque no tenía ninguna intención de hacerlo.

Clay me detestaría.

Lo vería como la traición definitiva.

Y no podía culparle. Le había dicho que no le echaría encima a los perros y ahora iba en contra de mi palabra. Todo iba bien hasta que su padre se había pasado de la raya. No había llegado a pasar nada, pero algo podría haber ido mal fácilmente. Clay había estado fuera durante dos semanas, y a su padre no había parecido importarle.

¿Qué clase de padre era ése?

Quizás si me sentaba con Clay y tenía una charla seria con él, lo comprendería. Vería que estaba intentando ayudarlo, no hacerle daño. Era un chico inteligente y había llegado muy lejos; lo más probable es que comprendiera que sólo estaba intentando hacer lo correcto.

Pero en el fondo, sabía que no lo haría.

Pasó una semana y seguía sin dar el paso. Tenía toda la información de contacto que necesitaba para meter a Clay en el proceso. Había investigado los distintos orfanatos a los que podrían llevarlo, y aunque ninguno de ellos era el Ritz, parecían tolerables.

Taylor no mencionó la situación, aunque ésta pendía en el aire como una pesada nube de lluvia. Pero su paciencia se estaba agotando; si no hacía algo pronto, me acabaría soltando un buen sermón. Quería a Clay tanto como yo, y cada día que seguía pasando en aquel agujero era un día de más.

Aquella noche preparé la cena para los dos después del trabajo. Hice pollo parmesano con espaguetis, algo tan sencillo que hasta un mono podría hacerlo. Normalmente no comía muchos carbohidratos por la rapidez en la que afectaban a mi peso, pero últimamente tenía ansias. Además, a Taylor le encantaba la comida italiana.

—Guau, todo se ve delicioso. —Taylor se sentó delante de mí y se frotó las manos. La brisa que provocó al mover las manos llegó a la vela y la hizo parpadear. Un brillo leve le iluminó las mejillas, dándoles un tono rosado y haciendo que le destellaran los ojos.

—Gracias. —Le pasé las pinzas para que pudiera servirse la primera.

Se sirvió los espaguetis y eligió un trozo de pollo.

—¿Has cocinado alguna vez para otra persona? —Se sirvió un

vaso de vino y después se puso la servilleta en el regazo. Sus palabras carecían de celos.

—Para mis ligues no —respondí—. Pero lo hacía para… mi última novia. —Detestaba tener que admitir siquiera que había llegado a tener una relación con aquella puta. Me había cegado y me había hecho inmune a lo que me rodeaba, haciendo que cayera en una falsa sensación de seguridad. ¿Con cuánta gente me había estado engañando? ¿Lo había sabido todo el mundo?

—¿Cuánto tiempo estuviste con ella?

No me gustaba hablar de aquella mujer; no se merecía ninguno de mis recuerdos.

—Alrededor de un año.

—¿E ibas a pedirle matrimonio? —me preguntó Taylor con sorpresa.

Sí, aquello me daba mala imagen.

—Creía que estaba enamorado. —Todo aquel tema me hacía quedar como una nenaza.

—¿Habías tenido alguna relación antes de ella?

—No realmente. Pasaba algunos meses con una persona antes de que siguiéramos caminos separados. Ella fue mi primera relación seria.

Taylor asintió mientras seguía comiendo.

—Sé que no es lo mismo, pero tengo la sensación de que lo que pasé con Drew fue algo parecido. Nunca lo amé, pero me dolió bastante que jugara tan fácilmente conmigo. Por eso nunca le planté cara; aquello habría sido una victoria para él.

—Sí… —Nunca lo había pensado. Eran situaciones similares.

—¿Así que cuando te rompió el corazón, pasaste a tu época sexual?

—Sí. Me dije a mí mismo que nunca volvería a enamorarme. Nunca volvería a tener otra relación. Nunca dejaría que alguien jugara conmigo de aquel modo. No sólo fue doloroso; resultó vergonzoso.

Su mirada se suavizó mientras me miraba desde el otro lado de la mesa.

—Nadie piensa mal de ti por eso.

—¿No? —pregunté—. Porque deberías.

—¿Y eso por qué?

—Una mujer sólo busca a otro hombre si no está satisfecha. Al parecer, yo no era satisfactorio. —Pero tras dormir con más mujeres de las que podía contar, había solucionado ese problema. Había conocido a muchas mujeres interesantes en mis viajes, y había tenido mucho sexo. Había salido de mi zona de confort y había intentado cosas nuevas. Había hecho lo del bondage, lo del juego de rol y todo lo demás que se te pudiera ocurrir. Y todas esas experiencias me

habían convertido en un monstruo en la cama; las mujeres no dejaban de volver a por más.

—O puede que pasara alguna otra cosa. Me dijiste que el tipo era su ex, ¿verdad?

—Sí. —¿Por qué cojones seguíamos hablando de aquel tema?

—Quizás se cruzaron y los viejos sentimientos resurgieron. Quizás fue un beso y nada más que un beso.

Lo dudaba.

—Sencillamente no creo que debas atribuir sí o sí sus acciones a tu ineptitud.

—Si hubiese sido feliz de verdad conmigo, no lo habría echado a perder sólo por un beso, y mucho menos con un hombre al que ya había besado. —Removí la comida y mantuve la mirada baja, deseando que se dejara ya de preguntas. No podía pedírselo, no cuando yo había jodido nuestra relación hacía sólo unas semanas. Nada de todo aquello habría pasado si hubiese sido sincero con ella.

—Sé que no quieres hablar de ello. Lo veo en tus ojos. Pero no puedo dejar que sigas pensando que tú fuiste el problema.

Volví a mirarla, viendo la suavidad en su expresión.

—No estabas ahí, no puedes saberlo.

—Pero sí que lo sé. Eres el hombre más maravilloso del mundo, Volt. Ella era la que tenía el problema, no tú.

—Bueno, gracias por decir eso, pero ya nunca lo sabremos.

—¿Entonces lo de acostarte con todo lo que se moviera fue sólo para mejorar en la cama?

—En parte —respondí—. Y para sentirme bien simplemente. Durante mucho tiempo funcionó, hasta que apareciste. Tu calidez me hizo comprender lo fría que era mi vida, lo vacía que estaba. Y fue entonces cuando decidí darle otra oportunidad al amor.

Taylor tenía el tenedor en la mano, pero no tomó otro bocado.

—¿Qué pasó con la chica?

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. No me mantuve en contacto. Nunca me he preguntado qué estaba haciendo con su vida.

—¿No te la has vuelto a encontrar?

—No. —Y gracias a Dios.

—No puedo ni imaginármelo…

Tomé un trago de vino.

—¿El qué?

—Te fue infiel y pensaste que se había salido con la suya. Me pregunto si volvió con su ex y si seguirán juntos.

—Puede. —No me importaba un pimiento.

Taylor por fin dejó correr aquella conversación, bebiendo su vino en silencio. Ahora que ya había preguntado todo lo que podía

preguntar, ya no deberíamos volver a tener nunca una razón para hablar de Sara.

Por fin había quedado enterrada en el pasado.

—Si vale de algo, a mí me pareces espectacular en la cama.

Dejé de comer, cogido por sorpresa por aquella frase. No necesitaba que me lo dijera; resultaba evidente en la manera en la que se corría con mi miembro y me suplicaba por más. Estaba claro en la expresión de sus ojos cuando me movía dentro de ella. Todo lo que Taylor hacía y decía lo dejaba descaradamente claro.

—Lo sé. —Tras pasar un año de mi vida tirándome a todo lo que se movía, me había convertido en un experto en anatomía femenina. Sabía lo que querían las mujeres, cómo lo querían y qué clase de fantasías tenían. Me sentía agradecido de poder aplicar todos aquellos conocimientos con la única mujer que importaba de verdad—. Y tú también eres espectacular. La música que hacemos juntos es hipnótica.

—Y que lo digas. —Volvió a centrarse en su cena, todavía casi sin tocar. Habíamos pasado tanto tiempo hablando que ninguno de nosotros había comido apenas nada. Pasamos a una conversación tranquila sobre el trabajo y sus alumnos.

Nos acabamos los platos y después el resto del vino. Acostumbrábamos a bebernos una botella entre los dos. Taylor no soportaba el alcohol tan bien como yo, pero cuando sólo estábamos ella y yo, no le importaba cuánto bebía. De un modo u otro yo acabaría en su cama.

—¿Volt?

—¿Hmm?

Los ojos se le entrecerraban por el alcohol, el deseo y el agotamiento.

—Tienes que hablar con Clay.

Sabía que aquel momento se había estado acercando. Taylor se había contenido durante una semana, pero el alcohol le había aflojado la lengua.

—Cada noche que pasa en esa casa es otra noche de la que podría no salir vivo. Volt, tienes que cuidar de él. Si no haces nada, tú también eres culpable.

—Lo sé.

—Ha pasado una semana, y no has hecho nada todavía.

—Lo sé…

—Habla con él o intervendré. Detesto entrometerme y presionarte, pero el chico también es importante para mí. Tenemos que cuidar de él; no podemos fallarle de esa manera.

Ya lo había repetido de sobras.

—De acuerdo.

—¿Cuándo vas a hablar con él?

Quise decir a la semana siguiente, pero aquella respuesta no sería suficiente. Tendría que ser antes de lo que quería.

—Mañana.

Esperé que el día siguiente no llegase nunca.

AHORA QUE EL examen de aptitud había quedado atrás, Clay no recibía tutorías diarias como solíamos hacer. Nos veíamos sólo una vez a la semana para repasar sus deberes y para que lo ayudase con cualquier pregunta adicional que pudiera tener. Desde que habíamos empezado a trabajar juntos, sus notas habían mejorado remarcablemente, y dos de sus profesores me habían llamado sólo para preguntar cómo lo había conseguido.

Les dije que yo no había hecho nada, había sido Clay quien había hecho todo el trabajo.

Clay se reunió conmigo en la sala de conferencias, como siempre, y se sentó delante de mí con el libro de texto y los detalles para su proyecto de ciencias. Nos habíamos vuelto incluso más cercanos que antes y teníamos una relación con unos fuertes cimientos de confianza, respeto y amor.

Y no quería perderla.

Taylor no había sido la única persona que me había reconstruido por dentro; Clay también había hecho que me diera cuenta de que no era el idiota egoísta que me había considerado en una ocasión. Hizo que me diera cuenta de que seguía teniendo la capacidad de querer cuando creía que la había perdido. Hizo que me diera cuenta de que quería tener una familia algún día. Era algo sin lo que podía vivir; Clay había sacado lo mejor de mí, y había expulsado lo peor.

—Me alegro de que Tayz y tú volváis a estar juntos —dijo—. Me gusta.

—A mí también me gusta. ¿Y qué acabas de llamarla?

—¿No es ése su apodo? —preguntó—. Me dijo que así era como lo llamaban sus amigos. Tiene gancho.

Si a Taylor le parecía bien, entonces a mí me parecía bien.

—Sí. Es de lo más fantástica.

—¿Vas a casarte con ella?

Una pregunta como aquella me habría provocado un ataque de pánico hacía unos meses, pero ahora estaba extrañamente tranquilo.

—Si me acepta a su lado.

—¿Cuándo vas a pedírselo?

—No estoy seguro, no lo he pensado.

—Bueno, las chicas como ella no aparecen a menudo. Deberías ponerle un anillo en el dedo antes de que sea demasiado tarde.

—No llevamos mucho tiempo juntos. —Puede que unos meses si no tenías en cuenta nuestra ruptura.

—¿Pero no estabais ya así como juntos cuando sólo erais amigos? —preguntó Clay.

Se acordaba más cosas de las que había considerado.

—Sí.

—¿Y eso no cuenta?

—Es debatible.

—Creo que deberías hacerlo.

—¿Desde cuándo eres mi médico en el amor? —pregunté con una pequeña sonrisa.

—No lo soy —discutió—. Pero creo que si encuentras a alguien que te hace feliz de verdad, no deberías dejarlo ir. ¿Recuerdas cómo estabas cuando rompisteis? Porque yo sí. ¡Dios, me sacabas de quicio!

Se me escapó una carcajada desde lo profundo del pecho.

—¿De quicio?

—Sí. Te pasabas todo el día de morros y lamiéndote las heridas. Eras un grano en el culo.

No lo regañé por usar aquella frase. Cuando decía cosas así, hacía que le cogiera todavía más cariño.

—Detesto decirlo, pero eras una completa nenaza.

—Sí que lo era. —No iba a negarlo.

—Y si una chica te afecta de esa manera, es que es la elegida.

—Veo tu razonamiento.

—Así que avísame cuando vayas a pedírselo.

No tenía prisa, pero también detestaba tener que ir de un apartamento al otro. Detestaba las noches en que Taylor se iba a casa porque tenía que hacer la colada y limpiar. Detestaba el hecho de que no estuviéramos juntos durante cada segundo del día. Nunca me cansaba de ella, y cuando Taylor no estaba cerca no sabía qué hacer conmigo mismo.

—Lo haré.

Clay volvió a centrarse en su libro.

—Se supone que tengo que hacer un proyecto de ciencias, pero no sé qué hacer. ¿Es demasiado típico el volcán con bicarbonato y vinagre?

Era la cosa más típica del universo.

—Sí.

—Sí, tienes razón. —Se quedó mirando la otra punta de la sala, intentando pensar en ideas.

Había llegado a un callejón sin salida, y sabía que no podía continuar. Había llegado el momento, y tenía que soltar la bomba

sobre Clay y esperar lo mejor. Con suerte atendería a razones y comprendería que sólo me preocupaba por él; no iba en su contra como todos los demás.

—Clay, tenemos que hablar de algo…

—¿De qué? —Alzó la vista—. ¿Ha llegado mi puntuación del examen?

—No, todavía no. —Cerré los libros de texto y los dejé en un lado de la mesa.

Clay me miró con miedo en los ojos.

—De acuerdo…

—No me resulta fácil decir esto. Ten la mente abierta, ¿de acuerdo?

—Eh, lo intentaré.

—Después de lo que pasó en nochebuena, no puedo dejar que sigas viviendo en esa casa.

Las palabras se le clavaron en la piel, haciéndole comprender poco a poco. Su mirada pasó de amistosa a sombría.

—¿Qué cojones se supone que significa eso?

—Clay, tu padre es peligroso, y podría hacerte daño.

—Ya lo ha hecho, y estoy bien. ¿Por qué estamos hablando de esto? Ya te dije que estoy bien allí, no quiero marcharme.

—Pero podría matarte cualquier noche de éstas.

—Quizás, pero lo dudo.

—No debería ser siquiera una posibilidad —discutí—. ¿Es que no lo ves?

—Mira, ésta son las cartas que me ha dado la vida. No son tan malas. Muy pronto podré largarme de allí.

—Pero…

—Sabía que no debería haber ido a tu apartamento. Debería haber dormido en un banco del parque.

—No. Puedes acudir a mí por cualquier cosa, lo sabes.

—No si vas a chivarte. —Sacudió la cabeza—. Sabía que no podía confiar en ti. Debería haber mantenido la maldita boca cerrada.

Aquello estaba dando un giro para lo peor, y el corazón empezó a dolerme.

—Clay, no sabría qué hacer si te perdiera. Te quiero como a un hijo, ¿vale? No puedo soportar que nadie te haga daño.

—Lo que tú digas —espetó—. He estado bien durante mucho tiempo, y lo estaré durante el poco tiempo que queda.

—Pero te mereces más.

—No voy a ir a un orfanato —soltó—. El rumor correrá por la escuela y todo el mundo se meterá todavía más conmigo. Seré el idiota sin padres. Seré el idiota que tiene a un drogadicto de padre. ¿Qué oportunidades crees que tendré en un lugar así?

—No será tan malo como crees.

—Volt, es mi vida. Puede que todavía no sea un adulto, pero debería poder decidir lo que pase conmigo. No quiero ir. He cuidado de mí mismo hasta ahora, ¿por qué no confías en mi opinión?

—Sí que confío en ella, Clay. Pero recuerda que aquí el adulto soy yo. Soy más sabio que tú. No te lo estaría sugiriendo a menos que creyese que es lo mejor para ti.

—Bueno, entonces no sabes qué es lo mejor para mí —respondió con brusquedad—. No sabes nada, tú con tu familia perfecta y tu casa perfecta. Tenéis más comida de la que veré yo en todo un año, os dedicáis a sentaros a hablar porque tenéis tantísimo tiempo libre. Venimos de mundos diferentes, y conozco mi mundo mucho mejor que tú, así que deja de actuar como si lo comprendieras. Nunca lo harás.

—Clay…

—Cállate —siseó—. Si se lo dices a nadie, jamás te perdonaré. No volveré a hablar contigo. Te odiaré durante el resto de mi vida.

Los ojos me ardieron al oír aquellas palabras. Nada me dolía más que aquello. Había quedado devastado cuando Taylor me había dejado, pero aquella era una angustia nueva.

—Los amigos no se hacen esto. Te estoy diciendo directamente lo que quiero, y no me estás escuchando.

—Clay, tengo que mantenerte a salvo.

—¿Arruinándome la vida? —siseó.

—No será tan malo como crees.

—¿Y lo sabes, porque…? —Se inclinó hacia delante, poniéndose más agresivo—. ¿Tienes idea de cómo son los servicios sociales? ¿Tienes la más mínima idea de cómo es un orfanato? Tengo amigos que han pasado por eso, sé cosas que tú nunca sabrás, así que deja de actuar como si lo entendieras. No lo entiendes.

—Sé que tienes miedo a los cambios…

—No tengo miedo a los cambios, tengo miedo de perder mi libertad. Tengo miedo de perder mis derechos. Puede que mi padre sea un borracho y un drogadicto, pero me deja tranquilo, joder. Él se dedica a sus cosas y yo a las mías, puedo ir y venir como me plazca.

—Porque no se preocupa por ti.

—Y eso no importa, porque te tengo a ti.

Por alguna razón, eso me hizo todavía más daño.

—Pero si haces esto, perderé a la única persona que creía que de verdad se preocupaba por mí.

—Sí que me preocupo por ti.

—Entonces déjate ya de éstas tonterías.

Quise agachar la cabeza y esconderme, pero no podía. Aquello era duro, incluso más difícil de lo que había anticipado. Clay era

persuasivo, y estuve a punto de ceder. Casi hice lo que me pedía, pero tenía que ser valiente e imponerme, sin importar lo mucho que doliese. No podía vivir en aquel lugar otro año; si lo hacía, acabaría muerto.

—Clay, pasará de la siguiente manera. Mañana llamaré a los servicios sociales y se lo explicaré todo. Investigarán la situación. Puedes mentir si quieres, pero creerán más mi palabra que la tuya. Cuando vayan a la casa, verán que de todos modos es un ambiente inhabitable. Y a partir de ahí, se encargarán de todo. Lamento que no es lo que quieras, pero es lo que va a pasar. Te lo digo para que estés preparado.

Clay me miró fijamente, con las manos temblando sobre la mesa. La ira enterrada en lo más profundo de su mirada estaba a punto de estallar. La ira le bombeaba por las venas, y estaba a nada de saltar por encima de la mesa y atacarme. Era la clase de ferocidad que no podía contener.

Me mantuve firme, detestándome más con cada segundo que pasaba.

Clay se puso en pie con brusquedad y recogió sus cosas, colgándose la mochila del hombro y dirigiéndose a la puerta.

—Clay. —Me levanté; no quería que las cosas acabaran así.

Clay se giró, todavía con las manos temblándole.

—Confiaba en ti. Confiaba en ti, joder, y me has apuñalado por la espalda. Eres como todos los demás. Crees que eres mejor que yo, más listo que yo, que sabes mejor que yo lo que me conviene. Pero no lo entiendes, y nunca lo entenderás. Te odio, Volt. Te detesto, no quiero volver a ver nunca esa cara de mierda que tienes. Que te jodan. —Salió como un torbellino de la sala de conferencias, cerrando la puerta con un portazo tras él.

Miré cómo se marchaba por las ventanas mientras sus palabras se repetían dentro de mi cabeza. Era como el eco dentro de una caracola. Duraría eternamente, alargándose sin fin, para mi tormento.

Me volví a dejar caer en la silla cuando mis piernas se negaron a seguir sosteniendo mi peso. Mi cuerpo se bloqueó, incapaz de manejar la conmoción que acababa de sacudirme. Se me aguaron los ojos con unas lágrimas que no sabía siquiera que pudiera poseer. Estaba roto más allá de cualquier arreglo, con el corazón destrozado en dos. Acababa de perder a alguien que significaba un mundo para mí, y ahora Clay me odiaba.

Me detestaba.

Me incliné sobre la mesa y escondí la cara entre las manos, notando el calor de las lágrimas subiéndome a los ojos. Intenté contenerlas; no podía recordar la última vez que había llorado. Debía de haber sido cuando era niño. Pero ahora no podía contener mi

depresión. Sentía náuseas provocadas por el dolor. Sentía el cuerpo como si me hubieran torturado.

Y llegaron las lágrimas.

TAYLOR SE PASÓ DESPUÉS del trabajo, con la bolsa de la compra en la mano. Era su turno de hacer la cena.

Me había olvidado de que iba a venir. Tras la conversación con Clay me había olvidado de todo lo demás en mi vida. Nada más parecía importar, ni siquiera la mujer de la que estaba locamente enamorado.

—El trabajo ha sido soporífero. —Dejó la bolsa sobre la encimera—. Los chicos tenían un examen, así que me he pasado todo el día navegando por Internet. —Fue guardando la compra, dejando la verdura y la carne en la nevera—. ¿Cómo te ha ido el día?

Me apoyé contra la pared, incapaz de mantener el cuerpo erguido.

Taylor se giró hacia mí cuando no respondí.

—¿Qué…? —Dejó de hablar al ver mi expresión de sufrimiento. Mi desesperación irradiaba de mí como un faro, y todo mi cuerpo no era más que una sombra de lo que solía ser. No necesité decir nada para explicar mis sentimientos.

Taylor ya los conocía.

—Volt… —Me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza, permitiéndome esconder la cara en su cuello. Me pasó las manos por la espalda, arriba y abajo, sosteniéndome con su pequeña figura.

Sentir su cuerpo contra el mío ayudaba a combatir el dolor, pero no lo erradicaba por completo. Era un pequeño descanso de lo que estaba sintiendo, pero nada en el mundo podría hacerlo desaparecer por completo.

—Me odia.

—No, no te odia. —Continuó reconfortándome, amándome de la mayor manera que existía, pero ninguna dosis de amor borraría lo que acababa de perder. Nada podía devolverme a Clay.

—Sí, me odia.

TRAS UNA LARGA conversación con la escuela y los servicios sociales,

todo se puso en movimiento. Llevaron a cabo una investigación, y basándose en lo que encontraron en el apartamento de Clay, tenían razones para llevárselo de inmediato.

Esperé que Clay huyese nada más acabar nuestra conversación, pero no lo hizo. Quizás creyó que yo cambiaría de parecer, quizás creyó que decirme que me odiaba sería suficiente para frenarme.

Pero nada podría haberme hecho cambiar de idea.

Permanecí en segundo plano durante la investigación como mero testigo, pero conocía bien los pasos. Sabía lo que vendría después; sólo era cuestión de tiempo que metiesen a Clay en un orfanato. No iría a un hogar grupal, puesto que estaban diseñados para jóvenes en riesgo. Puede que Clay pareciera un chico problemático, pero sus notas y su puntuación en la selectividad decían lo contrario.

Mi vida se había convertido en un borrón a aquellas alturas. Iba a trabajar y me pasaba la mayor parte del tiempo en mi despacho, teniendo reuniones y llamadas carentes de significado. Mi único cliente ya no requería mis servicios, así que ahora debía arreglármelas solo.

Mi trabajo de repente parecía insignificante.

Cuando llegaba a casa al acabar el día, me encontraba con Taylor. Cuidaba de mí, me hacía la comida y me acariciaba la espalda todas las noches hasta que conseguía dormirme. No sabía que hubiese hecho sin ella.

No le estaba prestando la atención que se merecía, pero no parecía importarle. Estaba demasiado preocupada por mí como para preocuparse por sí misma. El sexo estaba descartado, y la conversación se me daba fatal. Normalmente nos quedábamos sentados en silencio delante de la televisión. Taylor a veces evaluaba proyectos o trabajaba con el portátil, pero tenerla allí me resultaba reconfortante.

No podía pasar por todo aquello solo.

—Ahora está en un orfanato. —Había recibido la noticia de la asistencia social que se ocupaba del caso. Cuando me lo había dicho me había sentido tanto aliviado como deprimido. Clay estaba a salvo, pero también destrozado.

—¿En cuál? —preguntó Taylor.

—En el St. Anthony.

—He oído que es bueno.

—Sí…

Me puso la mano en el muslo y me lo frotó suavemente.

—Quizás debería ir a verlo mañana. ¿Crees que aceptaría verme? —Detestaba lo débil que me había vuelto. Odiaba lo patético que sonaba. Todo lo que me definía como hombre había desaparecido en cuando Clay me había hecho daño.

—Creo que deberías darle más tiempo. Deja que se acostumbre al orfanato antes de ir.

—¿Sí?

—Sí. Va a llevarle un tiempo acostumbrarse a todo. Si vas ahora mismo, sólo encontrarás a un Clay enfadado. Tal vez dentro de unas semanas empezará a gustarle y su opinión cambiará.

—Con suerte.

Me dio una palmadita en la pierna.

—¿Te apetece cenar? He hecho lasaña.

—No tengo hambre. —No había estado comiendo. Mi apetito había desaparecido, y ya había empezado a perder peso. Mi cuerpo no podía soportar la falta de nutrientes y proteínas que me ayudaban a mantener mi tamaño.

Pero no me importaba.

—La guardaré en la nevera para más tarde. —Taylor nunca me presionaba en nada, siempre hacía lo que le pedía sin quejarse. Estaba soportando toda aquella situación. Si llegaba a salir de aquel estado en el que me encontraba, tendría que darle las gracias por todo.

—Vale.

Se marchó a la cocina, desapareciendo de mi vista. En cuanto se fue me sentí como una mierda. Estar solo, aunque fuese sólo por un momento, era suficiente para hacerme pedazos.

ESTUVE de acuerdo en que ir al orfanato sería una mala idea, o al menos lo era ahora mismo. Clay desde luego me odiaría tanto como había dicho, y verme sólo desataría su furia.

Pero aun así quería verlo.

Camine hasta el instituto Cunningham y me quedé al otro lado de la calle. Iba vestido con tejanos, camiseta y una gorra de los Yankees. Nunca me ponía nada en la cabeza a menos que estuviera yendo a un partido, pero era la mejor manera de esconder mi rostro.

Sonó el timbre, y los chicos empezaron a salir del edificio. Cruzaban la entrada en grupos, hablando con sus amigos mientras decidían qué hacer en su tiempo libre.

Un momento más tarde vi salir a Clay solo. Llevaba la vieja mochila al hombro, y mantenía la cabeza baja como si no quisiera que nadie se fijara en él. Un grupo de chicos pasó a su lado y le tiraron una lata de refresco vacía a la cabeza.

—Perdedor.

Me hicieron falta todas mis fuerzas para no cruzar la calle.

Quería decirle a aquel chico que se fuera a freír espárragos.

Pero puesto que no era ni el padre ni el profesor de Clay, aquél no era mi sitio. No era más que un desconocido, y aquella clase de cosas era por las que acababa uno en prisión.

Clay llegó a su bicicleta y la sacó de la rejilla situada para ese fin, sin reaccionar ante lo que acababa de pasar. No parecía importarle en lo más mínimo, como si fuera algo que le pasaba todo el tiempo.

Aquello me dolió todavía más.

Caminó con la bicicleta por la acera, y después pasó la pierna por encima para sentarse en ella. De lejos parecía el mismo de siempre, pero sus ojos se veían distintos. Carecían de cualquier esperanza, no eran más que abismos vacíos llenos de nada.

Pedaleó por la acera y cruzó la calle, desapareciendo de mi vista en cuanto giró la esquina. Iba en dirección contraria a su casa.

Me quedé allí aun a pesar de que ya se había ido; no tenía ningún otro sitio al que ir. Debería estar en el trabajo, con Clay sentado delante de mí, pero ahora había vuelto a mi antigua vida, a la vida que había tenido antes de que él saliera de aquel ascensor.

Volvía a no ser nada.

OCHO

Detestaba ver así a Volt.

Se le había roto el corazón.

Era la única manera de describir la expresión de su rostro. Había perdido a alguien que le importaba muchísimo, y ahora que Clay ya no estaba, Volt no sabía qué hacer. Quería a aquel chico más de lo que podía expresar, y lo había perdido intentando hacer lo correcto.

Ojalá yo pudiera solucionarlo.

Volt estaba extrañamente callado, no hablaba cuando estábamos juntos. Se comunicaba conmigo con la mirada, mostrando su abrumadora desesperación. Se estaba ahogando en su propia pena, y no había ningún chaleco salvavidas a la vista.

Lo único que podía hacer era estar con él. Sentarme a su lado. Sostenerle la mano. Hacer que supiera que nunca estaría solo, que le ayudaría a soportar aquella carga, aunque fuera en silencio. Iba a su casa cada día después del trabajo para prepararle la cena y hacer la colada. Dormía junto a él todas las noches, aunque nunca había acción.

Sabía que mi presencia lo reconfortaba.

No hacía falta que me lo dijera.

Tras dos semanas, su tristeza no disminuía. Seguía siendo una sombra de lo que había sido. Sus reacciones eran se habían enlentecido o habían desaparecido por completo. A duras penas respondía al oír su propio nombre, y eso que siempre le había encantado oírlo.

No había nada que pudiera hacer para aliviar su dolor. Sólo había una persona con ese poder.

Y ése era Clay.

FIRME EN LA recepción y después fui a la sala de juegos; era allí donde los chicos pasaban el rato antes de la cena. Algunos de los más jóvenes estaban jugando con sus juguetes en el suelo, mientras que los adolescentes estaban sentados en los sofás con los cascos puestos o mirando sus teléfonos. Muchos de ellos me miraron con irritación, detestando el hecho de que hubiese entrado en su espacio privado.

Clay estaba sentado junto a la ventana, con la cabeza apoyada contra el frío del cristal. Estaba jugueteando con una navaja, pasando el pulgar por la hoja. Parecía tan carente de vida como Volt.

Me detuve a su lado y lo observé, esperando a que reconociera mi presencia.

Hizo ver que no existía.

—¿Clay?

—¿Hmm? —Siguió mirando por la ventana.

¿Sabía siquiera que era yo?

—Hola. He venido a ver cómo estabas.

Por fin me miró, y por un momento pareció feliz de ver una cara conocida, Los recuerdos del tiempo que habíamos pasado juntos destellaron tras sus ojos, pero desaparecieron enseguida, sustituidos por un muro de acero de indiferencia.

—Estoy bien. Ya puedes irte. —Volvió a mirar por la ventana.

Acerqué una silla y me senté junto a él, a sabiendas de que tenía que jugar siguiendo sus reglas si quería conseguir algo.

—¿Has hecho algún amigo?

—Sólo enemigos.

—¿Cómo es la comida?

—Sabe igual que siempre.

—¿Tienes a alguien que te ayude con los deberes?

—A este sitio le falta personal y están saturados. Joder, no, aquí nadie me ayuda.

Su dolor no había menguado en las últimas dos semanas, y su corazón seguía tan endurecido como el día en que le había dado la espalda a Volt.

—Volt te echa mucho de menos.

—No me importa.

—Piensa en ti todo el tiempo.

—Bien por él.

—Cree que lo odias.

—Y lo odio —espetó—. Todo lo que dije era verdad. Me ha apuñalado por la espalda; no podría importarme menos cómo esté.

—Creo que en realidad no es eso lo que sientes.

—Entonces es que no me conoces.

—En el fondo sabes que lo ha hecho para cuidar de ti.

—Gilipolleces.

—Clay, mírame. —Tenía que conseguir que me escuchase. Tenía que arreglar todo aquello por Volt; no podía quedarme de brazos cruzados y ver cómo aquello destruía al amor de mi vida.

—Estoy bien así.

—Por favor —susurré.

Por fin se giró hacia mí, con desprecio en los ojos.

—Tienes más suerte de lo que eres consciente.

—¿Ah, sí? —preguntó con sarcasmo—. ¿Porque no me estoy muriendo de hambre en África? Sí, eso ya lo había oído.

—No. Tienes suerte de que tienes a alguien en tu vida dispuesto a hacer cualquier cosa por ayudarte. Tienes suerte de que Volt te quiera tanto como para hacer algo que no quería hacer. Sabía que lo odiarías, sabía que le romperías el corazón, pero te trajo aquí de todos modos porque sabía que así estarías a salvo. Eso es amor de verdad. Puede que algún día lo comprendas.

Clay negó con la cabeza.

—Me ha traicionado.

—Te dio una oportunidad de seguir en esa casa, y si no hubiera pasado nada, seguirías allí. Pero el mensaje que le dio a tu padre no fue suficiente, y volvió a comportarse como hacía antes. Le dio una oportunidad a lo que tú preferías antes de acudir a la alternativa. Clay, sé que eres inteligente. No puedes quedarte ahí sentado y decirme que no comprendes su punto de vista.

—Sí que lo hago —respondió—. Pero aun así no debería haberse entrometido. Puede que tenga dieciséis años, pero sé cómo sobrevivir. No debería haber metido la nariz donde no le llaman. Me arriesgué al pedirle ayuda, y él hizo lo único que me había prometido que no haría. Le di una oportunidad, y no debería haberlo hecho.

—Aquí no se está tan mal, Clay.

—¿Ah, de verdad? —Señaló con la cabeza a dos de los chicos más mayores que estaban sentados en un sofá—. Ésos son los gemelos carmesí. ¿Sabes por qué los llaman así? No es porque se apelliden carmesí.

Me estremezco al pensarlo.

—Si alguien aquí te lo pone difícil, sólo tienes que decirlo a alguien del personal.

—¿Y recibir una paliza todavía peor por ser un chivato? —preguntó con incredulidad—. Cuando se apagan las luces y estamos en la cama, pasa de todo. ¿Volt cree que aquí estoy a salvo? Aquí no puedo escapar, no puedo ir a ningún sitio. Cuando las cosas se ponen difíciles, tengo que quedarme aquí. Puede que crea que me ha ayudado, pero sólo me ha complicado la vida mil veces más.

La reconciliación parecía imposible en aquel momento, pero no podía rendirme. Volt necesitaba que aquello se solucionase. Necesitaba el perdón de Clay, y a Clay mismo.

—Sé que esto es…

Clay se bajó de un salto del alfeizar.

—Estoy cansado de esto. Adiós, Taylor.

—Clay, espera.

Se marchó por el pasillo, entrando en una de las habitaciones. La puerta se cerró tras él, y no volvió a salir.

Me quedé en la silla, mirando por la ventana y preguntándome si había mejorado las cosas o si las habría empeorado.

NO LE CONTÉ a Volt lo de mi visita a Clay. No conseguiría nada bueno con ello, así que no había razón para informarle. Además, sólo conseguiría que se sintiera peor.

Preparé la cena, como hacía todas las noches. Volt tomó dos bocados y después guardé el resto en la nevera para el día siguiente. A duras penas comía, y la definición de sus músculos empezaba a suavizarse. No me importaba que su cuerpo cambiara, pero sí que no estuviera sano.

¿Cómo podía arreglarlo?

Nos metimos en la cama y nos acurrucamos juntos bajo las sábanas. Normalmente hacía que se quedara dormido dándole mimos, pasándole la mano por el pelo o por el pecho. Era la única manera de que lo venciera el sueño; sino, sus remordimientos lo consumirían vivo.

Aquella noche quería hacer las cosas de manera diferente. Quería devolverlo a la vida, alejarlo del borde de la muerte. Se desvanecía a pasos agigantados, perdiendo su esencia. Estaba pasando de un ser vibrante a un gris plomizo.

Me coloqué sobre él, sentándome sobre sus caderas, esperando que no me rechazase.

Volt me miró, carente de su excitación habitual.

Me quité la camiseta y la tiré al suelo. No llevaba nada debajo, y mis pechos quedaron al descubierto para que disfrutase de ellos. Sabía que lo que más le gustaba de mí era mi pecho; jugaba con él siempre que podía. Era grande en comparación al resto de mi tamaño, así que parecían más firmes de lo que eran realmente.

Le pasé las manos por el torso, frotándome contra la zona donde estaría su miembro de estar erecto. Sólo me tapaba un tanga negro, algo elegido para intentar animarle a que me tomase. Me incliné sobre él y deposité una lluvia de besos sobre los atisbos de su barba, haciendo que mis pezones ya endurecidos se rozasen contra su pecho.

—Pequeña…

Estaba llegando hasta él, consiguiendo que se derritiese. Estaba volviendo a mí.

—Ahora mismo no estoy de humor. —Me sujetó los hombros y me echó hacia atrás—. Lo siento, no es por ti.

Había fallado.

Me había rechazado.

Intenté no dejar que me afectase. No era nada personal.

—Lo siento —repitió.

—Volt. —Volví a ponerle las manos en el pecho—. No puedes seguir así para siempre. Ya han pasado semanas.

—Lo sé.

—Vuelve a mí.

—Es simplemente que me resulta difícil entusiasmarme por nada ya. No dejo de pensar en lo que me dijo… en que me odia.

Me incliné sobre él y acuné su rostro con una mano.

—Volverá a ti, sé que lo hará.

—No lo sé…

—Lo hará. Te lo prometo. Pero tienes que darle tiempo.

—Tiempo parece ser lo único que tengo.

—Vamos. —Me froté contra él, intentando que tuviera una erección. Nunca había hecho frente a aquel tipo de rechazo, y me dolía, pero tenía que recordarme que todo aquello no giraba en torno a mí. Su incapacidad de ponerse duro surgía de su depresión.

—Eres preciosa de verdad. —Sus manos pasaros de mis muslos a las nalgas—. No sé qué leches me pasa.

—Tú no pienses en ello. —Me incliné y lo besé lentamente, animándolo poco a poco. Le succioné el labio inferior antes de introducir la lengua en su boca, haciendo que bailara con la suya. Le froté el pecho al mismo tiempo, queriendo que comprendiese lo mucho que lo deseaba. Aquella temporada en dique seco me estaba matando; estaba a punto de correrme sólo con aquello.

Respiré contra su boca mientras lo besaba.

—Quiero tu enorme polla dentro de mí. Quiero que mi hombre me haga el amor. Quiero que me llene…

Su pene cobró vida, apretándose contra mí.

Nunca había creído poder usar correctamente un lenguaje tan atrevido, pero con Volt podía hacer cualquier cosa.

—Me encanta sentirte… —Froté el clítoris contra él, sentía el cuerpo como si lo tuviera en llamas. Aquel tipo de intimidad me ponía completamente a tono—. Joder, estoy tan mojada.

Volt gimió contra mis labios, empezando a disfrutar del momento. Sus dedos me masajearon el culo, aferrándome las nalgas con fuerza y separándolas. Dos dedos se adelantaron y tantearon mi entrada. Frotó las yemas contra la humedad y gimió en voz baja, confirmando lo que quería saber su hombría.

Me hizo rodar rápidamente hasta tenerme tumbada boca arriba y me dominó con su tamaño. Ahora que su deseo sexual se había despertado, Volt comprendía lo mucho y desesperadamente que lo necesitaba. No había tenido sexo en semanas, y su miembro estaba hambriento de él. Me quitó la ropa interior y se hundió profundamente en mi cuerpo.

—Joder.

Me aferré a sus hombros y le arañé la espalda.

—Ya estoy a punto de correrme. —No me avergonzaba lo rápido que había pasado. Había tenido que permanecer tumbada a su lado cada noche durante semanas sin hacer nada, y había sido pura tortura.

—Pequeña… —Embistió contra mí con fuerza, moviéndose con una fuerza que me dilataba por completo. El no haberme poseído durante semanas le había afectado del mismo modo en que me había afectado a mí, incluso si no se había dado cuenta hasta ahora. Me hundió todavía más en el colchón, dándomelo cada vez más fuerte y más profundo.

—Volt, voy a correrme.

Gimió mientras se hundía en mi interior.

—Yo también.

—Quiero que te corras dentro de mí. —Le agarré el culo y tiré de él para que entrase más en mí. Estaba al borde de un poderoso orgasmo, la clase de orgasmo que me haría estallar en llamar y me consumiría.

—Joder, pequeña.

Oírle decir mi apodo me hizo estallar, y perdí completamente el control cuando me alcanzó el placer. Me mordí el labio mientras gritaba al mismo tiempo, aliviada de poder hacer tanto ruido como quisiera.

—Dios, Volt.

—Sí, soy tu dios. —Dio una última embestida antes de acabar dentro de mí, entregándome más de su esencia de lo que nunca antes había hecho. Depositó todo lo que tenía, como si mi cuerpo fuera un lugar en el que almacenarlo—. Joder, ha sido espectacular. —Me rozó la línea del pelo con los labios antes de mirarme a los ojos.

Volt había vuelto. Había vuelto a mí, y la vida había regresado a sus ojos. Me miró fijamente, como si fuera la primera vez que me veía de verdad. Frotó la nariz contra la mía antes de besarme la comisura de los labios.

—Te amo.

Aquellas palabras hicieron que me derritiera por completo. Estaba pegajosa y mojada, y hecha un flan por él.

—Yo también te amo.

—Perdón por no haber… estado presente.

—No pasa nada. —Le rocé la mejilla con los dedos—. Ahora lo estás.

—Gracias por traerme de vuelta hasta ti.

—Ningún problema. Sé que tú harías lo mismo por mí.

VOLT NUNCA VOLVIÓ A SER EXACTAMENTE como había sido antes, pero se acercaba bastante.

Me sacaba a cenar fuera, me hacía reír con sus chistes verdes y por las noches me hacía el amor de manera ardiente. De vez en cuando su mirada se perdía, llena de tristeza, al pensar en Clay y en la última conversación que habían tenido. Cuando eso pasaba yo procuraba decir algo para cambiar de tema, algo que lo hiciera reír, y al cabo de unos minutos volvía a la normalidad.

La ciudad seguía congelada por el invierno, y las calles estaban cubiertas de nieve y charcos congelados. El vapor manaba de las alcantarillas, subiendo hacia el cielo en espirales. La gente iba de un lado al otro con vasos de café caliente entre las manos, usando aquel cálido combustible para mantener las piernas en movimiento.

Volt y yo volvimos lentamente al punto en el que habíamos estado antes de la ruptura y de toda la triste situación con Clay.

En aquel momento yo estaba en el bar con Natalie mientras ella hablaba de Jared.

—Es muy dulce. El otro día me envió flores al trabajo, sin ninguna razón.

—Guau. ¿Quién hubiese adivinado que pudiera ser un romántico?

—Y también es bastante bueno en la cama. No tengo ni una queja.

—Gracias por la información, pero no quería saberlo.

—Como si tú no me hubieras dicho lo bueno que es el sexo con Volt —argumentó.

—Porque me lo preguntaste —le recordé.

Natalie miró por encima de mi hombro.

—Aquí vienen los chicos. Nos han visto, y Volt le está dando todo un repaso a tu culo.

—Bien. Espera hasta que vea la parte delantera del vestido. —Tenía escote de corazón, mostrando la manera en que mis pechos se apretaban el uno contra el otro. No era la clase de vestido que me pondría para salir sola; sólo me lo ponía por él.

—Será todo un placer para él ver a ambas damas.

Volt llegó a mi lado, y en cuanto lo hizo me rodeó con el brazo con gesto posesivo, queriendo dejar bien claro que era suya, y después me acercó para besarme. La sombra de barba me arañó la piel, excitándome más de lo que lo hacían sus labios.

—Hola.

—Hola. —Las piernas ya se me habían empezado a convertir en gelatina.

Bajó la mirada por mi pecho, percatándose del corte tan concreto de mi vestido. Se quedó con la vista fija en mi escote durante al menos cinco segundos.

—Esto me gusta… —Me apretó la cintura.

—¿Por qué crees que lo he comprado?

Apretó los labios contra mi oído.

—Para que te follara en el baño.

—No sería lo peor que me podría pasar.

Iba vestido con su blazer negro y unos pantalones vaqueros oscuros, y su pecho se veía fuerte bajo la tela de la camisa gris. Había vuelto a comer y a ir al gimnasio, lo que lo había transformado de nuevo en el hombre fuerte que tanto me encantaba tener encima.

—Cuidado con lo que deseas; puede que se convierta en realidad.

—Me apunto a cualquier muestra exagerada de afecto en público.

—No sería una muestra exagerada de afecto —dijo con una risita entre dientes—. Sería conducta obscena pura y dura. Y me gusta.

Jared y Natalie estaban bien pegados, susurrándose el uno al otro mientras compartían besos al mismo tiempo.

Derek llegó al grupo, pero parecía a punto de vomitar.

—Necesito una novia.

Volt se giró hacia él.

—¿Quieres que te eche una mano?

—Sólo quiero a alguien con quien poder enrollarme y así no vomitar al veros —respondió Derek.

—Como si después no fueras a machacártela con esto —bromeó Volt.

—Me la machaco mucho —dijo Derek—. Pero nunca pensando en ti.

—Ya —dijo Volt—. Lo que tú digas.

—Julia me ha dicho que le está yendo bien con Sage —continuó Derek—. Supongo que empiezan a ir en serio.

—Guau —dije—. Somos los casamenteros perfectos.

—Al menos hemos reparado el daño que causamos —intervino Volt—. Ambos malgastamos su tiempo.

—Julia es toda una mejora respecto a lo que tenía Sage antes; debería estar dándome las gracias.

Volt puso los ojos en blanco.

—La belleza está en el ojo de quien la mira. Y tú eres la mujer más hermosa que he visto nunca.

—Ooh —susurré.

Derek puso los ojos en blanco.

—Me largo de aquí. —Y con eso se alejó, yendo hacia la barra.

—Pobre tío —dijo Jared—. Creo que se siente solo.

—¿Conoces a alguien con quien juntarlo? —preguntó Volt.

—No —dijo Jared—. No tengo muchas amigas. —Se giró hacia Natalie—. ¿Hay alguna profesora soltera con quien puedas liarlo?

—Puaj —respondió Natalie—. No le recomendaría a mi hermano a ninguna de ellas. El tema acabaría mordiéndome el culo.

—Ya encontrará a alguien, chicos —intervine—. No os preocupéis por él. El amor le encontrará cuando esté listo para hacerlo.

—Sabias palabras, pequeña. —Volt me dio un beso rápido en los labios.

—Entonces vamos a por unas copas y salgamos a bailar. —Natalie tiró de Jared hacia la barra.

Volt no los siguió; en lugar de eso se giró hacia mí.

—Me siento como un viejo.

—¿Por qué?

—Porque lo único que quiero hacer es irme a casa y estar contigo.

El corazón se me derritió ante sus palabras. Me sentía como una adolescente enamoradiza incapaz de controlar las mariposas que sentía en el estómago.

—No me interesan los bares, ni la música, ni la gente. Sólo quiero ir a casa y follarte.

Aquello no era dulce ni de lejos, pero aun así me encantaba oírlo. Para mí era romántico y sólo me hacía desearlo todavía más,

—Me apunto a lo del baño si tú te apuntas.

—Creía que eras más elegante que eso.

—No cuando estoy contigo.

NUEVE

Pensaba en Clay todos los días, preguntándome cómo estaría y si se estaría integrando a su nueva situación. Había ocasiones en las que quería llamar y comprobar cómo estaba, pero sabía que no aceptaría ninguna de mis llamadas. Taylor por fin me había sacado de mi depresión, pero aquello no significaba que me hubiese olvidado de él.

Continuar con mi existencia carente de vida había hecho daño a Taylor, y no podía permitirme volver a perderla. Así que empecé a comportarme y por fin empecé a estar ahí para ella, viviendo el momento. Las horas que pasábamos perdidos entre las garras de la pasión eran las mejores.

Porque en esos momentos no pensaba en nada más.

Taylor se convirtió en mi droga, y me volví adicto a cómo me hacía sentir. Me había sacado de la oscuridad, llevándome hasta la luz que había al otro lado del túnel. Me había tomado de la mano y me había guiado hacia adelante, cargando con mi peso cuando me rendía.

Y entonces, una tarde, comprobé el correo postal.

Habían llegado los resultados del examen de aptitud de Clay.

Me había olvidado de que había pedido que los enviasen a mi casa. Clay había sabido que allí estarían seguros, escondidos en un lugar en el que su padre no podría descubrir la clase de actividades a las que se había estado dedicando.

Me senté a la mesa de la cocina y miré fijamente el sobre.

Mi primer impulso fue abrirlo y leerlos. Estaba ansioso por saber cómo le había ido. Sabía que lo había hecho genial; aquel chico había trabajado muy duro para conseguir aquellos resultados. Estaba demasiado excitado como para no abrir el sobre.

Pero encontré las fuerzas necesarias para dejarlo sobre la mesa.

Teníamos que abrirlo juntos.

Taylor llegó después del trabajo, usando su llave para entrar. Ahora se quedaba siempre allí conmigo, y su apartamento había quedado olvidado. A aquel ritmo, acabaría pagando por un almacén increíblemente caro.

—Hola.

—Hola, pequeña. —Me giré hacia ella, pero no me puse en pie.

Taylor se acercó, vestida con un vestido negro y un grueso abrigo.

—¿Cómo te ha ido el día?

La sujeté por la cintura y la senté sobre mi regazo.

—Mi día siempre es horrible hasta que te veo. —Le besé el cuello, seguido de la comisura de los labios.

Taylor se estremeció entre mis brazos, complacida con la atención.

—Eres de lo más dulce.

Le besé el hombro y después le tendí la carta.

—Mira lo que ha llegado.

La cogió, examinándola.

—¿Los resultados de Clay?

Asentí.

—¿Qué vas a hacer?

—Ir hasta allí y dárselo. Con algo de suerte, los abrirá conmigo.

—Sí, eso es una buena idea.

—¿Crees que ha pasado el tiempo suficiente?

—Sí —respondió—. Lleva allí un mes; ha tenido tiempo de adaptarse.

Tenía tantísimas ganas de verlo. Quería hablar con él, llevarlo a hacer algo divertido, pero tenía miedo de que no hubiese cambiado nada. De que todavía me odiase, me detestase. ¿Y si se negaba a verme?

—¿Quieres que vaya contigo?

—No —respondí—. Creo que será mejor si sólo estamos él y yo.

—De acuerdo. —Me frotó el hombro y me dio un beso en la frente—. Todo irá bien.

—Espero que tengas razón.

—Bajo toda esa ira y resentimiento hay amor. No lo olvides.

Asentí, aferrándome a sus palabras.

DESPUÉS DE FIRMAR en la entrada, me escoltaron hasta la parte de atrás. Había una sala de actividades con televisiones, juguetes y juegos. Debía de haber al menos veinte chavales de todas las edades.

El corazón me latía con fuerza en el pecho; notaba cómo chocaba con cada latido contra las costillas. Tenía náuseas provocadas por los nervios. Era difícil desear tanto algo cuando sabías que nunca podrías conseguirlo. Sólo quería que Clay volviera a mi vida; quería que supiera que me preocupaba por él y que siempre lo cuidaría.

Estaba sentado junto a la ventana, con las rodillas pegadas al pecho. Iba vestido con la misma sudadera holgada que llevaba siempre, y tenía el cabello largo, falto de un corte de pelo. Estaba aislado, ignorando al resto de los chicos, y miraba por la ventana con la esperanza de lograr la libertad.

Detestaba estar allí, lo notaba.

Me acerqué con la carta a salvo en un bolsillo. Con cada paso que daba sentía más y más pánico. Aquello acabaría en desastre, pero

tenía que intentarlo de todos modos. Me asenté junto a él, esperando a que notara mi presencia.

—¿Qué haces aquí? —Su voz era baja, pero contenía todo su resentimiento.

—Quería verte. —No me alegraba ver que seguía estando tan delgado como siempre. La ropa no le sentaba mejor, y su felicidad parecía inexistente.

—Bueno, pues ya me has visto. Ahora largo.

Me quedé donde estaba; me negaba a ceder.

—Lamento que odies estar aquí.

—¿Y por qué ibas a lamentarlo? —me espetó—. Fuiste tú quien me metió aquí dentro.

—Detesto verte triste, pero me alegro de que no tengas moratones ni marcas. Aceptaría ese intercambio en cualquier momento de mi vida.

—Los moratones se curan, pero la desesperación nunca lo hace. Sólo perdura.

Antes nunca hablaba así. Su vocabulario se había disparado desde que habíamos empezado a trabajar juntos, y día tras día me mostraba lo mucho que había aprendido sin siquiera darse cuenta. Sus palabras me dolían, pero al mismo tiempo me sentía inmensamente orgulloso.

—Es algo temporal. Saldrás de aquí dentro de nada.

—Nadie va a adoptarme, no nos engañemos.

—Incluso si no lo hacen, sólo te queda un año.

—Un año es toda una tortura. No puedo ir dónde quiero; soy un pájaro atrapado en una jaula.

—No poder ir allá donde quieras cuándo quieras no es un castigo. Esta gente se preocupa por ti y quiere que estés a salvo, eso es todo.

—Sólo quieren que me calle y no los moleste. No les importa una mierda ni yo ni ningún otro chico de este sitio. Sólo cogen sus cheques y se marchan a casa. No lo endulces e intentes convertirlo en un cuento de hadas; este lugar es una prisión, y los dos lo sabemos.

¿De verdad era tan infeliz allí? ¿O sólo estaba siendo testarudo?

—Lamento que te sientas así.

—Si de verdad te preocupases por mí, me adoptarías. Sólo me has metido aquí para aliviar tu conciencia. No lo has hecho por mí; lo has hecho por ti mismo. —Miró por la ventana, apretando la mandíbula con fuerza. Estaba procurando mirarme lo menos posible.

Sus palabras fueron como aceite hirviendo recién salido de la sartén. Me quemaron por todas partes, dejándome cicatrices. Nunca se me había cruzado por la cabeza la idea de adoptarlo; no tenía ni los recursos ni la experiencia necesaria para criar a un niño. Podía ayudarlo de vez en cuando, pero no podía ser padre. Joder, a duras penas conseguía cuidar de mí mismo. No dejaba de tomar decisiones

estúpidas. Cuando Sara me había roto el corazón, había acabado perdido durante todo un año.

—Te adoptaría, pero no puedo darte lo que necesitas.

—Lo que tú digas —respondió—. Ni siquiera quiero que me adoptes, sólo dejaba claro mi argumento.

¿Lo decía de verdad?

—¿Puedes irte ya? No hay nada más que decir, y detesto tener que verte.

Me repetí una y otra vez que sólo me hablaba así porque estaba herido, que yo todavía le importaba. No me odiaba como afirmaba que hacía. Había pasado dos semanas conmigo durante las vacaciones de Navidad, y nos lo habíamos pasado genial. No lo había hecho por pena, sino porque disfrutaba pasando tiempo con él.

—Te he traído algo. —Saqué la carta—. Han llegado los resultados de tu examen de aptitud.

Se encogió ligeramente, mostrando una emoción distinta al odio, pero se apresuró a ocultarlo y hacer ver que nunca había ocurrido.

—¿Y qué?

—Abramos la carta.

—Eso ya no importa.

—Sí que importa. Sé que serán buenos, te dejaste el culo para conseguirlo. Vamos a celebrarlo juntos.

—Lo más seguro es que haya suspendido.

—El examen de aptitud no puede suspenderse, ya te lo dije.

—Lo que tú digas —repitió—. Mi puntuación será mala.

—No lo es. —Le tendí la carta—. Sé que no.

Siguió negándose a cogerla.

—No voy a ir a la universidad, ¿así que qué importa?

—Te puedes jugar el culo a que vas a ir a la universidad. —Mi norma de no maldecir acababa de salir volando por la ventana—. Que estés enfadado conmigo no significa que tengas que poner en juego tu futuro. Si consigues una beca podrías estudiar gratis y salir de aquí en un año.

Pegó más las piernas al pecho, pero esta vez no me respondió con brusquedad. Me lo tomé como una buena señal.

—Venga. —Volví a tenderle la carta.

Se la quedó mirando durante un momento sin aceptarla.

—No la abro por ti.

Por fin me la arrancó de la mano y la examinó fijamente. No la abrió, sencillamente miró su nombre en el sobre. Rompió la parte superior y sacó la hoja, pero en lugar de leerla sólo la sostuvo entre las manos.

—No tengas miedo. No hay nada en esa carta que pueda hacerte daño.

Clay siguió sin leerla.

—¿Y si son malos?

—No lo son.

—¿Pero y si lo son? —exigió— ¿Qué haré entonces?

—Hipotéticamente, si los resultados son malos no tiene por qué acabarse el mundo.

—Pero entonces no iré a la universidad. No conseguiré un buen trabajo.

—Eso no es verdad. No necesitas un examen de aptitud para entrar en el colegio universitario. Sólo tendrías que asistir durante dos años y después podrías trasladarte; te aceptarían si sacas buenas notas.

—Pero quiero hacer una carrera de cuatro años… —Dobló la hoja entre los dedos, incapaz de mirarla. Durante todo aquel tiempo no había hecho más que hacer ver que no podía pasar nada bueno en su vida, pero en secreto había estado anhelando que ocurriese lo mejor.

—Sé que tus puntuaciones son buenas, Clay.

—No, no lo sabes. Ninguno de los dos lo sabe.

—Te he dado tutorías todos los días durante ocho meses. Eres una persona diferente a la que eras cuando empezaste, y superaste con creces mis expectativas. Eres un chico muy inteligente; no creo que seas consciente de todo lo que eres capaz.

Inspiró antes de desdoblar la carta. Leyó por encima la introducción antes de girar la hoja, y allí, al final de todo, estaban las dos puntuaciones por separado y el resultado final combinado.

Contuve la respiración y esperé.

Clay no reaccionó, sólo se quedó mirando los números.

—¿Clay? —le urgí.

—Eh…

—¿Qué dice?

—No lo sé. No estoy seguro de cómo interpretarlos.

—¿Puedo verlo? —Extendí la mano.

Me tendió la carta.

—Dice que he sacado quinientos puntos. Lo que significa… que soy estúpido.

—No es posible. Lo estás interpretando mal. —Cogí la carta y miré la parte final. Los dos números aparecían resaltados en negrita: había sacado seiscientos puntos en la parte verbal y quinientos en la parte de matemáticas. Combinados, tenía mil cien puntos.

Santo Dios.

—La he jodido. Estaba nervioso y había tanta gente…

—Clay, es asombroso. —Me puse en pie, incapaz de seguir sentado ni un segundo más—. Esto es… fantástico. Es increíble. No puedo creerlo.

—¿Quinientos puntos es increíble? —me preguntó, incrédulo.

—Eso es sólo tu puntuación en matemáticas —le expliqué—. Combinados, has sacado mil cien puntos. Clay, eso es muchísimo. Podrás ir a una universidad estatal sin problemas.

—¿De verdad? —Por fin había dejado que su odio desapareciera—. ¿Me estás mintiendo?

—No. Tío, estoy tan orgulloso de ti. Te has esforzado tanto por esto cada día… —Tanteé el papel que sostenía en la mano, sintiendo que por fin había hecho algo digno con mi vida. Clay había hecho todo el trabajo, pero yo lo había ayudado a llegar hasta allí. Y la línea de meta se me antojaba agridulce—. Es fantástico.

Me cogió la carta de la mano y volvió a mirarla fijamente, examinando la puntuación combinada.

Me pasé la mano por el pelo, sonriendo por primera vez desde que había llegado.

—Eres genial, ¿lo sabías? Ha sido todo gracias a ti.

Se quedó la carta, doblándola y guardándosela en el bolsillo trasero.

—Bueno, al menos no soy tan estúpido como creía.

—Nunca has sido estúpido.

—Supongo que presentaré solicitudes para la universidad…

—Podemos hacerlo juntos. Te guiaré por el proceso.

—¿Por qué iba a querer tu ayuda? —preguntó con crueldad.

Mi felicidad se evaporó más rápido de lo que lo haría el agua en el desierto.

—Gracias por ayudarme con el examen de aptitud y todo lo demás, pero eso no cambia nada. Me has apuñalado por la espalda de todos modos.

—Clay, venga.

—No. Me has traicionado. No quiero tener nada que ver contigo. —El dolor le brillaba en los ojos cuando me miró—. No pretendo sonar como un capullo, pero ya hemos conseguido lo que nos habíamos propuesto. No hay razón para que sigamos hablando. Ya tomaste tu elección cuando me echaste a los lobos. Largo, ya.

—Clay, me preocupo por ti. Creo que lo he demostrado con esas puntuaciones de tu examen.

—Y también has demostrado lo contrario cuando te chivaste de mí. Estoy en prisión por tu culpa.

—Lo siento, ¿vale? Estaba intentando protegerte.

—Bueno, pues no lo has hecho. Sólo has conseguido complicarme más la vida. No tengo mucha gente con la que pueda contar. Al principio no confiaba en ti, pero después me demostraste que valías la pena. Creía que por fin tenía a alguien en la vida… igual que los demás tenían familia y amigos. Pero entonces todo se fue a la mierda. Eres como todos los demás; no debería haber confiado en ti, y nunca

volveré a cometer ese error. —Desvió la mirada hacia la ventana, ignorándome por completo.

—Clay…

—Vete. Si no lo haces, me pondré a gritar y te echarán a la fuerza.

¿Cómo había acabado nuestra relación así?

—Sé que algún día comprenderás lo que he hecho y por qué lo he hecho. Y cuando llegue ese día, no importa lo lejos que esté en el futuro, ya sabes dónde encontrarme.

—¿Para que pueda disculparme? —preguntó con incredulidad.

—No. Para que podamos volver a ser amigos.

TAYLOR YA ESTABA ALLÍ cuando crucé la puerta.

—¿Cómo ha ido?

Entré en el apartamento con pasos pesados y lancé la chaqueta sobre la silla. Se cayó al suelo, pero no me importaba lo suficiente como para recogerla.

Taylor obtuvo su respuesta con sólo mirarme. Reconoció la desesperación en mi mirada y supo que mi tarde con Clay había tomado un giro para lo peor. Lo que veía frente a ella era un hombre hueco, roto y vencido.

—Lo siento…

En lugar de dejarla de lado como había hecho la última vez, la usé a modo de muleta. La rodeé con los brazos y la usé tanto como me fue posible. Su amor me permitía mantener el equilibrio, y la tristeza en sus ojos hacía que me sintiera menos solo. Estábamos en aquello juntos. Cargaba la mitad del peso junto a mí, haciendo que el camino fuera menos doloroso.

—Lo sé.

—¿Cómo han ido sus resultados?

Aquello era algo que me ofrecía felicidad.

—Geniales.

—Aww… ¡Eso es fantástico!

—Mil cien puntos. ¿Te lo puedes creer?

—Guau. —Se apartó para poder mirarme a la cara—. ¿Hablas en serio?

Asentí, incapaz de borrar el orgullo que reflejaban mis rasgos. Clay se había dejado el culo para conseguirlo, y me sentía orgulloso de él. Había luchado contra todos los pronósticos, comenzando a un nivel más bajo que la mayoría de los chicos, pero los había sobrepasado al

poco tiempo por pura determinación y trabajo duro.

—Sí. Pero no me ha sorprendido.

—Bien hecho, Clay.

—Estudiamos durante ocho meses para ese examen. Había pagado el precio de sobras.

—Eso significa que podrá ir a una muy buena universidad.

—Sí. Muchas ignoraran sus notas del instituto cuando su puntuación demuestre que está claro que conoce los contenidos.

—Me alegro tanto de oír eso.

—Yo también. Se lo merece.

—¿Y vas a ayudarlo con todo el proceso de presentar las solicitudes a las universidades?

Ahí era cuando todo se había ido a la mierda.

—No quiere mi ayuda.

—Ah…

—Me ha dicho que me largara de allí y que no volviera nunca.

—Sólo está enfadado, se le pasará.

—No, no se le pasará. —Había una diferencia entre ser testarudo y sentirse herido. Clay se sentía demasiado dolido como para perdonarme, no había otra manera de verlo—. Ha dicho que sería diferente si lo adoptara, pero sabe que eso no pasará nunca.

—Bueno, eso sería absurdo. No puedes adoptar a nadie.

—Lo sé. —Ser responsable de otra persona era algo a lo que no podía hacer frente. Yo mismo era demasiado infantil y egoísta como para cuidar de nadie. Taylor era la segunda novia que tenía en toda la vida, ¿de verdad contaba con suficiente experiencia vital como para cuidar de otro ser humano? Lo dudaba.

—Alguien lo adoptará.

—No, no lo harán—. No iba a mentir sobre aquella parte—. Nadie quiere a un chaval tosco con edad de ir al instituto. De todos modos pronto cumplirá los dieciocho, tampoco tendría mucho sentido.

—Supongo…

—Pero sólo le queda un año allí, y después podrá marcharse. No puede ser peor que vivir con su padre, pero él no deja de decir lo contrario.

Sara me frotó los hombros, incapaz de hacer nada más para hacer desaparecer mi dolor.

—Lamento mucho todo esto. Has sacrificado tanto por él. Has hecho más de lo que ha hecho nadie, y él no lo aprecia.

—No me importa si lo aprecia. Simplemente no quiero que me odie.

—Algún día lo entenderá. Sé que lo hará.

Yo no apostaría por ello.

—Pero no puedes dejar que esto te hunda. Ya le has entregado

bastante; no le entregues también tu felicidad.

—Lo sé… —No podía volver a hacerle aquello a Taylor. Me había convertido en el peor novio del mundo durante dos semanas enteras durante las que había sido un zombi viviente que se arrastraba por la casa, sin escuchar nada de lo que me decía. La mayor parte del tiempo ni siquiera la había mirado—. No te preocupes, no volveré a romperme de esa manera.

Taylor me acunó el rostro y me dio un suave beso.

—Lo sé. Pero si lo haces, sabes que estaré justo aquí, a tu lado.

ENTRÉ en su aula justo después de que sonara el timbre. Los chicos fueron saliendo, pasando junto a mí a toda prisa. Fuera estaba nevando, mi abrigo estaba cubierto de parches de nieve blanca en la zona de los hombros. Me la sacudí de encima antes de acercarme a su mesa.

Taylor se veía de lo más mona allí sentada, vestida con un vestido rojo de manga larga y con el pelo rizado con gracia. Estaba repasando los trabajos, sentada a su mesa, con los labios apretados con fuerza mientras intentaba acabar tan rápido como fuera posible, con prisas por volver a casa conmigo.

—Eh, pequeña.

Alzó la vista ante el sonido de mi voz y su boca pasó a dibujar inmediatamente una sonrisa.

—Qué agradable sorpresa.

Me incliné sobre la mesa y le di un beso clasificado como para todos los públicos.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía una reunión con mi padre sobre las puntuaciones de los exámenes de aptitud. A tus chicos les ha ido bien; estaba impresionado.

—No debería estarlo. Tu trabajo se te da genial.

—Vaya, gracias. —Me incliné de nuevo y le di otro beso—. Eso se merece un beso más.

Ahora su mirada sonreía tanto como sus labios.

—Hoy estás de lo más guapo.

—Oh, no —respondí con una risita entre dientes—. Empezamos a desviarnos por el mal camino.

Me agarró por la corbata y la enrolló entre sus dedos, manteniéndome inclinado sobre ella.

—¿Qué tal si cierro la puerta con llave y ponemos a prueba

nuestra suerte?

—¿Sexo en una clase? —Hacer algo tan ilegal me puso duro. Las cosas prohibidas y tabú eran mi punto fuerte, pero era un crimen serio, sobre todo teniendo en cuenta que había menores cerca. Si nos pillaban, acabaríamos en prisión—. A pesar de lo tentador que suena, no deberíamos hacerlo.

—¿Dónde ha quedado mi hombre sin miedo?

—Te follaré en un callejón, detrás de un contenedor. ¿Qué te parece eso?

Taylor rió entre dientes.

—Demasiado sucio para mí. Y eso que ya sabes lo sucia que soy…

—Entonces tendremos que conformarnos con el clásico y aburrido sexo en nuestro apartamento. —No dejaba de referirme a él como nuestro apartamento. Taylor pasaba allí todo el tiempo de todos modos, y sólo iba a casa para recoger cosas. Vivíamos juntos sin haber pasado a vivir juntos de manera oficial.

Quizás deberíamos hacerlo oficial.

En lugar de ponerme histérico, aquella idea me complació. Si Taylor se traía todas sus cosas, nunca tendría una razón para marcharse. Estaría siempre allí, a mi lado.

Y aquello me parecía el paraíso.

—¿En qué estás pensando? —Seguía con mi corbata entre los dedos.

Le mantuve la mirada, enfocando los ojos en el azul profundo de los suyos. Quizás debería invitarla a mudarse conmigo allí mismo. Era un gran paso, especialmente considerando que no llevábamos saliendo juntos de manera formal desde hacía mucho, sólo unos meses como máximo. Pero parecía lo correcto. Había parecido lo correcto desde el principio, desde el día en que me la había encontrado en la acera con un mapa de Nueva York entre las manos.

—Múdate conmigo. —No era una pregunta; no pensaba aceptar más respuesta que la que quería oír. Le estaba diciendo lo que iba a hacer, y me negaba a darle cualquier otra opción.

Los dedos de Taylor se aflojaron al instante sobre la corbata, y su mirada juguetona pasó a ser una de sorpresa. Aquello era lo último que se esperaba que dijese. Le hicieron falta unos segundos para recuperarse de la bomba que le había dejado caer encima, y cuando lo hizo, lo que surgió poco a poco fue felicidad.

—¿Hablas en serio?

—¿Acaso te parece que no estoy hablando en serio? —Tenía ambas manos sobre la mesa, inclinándome sobre ella del mismo modo en que lo hacía cuando estábamos juntos en la cama—. Quiero que estés allí todos los días. Detesto cuando te marchas, así que, ¿qué tal si dejas de marcharte?

—Es un gran paso…

—En realidad no. —El hecho de que se me hubiera ocurrido la idea precisamente a mí me decía que no era para tanto. Era algo que me haría feliz de verdad; era mi mejor amiga, e incluso si no me la estuviera llevando a la cama, seguiría queriendo estar cerca de ella. Quería jugar a videojuegos con ella, preparar la cena con ella, y ver sus películas favoritas incluso si me parecían molestas. ¿Cambiaría algo de eso en un año? ¿En dos años?

—¿Entonces estás seguro de que es lo que quieres?

—Maldición, tú sólo di que sí.

Sonrió de oreja a oreja.

—Creía que no era una pregunta.

Mierda, me había pillado.

Taylor apoyó la frente contra la mía.

—Sí.

La felicidad me inundó, y me sentí el hombre más afortunado del mundo. Después de casi perderla me había dado cuenta de lo vacía que hubiese quedado mi vida si hubiera llegado a pasar de verdad. Cuanto más tenía a Taylor, mejor me iba todo. Era la decisión correcta para ambos.

—Ésa es la respuesta correcta.

Estábamos a punto de besarnos cuando la puerta se abrió de golpe y el tipo al que había visto besándola un tiempo atrás entró en el aula. Llevaba un matraz en la mano, y parecía que lo estaba devolviendo.

Las aletas de la nariz se me dilataron como a los toros, y me erguí, listo para cargar contra él y arrancarle las entrañas. Había tocado a mi chica sin permiso, había puesto aquellos labios de empollón sobre su boca, y no lo aceptaba en lo más mínimo.

El tipo se encogió al verme, casi dejando caer el matraz; había sumado dos y dos, y sabía que era hombre muerto.

Taylor me sujetó por la muñeca.

—Volt. —No quería que enviara a su compañero de trabajo al hospital.

Pero aquel tío debería haber pensado en eso antes de besar a mi dama.

Se giró hacia la puerta y salió corriendo como un gallina, a punto de volver a dejar caer el matraz en su huida, y una vez que estuvo ya en el pasillo se oyó claramente el sonido del cristal rompiéndose.

—Cabrón de mierda.

—Volt, cálmate.

Me quedé mirando la puerta, esperando que volviera.

—No sabía que tenía novio. Se sintió fatal cuando se lo dije.

—Eso no significa que pueda ir besando a la gente.

—Tú lo hiciste conmigo —argumentó.

—Eso es distinto.

—¿En qué?

—En que tú eras mía. Siempre has sido mía. —Mis palabras no concordaban con mi expresión en lo más mínimo. Seguía furioso y un poco enloquecido—. Quizás deberías cambiarte de escuela.

—Por favor, no me digas que te sientes amenazado por él. Es completamente inofensivo.

—Lo que tú digas.

—Ha sido completamente profesional después de aquella tarde. Sé que simplemente leyó mal la situación.

—Sigue siendo un puto imbécil.

Taylor rodeó la mesa y me pasó los brazos por el cuello, haciendo que ya no viera la puerta.

—Así que, ¿tendré mi propia cómoda? ¿Voy a tener la mitad del armario o me lo puedo quedar entero? —Cambió el curso de mis pensamientos con sólo mencionar algo que me hacía feliz.

Dejé de resoplar.

—Puedes tener tu propia cómoda.

—Perfecto. ¿Y qué hay del armario?

—Puedes quedarte el del dormitorio libre.

—Excelente. —Se apoyó contra mí y me dio un beso lento, masajeándome poco a poco la boca y otorgándome un poco de lengua.

En cuanto lo hizo, todos mis demás pensamientos desaparecieron. Quería ponerla sobre la mesa y tomarla allí mismo. No me importaba que nos pillasen, no me importaba la policía.

Sólo me importaba ella.

—ESTO ES RARO. —Derek me miró fijamente desde el otro lado de la mesa, con una cerveza delante.

—¿El qué es raro? —Estábamos en una mesa cerca de la ventana. La gente circulaba por la acera, encogidos bajo la gruesa ropa. Todavía haría frío durante unos meses antes de que la primavera nos salvara. Yo personalmente prefería el frío helador antes que los cálidos días de verano en Nueva York. La humedad era sofocante.

—Que seamos sólo tú y yo. Siempre estás con Taylor.

—¿Estás diciendo que no paso suficiente tiempo contigo?

—No, pero quizás sí que me siento solo. Jared ahora está ocupado con mi hermana, mientras que yo estoy a solas.

—¿Así que te estás teniendo pena? —pregunté con incredulidad.

—Simplemente es un asco que mis dos mejores amigos estén

emparejados. Ya nadie quiere salir por ahí, sólo queréis quedaros en casa y pintaros las uñas y esas porquerías.

—De acuerdo, yo nunca he hecho eso.

—Tú espera y verás. —Levantó la mano—. Jared me dijo que a él le pasó. No he podido volver a verlo con los mismos ojos.

Me reí entre dientes.

—Puede que sea una nenaza, pero no soy tan nenaza.

—Ya veremos.

No me había dado cuenta de lo mucho que estaba ignorando a mi amigo. Sí que pasaba todo mi tiempo con Taylor, y ni siquiera me había dado cuenta.

—¿Quieres ir a ver el partido mañana a ese sitio de las pizzas?

—Demonios, sí —respondió, entusiasmado—. Sin novias, ¿verdad?

—Sin novias.

—Genial. —Por fin tomó un trago de su cerveza, ya de mejor humor.

—Perdón si te he estado ignorando. Siempre me he dicho que nunca le haría algo así a un amigo, pero está claro que ha pasado de todos modos.

—No, no pasa nada —dijo—. Esas cosas pasan. La gente madura y sigue adelante con su vida. Yo sólo me estoy quedando un poco atrás.

—Encontrarás a la persona adecuada, sólo tienes que mantenerte alerta.

Se encogió de hombros.

—Así que… Le he pedido a Taylor que se mude conmigo.

—¿Lo has hecho? —preguntó, sorprendido—. Guau. Te ha costado lo tuyo.

—¿Qué? —pregunté mientras me reía—. Creía que me dirías que era demasiado pronto.

—En realidad no. Lleváis juntos ya un año.

—No oficialmente.

—No teníais una etiqueta que ponerle a lo vuestro, pero eso da igual. Estabais enamorados el uno del otro, así que cuenta.

—Supongo que sí.

—Me alegro de que hayáis arreglado vuestros problemas. Durante un momento me tuvisteis preocupado.

Había sido él quien me había sugerido que contara lo de Sara, y aquello había acabado salvando nuestra relación.

—Le dije lo que pasó con Sara.

No parpadeó mientras me miraba, esperando la explicación que tanto había ansiado. Me lo había preguntado un millar de veces a lo largo de los años, y yo nunca le había ofrecido una respuesta. Pero ya no veía el sentido en ocultarlo.

—¿Recuerdas la noche en que te llamé y te dije que había comprado el anillo?

Asintió, demasiado nervioso como para hablar.

—¿Y que íbamos a reunirnos en el bar Tito's?

—Sí.

—Bueno, pues entré. Y nada más cruzar la puerta, la vi liándose con su ex.

—Santo Dios.

—Eran como animales; quedaba más que claro que no había sido un encuentro inocente. Había estado tirándoselo desde hacía algún tiempo.

Derek se pasó los dedos por el pelo, agobiado.

—Joder. ¿Qué hiciste?

—Nada.

—¿Nada? —preguntó.

—Me di la vuelta y salí de allí. Le di el anillo a un vagabundo que había en la acera y le dije que lo empeñara.

—¿Estás loco? ¿No era ese anillo increíblemente caro?

—Sí, pero jamás habría aceptado el dinero que había gastado en ella. Estaba manchado. Preferí dárselo a alguien antes que meterlo en el banco.

—Menuda puta. ¿Y qué pasó después?

—Rompí con ella.

—¿Qué le dijiste?

—Que ya no quería estar con ella. No le di ninguna explicación, en realidad. No dejó de preguntarme qué había pasado, y yo le repetí una y otra vez que simplemente ya no me importaba. Que no significaba nada para mí.

—Toma ya…

—Sabía que no decirle la verdad la carcomería para siempre. Nunca sabría por qué la había dejado. Nunca sabría qué había salido mal. Se volvería paranoica y se preguntaría si la había pillado, pero no podría preguntármelo por miedo a delatarse. Me pareció un castigo mejor que el enfrentarme a ella.

Derek estaba pendiente de todas y cada una de mis palabras.

—Supongo que sí. Nunca se me habría ocurrido.

—Siguió llamándome después de que rompiéramos, pero nunca respondí a ninguna de sus llamadas. Pasé de estar completamente enamorado de ella a no importarme un pimiento. Aquello tenía que doler.

—Es despiadado.

Me encogí de hombros; no me sentía mal por ello.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Estaba avergonzado. Te llamé y te dije que había comprado el

anillo… y entonces descubrí que me la estaba jugando a mis espaldas. Me sentí como un idiota. Sólo diez minutos antes había estado comprando un anillo de compromiso con un buen pedrusco, sin tener ni idea de que ella le estaba chupando la polla a otro.

—Eso no es vergonzoso —me discutió Derek—. La víctima fuiste tú.

—Pero no debería haberme permitido serlo. Aquello significaba que yo no había sido suficiente para ella, y no ser suficiente para alguien resulta humillante.

Derek negó con la cabeza.

—Eso jamás se me habría pasado por la cabeza, ni a mí ni a nadie. Estás siendo demasiado duro contigo mismo.

—Yo no diría eso. Simplemente daba vergüenza. Le dije a mis padres que le iba a pedir matrimonio, y estaban entusiasmados, y después tuve que decirle lo que había pasado y romperles el corazón. Si nunca les hubiese dicho lo del anillo, podría haberles contado simplemente que Sara y yo habíamos roto. Pero cómo ya sabían lo en serio que iba, no podía inventarme una mentira que tuviera sentido. Todo aquello fue un asco.

—Sí, lo entiendo. Pero aun así no sé por qué no podías decírmelo.

—No era nada personal, tío. Simplemente… me resultaba demasiado difícil. A pesar de lo mucho que odio admitirlo, esa mujer me dejó muy jodido. Tenía el corazón completamente destrozado… No podía pensar con claridad.

Derek asintió, simpatizando conmigo.

—Ahora comprendo por qué te comportabas cómo lo hacías. Tenías una relación, y al minuto siguiente pasaste a follarte a todo el mundo de la ciudad.

—Simplemente estallé.

—Sí, lo pillo.

—Y entonces Taylor salió de la nada y… me curó. —Era lo más cursi que podía decir.

Pero Derek no se burló de mí.

—Es un buen partido. Podría haberte ido mucho peor.

—Lo sé. Es perfecta. —Bajé la vista hacia mi whisky, pensando en sus ojos cuando miraba a los míos mientras hacíamos el amor.

—Creo que Taylor es la definitiva. No te pasará lo mismo que te pasó con Sara.

—Lo sé. —Aquello no me preocupaba. Había amado a Sara, pero nunca había sido mi mejor amiga, no como lo era Taylor. Cuando examinaba nuestra relación en retrospectiva, no estaba seguro de por qué había estado tan fascinado con ella. Sara no había tenido mucho que ofrecer más allá de su aspecto físico. Taylor estaba cañón, y además era la persona más dulce del mundo. Estaba fuera de mi

alcance, y siempre lo estaría—. Por eso le he pedido que se mude conmigo.

—Una chica como compañera de piso. —Me guiñó el ojo—. Qué bien.

Me reí entre dientes.

—Me gusta entrar en el baño cuando está en la ducha. Porque, ya sabes, tetas.

Se rió.

—Las tetas están bien. —Brindó conmigo—. Me alegro por ti.

—Gracias.

—Seré tu padrino de bodas, ¿verdad?

—Desde luego —respondí con una sonrisa.

—Me sorprende que no le hayas pedido que se case contigo y ya está.

La idea se me había cruzado por la cabeza, apareciendo más a menudo de lo que me había esperado. Nuestra relación había progresado hasta alcanzar el cielo, y no parecía que pudiera mejorar todavía más. Éramos felices juntos, y estábamos completamente enamorados. ¿Quedaba algo por lo que esperar?

—Lo he pensado.

—¿Y por qué no has ido a por ello?

—No lo sé. ¿Crees que me diría que sí?

Puso los ojos en blanco.

—Te habría dicho que sí incluso el mismo día en que os conocisteis.

Tomé un trago de mi whisky para cubrir mis pensamientos.

—Tío, cuando lo sabes, simplemente lo sabes.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Sabes que has encontrado a la persona adecuada. No estoy intentando obligarte a hacer algo para lo que no estás listo, pero los dos sabemos que esto durará para siempre. Los dos sabemos que, en algún momento, se convertirá en tu esposa. ¿Por qué no ahora? ¿Por qué más tarde?

Entrecerré lo ojos.

—¿Cuándo te has convertido en un romántico empedernido?

—No lo soy —espetó—. Pero si estuviera en tu situación, sé que no esperaría. Está claro que vuestro destino es estar juntos. Bueno, vale… puede que eso sí que me haga sonar como un romántico.

—Y como una nenaza.

—Pero es verdad. Sabes que estaréis juntos para siempre.

Aquella idea me dio un subidón temporal antes de que cayera en picado.

—Con Sara pensé lo mismo…

—Aquello era distinto, tío.

—¿En qué?

—No encajabais como lo hacéis Taylor y tú. Sara fue tu primera relación, no tenías la suficiente experiencia para verlo. Te importaba más su aspecto que su aburrida personalidad, pero con Taylor ya sabes que lo tiene todo.

Sí que lo tenía todo.

—Y ahora sabes, con toda seguridad, con quién deberías estar.

Nunca había tenido la menor duda que Taylor era la mujer con quien estaba llamado a estar, y quería pasar el resto de mi vida con ella. Era sincera y leal, me daría hijos y envejecería conmigo, y seguiríamos riendo incluso cuando nos dolieran los huesos y las articulaciones. Me haría tan feliz que me olvidaría de lo que era estar deprimido.

Derek extendió las manos.

—Haz lo que quieras, no te estoy empujando en ninguna dirección concreta. Pero no dejes que tu experiencia con Sara afecte tus decisiones con Taylor. Porque si esa mierda no hubiera pasado nunca, sé que ahora mismo le estarías pidiendo matrimonio.

Me quedé mirando fijamente los cubitos de hielo de mi vaso, agitándolos con un movimiento de muñeca. Sabía que tenía razón. Estaba dejando que mi pasado siguiera afectando a mi futuro. No tenía miedo del compromiso, pero sí de que me recordase lo horrible que me había sentido aquella tarde, cuando vi a Sara con otra persona.

Derek siguió mirándome en silencio, esperando a que dijera algo.

Seguí pensando para mí, preguntándome qué hacer a continuación.

—Tierra llamando a Volt. —Me agitó una mano delante de la cara.

Levanté la vista de mi vaso.

—Voy a pedirle que se case conmigo.

Derek sonrió de oreja a oreja con una de aquellas sonrisas que se le reflejaban en los ojos y en todas las demás partes del cuerpo.

—Joder, por fin. A eso me refería. Y yo seré el padrino; Jared puede ser el padrino de segunda categoría.

—No nos apresuremos con la boda, todavía tengo que pedírselo.

—Te dirá que sí, y los dos lo sabemos. Ahora vamos a por ese anillo. —Se frotó las manos.

—¿Por qué estás tan entusiasmado con esto? —pregunté—. A los tíos no les importan estas cosas.

—Eres mi mejor amigo, y quiero que seas feliz. Ella te hace feliz, ergo deberías casarte con ella.

Era muy dulce de su parte, y bastante más afectuoso que lo que decía normalmente.

—Bueno, gracias. Siempre has sido un buen amigo conmigo,

incluso cuando yo no he sido el mejor contigo.

—Oh, cállate ya —respondió—. Nos estamos comportando como si fuéramos chicas.

Me reí.

—Y que lo digas.

Derek se puso en pie y dejó unos billetes sobre la mesa.

—Y ahora vámonos de compras.

Puse los ojos en blanco.

DIEZ

—¿Y a qué se dedica Volt? —Sara caminaba a mi lado, con una bolsa de Gucci en la mano y, dentro de ésta, un jersey nuevo.

—Es dueño de su propia empresa.

—Anda, entonces debe de ganar dinero.

—Eh… Supongo. —Nunca le había preguntado sobre sus finanzas. Sabía que estaba en una buena situación por el ático con vistas a Central Park y el Maserati que tenía aparcado en el garaje, eso sin mencionar los trajes caros y otros detalles.

—¿De cuánto estamos hablando?

¿Acaso importaba?

—No lo sé, nunca se lo he preguntado.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida—. Es información importante si vas a casarte con él.

—Bueno, no me importa que sea rico o pobre.

A Sara siempre le había importado conseguir la seguridad que da el dinero y el tener cosas caras.

—Por cierto, me ha pedido que me mude con él.

—¿En serio? —Dejó de andar, mirándome fijamente.

—Sí. —Ya había metido la mayoría de mis cosas en cajas como preparación para la mudanza. Sólo me quedaba pensar en qué hacer con mis antiguos muebles; en su apartamento no había sitio para ellos.

—Guau. Eso es genial.

—Lo sé. Estoy entusiasmada.

—No puedo creer que vayas a irte a vivir con un tío al que ni siquiera conozco.

Ya lo sabía. Cada vez que intentábamos organizar algo para solucionarlo, siempre acababa surgiendo un imprevisto.

—¿Quieres conocerlo ahora? Debería estar en casa.

—Sí, por supuesto.

Caminamos algunas manzanas antes de llegar al edificio. Sara alzó la mirada y admiró las vistas.

—Guau. Definitivamente está forrado.

Puse los ojos en blanco.

—¿Vas a mudarte aquí?

—Bueno, mi apartamento es demasiado pequeño. —Cogimos el ascensor hasta el ático y entramos—. Volt, ya he llegado. Y traigo a Sara conmigo.

Sara cerró la puerta tras ella, mirando el lujoso apartamento.

—Está muy forrado.

—¡Shh! —No quería que Volt oyera aquello.

—Has tomado la decisión correcta mudándote aquí. Es muy

bonito.

—¿Volt? —Dejé el bolso y me adentré más en el apartamento—. ¿Estás aquí?

No hubo respuesta.

—Hmm. —No estaba seguro de dónde podía estar, así que saqué el teléfono y le envié un mensaje.

Hola, acabo de llegar a casa. ¿Dónde estás?

Hola, pequeña. Estoy fuera con Derek. Lo siento, me he olvidado de avisarte.

No pasa nada. ¿Cuándo vuelves?

Vamos a cenar algo y a ver el partido. Probablemente no llegue hasta la hora de dormir.

De acuerdo.

Intenté no sentirme decepcionada. No me importaba que saliera con Derek, simplemente lo echaba de menos.

Te veré entonces.

Será mejor que estés despierta cuando llegue, y desnuda.

Sonreí.

Así será.

Te quiero.

Me derretí con sólo ver aquellas dos palabras.

Yo también te quiero.

Dejé el teléfono y me giré hacia Sara.

—Supongo que ha salido.

—Oh, ¿de verdad? —preguntó decepcionada—. Tengo que conocer a ese hombre tan increíble. El suspense me está matando.

—A mí también.

—Bueno, ¿quieres salir a cenar, ya que estás libre?

—Claro. Tomemos también algunas copas.

—Me gusta cómo piensas.

PARA CUANDO VOLT VOLVIÓ A CASA, yo ya estaba metida en la cama. Intenté esperarlo desnuda, pero hacía demasiado frío y había acabado poniéndome una de sus camisetas y unos pantalones de deporte. Estaba leyendo con el teléfono en la cama cuando oí cómo se abría y cerraba la puerta del apartamento.

Volt apareció por el pasillo un momento más tarde, todavía vestido con el traje que se había puesto para el trabajo.

—¿Un día largo?

Se quitó la corbata, con los ojos fijos en mí.

—¿Por qué no estás desnuda?

—Tenía frío. —Dejé el teléfono a un lado y me erguí hasta quedar sentada.

Volt fue quitándose las prendas de ropa hasta quedar completamente desnudo. Su miembro estaba erecto y palpitante, ansioso por algo de sexo duro.

Ya no tenía nada de frío.

Volt se subió a la cama y me arrastró por el tobillo hasta que quedé debajo de él. Me desnudó a toda prisa, arrancándome la ropa todo lo rápido que pudo. Sus ojos reflejaban la sed que sentía, y estaba desesperado por beber de mí.

En cuanto estuve desnuda me hizo rodearle la cintura con las piernas y se introdujo dentro de mí, dilatándome sin ningún aviso. Colocó la mano en mi nuca y me tiró del pelo, obligándome a mantener la barbilla alzada y mirarlo a los ojos.

Me gustó.

Embistió dentro de mí con fuerza, poseyéndome como si fuera su propiedad mientras dominaba hasta la última parte de mi ser. Gimió desde el fondo del pecho al sentir la humedad entre mis piernas, y se movió con más fuerza.

Ya estaba a punto de correrme.

—Te he echado de menos. —Respiraba con fuerza encima de mí, cubierto de sudor por el ejercicio.

—Yo también te he echado de menos. —Le clavé las uñas con fuerza, casi haciéndolo sangrar. Me encantaba cuando hacíamos el amor de manera dulce y sensual, pero aquello me gustaba todavía más. Adoraba la manera en que me obligaba a someterme, tomándome simplemente porque era suya.

Volt continuó embistiendo dentro de mí, y su miembro fue endureciéndose cada vez a medida que se acercaba al clímax. Sentí cómo aumentaba su tamaño, desesperado por liberarse dentro de mí. Movió la pelvis con más fuerza contra mí, frotándolo contra mi clítoris para hacerme explotar.

Tres movimientos más, y lo consiguió.

—Justo ahí… —Eché la cabeza hacia atrás al sentir toda aquella oleada recorriéndome.

Volt me sujetó con más fuerza por el pelo y tiro de él hasta que volví a mirarlo.

—Mírame cuando te corras.

Mi orgasmo se volvió más fuerte, más ardiente. Me aferré a sus brazos, notando cómo mi cuerpo se tensaba a medida que el placer me llevaba al cielo. Vi el oscuro deseo en sus ojos; a Volt le encantaba la cara que ponía cuando me rendía ante él.

Se le escapó un gruñido gutural, y se liberó dentro de mí,

dándome toda su semilla hasta que no quedó nada más que entregarme. Se hundió en mí todo lo que pudo, golpeando mi cérvix mientras se corría.

—Pequeña…

Acabamos juntos, descendiendo a la pasión mutua que sentíamos el uno por el otro. De algún modo, aquel orgasmo fue incluso mejor de lo que lo habían sido los demás. Volt conseguía que se me encogiesen los dedos de los pies y se me cortase la respiración. Me hacía llegar hasta las nubes, tan por encima del suelo que llegaba al paraíso.

—Siempre haces que me corra de un modo espectacular.

Mantuvo el miembro dentro de mí, sin intención de salir todavía.

—Y siempre es un placer. —Me acercó un poco más al cabecero antes de volver a dejarme sobre el colchón, acurrucándose conmigo bajo las mantas. Su hombría no salió de mi interior; planeaba volver a hacerme suya en cuanto volviera a estar erecto.

—¿Os habéis divertido Derek y tú?

—Sí, pero no tanto como te acabas de divertir tú. —Me besó el cuello, seguido de la nariz.

—Sara ha venido durante un rato; esperaba conocerte, pero no estabas en casa.

—Qué ironía. Siempre estoy en casa.

—Lo sé.

—Organiza una cena. Por fin conoceré a esa maravillosa mejor amiga tuya.

—De acuerdo, lo haré. ¿Qué tal este fin de semana?

—Me parece bien.

—Perfecto.

—¿Le has dicho que te vas a mudar conmigo?

—Sí.

—¿Y te ha apoyado?

—Sí. Cuando ha visto tu apartamento, casi le da un ataque.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué tiene de malo?

—Cree que estás forrado.

Se mantuvo inexpresivo mientras hablaba.

—Estoy forrado.

—Pero ha parecido sorprenderla.

—Soy dueño de una empresa que se ha expandido en varias ciudades distintas. Ayuda a la gente y gano dinero al mismo tiempo, es un buen arreglo.

—Bueno, creo que está celosa.

—Mucha gente lo está.

—He tenido que recordarle que no estaba contigo por tu dinero. A ella le importan mucho esas cosas.

—A todas las mujeres les importa.

—No, eso no es verdad. —Desde luego a mí no me importaba.

—Admítelo; el hecho de que sea rico me hace más atractivo.

—De verdad, no me importa. —Nunca había sido una cazafortunas. Lo único que me importaba era que fuera un hombre que hiciese su parte de las cosas, alguien que fuera apasionado sobre su trabajo, pero aquello era todo.

—¿De verdad? —preguntó Volt—. Así que, si fuera un repartidor de pizzas, estarías pegada a mí ahora mismo de todos modos.

—Bueno… Si fueras repartidor de pizzas, significaría que eres una persona completamente diferente. Así que no, probablemente no. Pero si fueras un profesor que no gana mucho dinero, eso no me importaría. Me gustaría que te apasionara ayudar a los niños.

—Quizás reparta pizzas porque es lo que me apasiona.

—Entonces no te apasionan las cosas que más me importan a mí. —Era una conversación estúpida; ni siquiera estaba segura de por qué la estábamos teniendo—. Vamos a cambiar de tema.

—No, es interesante.

—¿Cómo va a ser interesante?

—Simplemente opino que el dinero tiene más que ver con las relaciones de lo que crees.

—Te repito que a mí no me afecta.

—Pero a mí sí. —Me apretó la cadera—. Me gusta saber que puedo cuidar de ti. Me gusta saber que podrías dejar de trabajar cuando quisieras y criar a nuestros hijos. Me gusta saber que puedo comprarte todo lo que quieras sin vaciar el banco. El dinero es importante para mí.

Cuando lo explicaba así, tenía sentido y era muy dulce.

—Todas las mujeres quieren que las cuiden; no eres distinta en eso. ¿Y sabes qué? No pasa absolutamente nada. Porque si no pudiera cuidarte, entonces no sería lo bastante bueno para ti.

—Pero puedo cuidar de mí misma.

—Algún día no podrás hacerlo, y cuando eso pase, yo estaré ahí. —Frotó la nariz contra la mía—. Quiero darte la mitad de todo lo que tengo. Quiero darte mi apellido. Quiero dártelo todo, todo mi imperio. —Me miró a los ojos, mostrando su sinceridad.

Nuestra relación se había vuelto todavía más profunda. Quería casarme con él, pero nunca se lo había dicho, y él tampoco me lo había dicho a mí. Pero ahora estábamos confesándonos el uno al otro lo que sentíamos de verdad. Ahora que me iba a mudar con él, me daba cuenta de lo que aguardaba exactamente nuestro futuro. Algún día nos casaríamos. Algún día, formaríamos una familia.

Iba a pasar de verdad.

Y aquello me hacía más feliz de lo que era capaz de comprender. Hizo que se me saltaran las lágrimas, y no pude controlarlas. Se me

aguaron los ojos, y las lágrimas cayeron por la comisura de los párpados.

Volt las observó, comprendiendo lo que significaba esa emoción. Me besó los párpados, secando las lágrimas con los labios.

—Yo también te amo.

ONCE

En cuanto mama abrió la puerta se asomó en busca de Taylor, esperando verla a mi lado. Me miró, completamente decepcionada, al no encontrarla, como si no quisiera verme a menos que Taylor viniera conmigo.

—¿Taylor no está?

Le había dicho a Taylor que tenía planes con Derek, pero en realidad necesitaba hablar con mis padres a solas, prepararlos para lo que estaba a punto de pasar.

—No ha podido venir. Ya sabes, tiene que preparar sus clases de mañana.

—Es tan trabajadora. —Me abrazó sin muchas ganas y me llevó dentro—. Vamos a cenar lasaña, espero que tengas hambre.

Siempre tenía hambre si había sido mi madre quien había cocinado.

—Estoy famélico. —Me quité el pesado abrigo y saludé a mi padre. Estaba bebiendo whisky, así que me serví también un vaso; mi gusto por el alcohol había comenzado cuando tenía dieciséis años y mi padre y yo solíamos beberlo juntos en la sala de estar.

Nos sentamos a la mesa y hablamos sobre el trabajo y el frío del invierno que reinaba fuera. Me preguntaron por Clay, y comenté por encima le pelea que habíamos tenido. No quería entrar en detalles; aquello sólo me deprimiría y también entristecería a mis padres.

—En realidad, hay algo de lo que os quería hablar. —Me pareció extrañamente similar a la última vez, cuando vine y les dije que iba a pedirle a Sara que se casara conmigo. Habían estado encantados, al borde de las lágrimas. Connor incluso había parecido algo entusiasmado por la idea. Todo parecía igual, excepto por la ausencia de Connor.

—¿De qué se trata, pequeño? —preguntó mi madre.

No tenía ninguna duda sobre lo que iba a hacer, sólo esperaba que me tomaran en serio. Ya había afirmado que iba a amar a una persona para siempre y todo había acabado yéndose la mierda; era posible que volviera a acabar estallándome en la cara.

—Le he pedido a Taylor que se mude conmigo.

—¿De verdad? —preguntó mi madre—. ¿Por qué ibas a hacer eso? —Seguía siendo muy tradicional, incluso a pesar de que el resto del país había dejado de serlo.

—Me alegro por ti —dijo mi padre—. Vivir con alguien antes de decidir si quieres casarte con él siempre es una buena idea.

—Bueno… ése es el tema. —Los miré fijamente a la cara antes de continuar—. Quiero casarme con ella, y voy a pedirle la mano en

matrimonio. —Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué una cajita negra. La dejé en el centro de la mesa, donde pudieran verla.

Mi madre se tapó la boca con la mano, pero no emitió ningún sonido.

Mi padre se quedó mirándola fijamente, sorprendido.

—Le he pedido que se mude conmigo porque me pareció más sencillo. Ya he recorrido antes este camino, y no quería que volviera a acabar donde acabó la otra vez. Pero después me di cuenta de que estaba siendo un idiota, así que se lo voy a pedir.

Mamá seguía en shock.

Papá fue el primero en ir a por él, abriendo la caja y revelando un anillo con un diamante. No se parecía en nada al anillo que le había comprado a Sara; aquel era sencillo y hermoso, igual que Taylor. Y era el doble de caro. Destellaría, lleno de luz, y mantendría alejado a cualquier interesado. Era la manera más clara y evidente de decirle al mundo que era mía y que se guardaran las manos para sí mismos.

Mamá por fin reaccionó tras respirar profundamente un par de veces.

—Volt… es tan bonito.

—Creo que le gustará.

Lo cogió de entre las manos de mi padre y lo examinó desde un punto de vista femenino.

—Dios mío, es precioso. Le encantará.

—Eso creo yo también.

Fue como una señal para que se le saltaran las lágrimas.

—Volt, esto me hace tan feliz. Estábamos preocupados de que nunca fueras a darle otra oportunidad al amor. Creíamos que esa puta te había roto por dentro.

—No hablemos de ella. —Aquella mujer era cosa del pasado, no valía la pena mencionarla.

—Tienes razón —dijo mi madre—. A tu padre y a mí nos encantaría que Taylor formara parte de esta familia.

—Lo sé. —Sabía que querían a Taylor y que se alegrarían con la noticia.

—¿Cuándo vas a pedírselo? —preguntó mi padre.

—En cuanto se mude conmigo. Dejaré una caja extra, y cuando la abra, el anillo estará dentro. Y después me arrodillaré delante de ella.

—Ooh… —Mi madre se abanicó la cara con la mano para controlar las lágrimas—. Eso es tan romántico.

—No creo que se lo espere. No tiene sentido que le pida que se mude conmigo y después pedirle al instante la mano. Es el plan perfecto.

—Me gusta —intervino mi padre—. Nunca lo olvidará.

Volví a coger el anillo y me lo guardé en el bolsillo.

—Sólo quería avisaros.

—Apreciamos el detalle —respondió mi madre—. Estamos tan entusiasmados. No estoy segura de si podré esperar tanto.

—Bueno, pues vas a tener que mantener la boca cerrada —respondí—. Especialmente tú, papá.

Mi padre puso los ojos en blanco.

—No tienes que preocuparte por mí.

—De acuerdo.

—¿Se lo has preguntado a sus padres? —preguntó mi madre.

—He buscado su número en el teléfono de Taylor mientras estaba dormida y los he llamado.

—Oh, bien. ¿Y qué han dicho?

—Están muy ilusionados —les expliqué—. Pero no les entusiasma tanto que vaya a vivir en Nueva York durante el resto de su vida.

—Quizás se muden aquí —sugirió mi madre.

—Quizás. —Me encogí de hombros.

—Bueno, has hecho un buen trabajo con ese anillo —intervino mi padre—. Ya no necesitarás comprarle nada caro durante bastante tiempo.

—Me alegro de saberlo —dije con una risita.

—Llamaré a tu hermano después de la cena. También se alegrará mucho.

Dudaba de que fuera a importarle.

—Buena idea. —Ya había acabado de cenar y no me apetecía tarta, así que me despedí—. Bueno, debería ir poniéndome en camino. Tengo muchas cosas en las que pensar para la semana que viene.

Los dos me abrazaron, más felices que nunca. No era sólo porque les gustase la mujer con la que había elegido sentar la cabeza, también se alegraban de que me hubiera recuperado de aquella horrible pesadilla que había provocado Sara. Se sentían profundamente aliviados de que me hubiese encontrado a mí mismo de nuevo, de que hubiese encontrado la felicidad.

—¿ESTÁS libre el viernes por la noche? —me preguntó Taylor desde el sofá. Estaba sentada delante del televisor, rodeada con el trabajo de la escuela. La televisión estaba emitiendo su reality show favorito.

—¿Cómo vas a conseguir hacer nada cuando estás tan distraída?

—Hace que vaya mucho más lenta —dijo—. Pero nunca tengo tiempo de hacer nada normal, así que estoy intentando hacer las dos

cosas a la vez.

—Sí que haces cosas normales. —Me quité el abrigo y lo colgué junto a la puerta—. Estás conmigo en la cama todas las noches.

—Ya, eso no es normal. Es lo que todas las mujeres desearían hacer.

Moví las cejas.

—Gracias por el cumplido.

—¿Vas a responder a mi pregunta o no?

—¿Cuál era la pregunta? ¿Si quiero meterme contigo en la cama ahora mismo? Me apunto.

Taylor puso los ojos en blanco.

—Vamos a cenar con Sara el viernes. Ya hemos planeado dos veces que os conozcáis y nunca lo hemos conseguido. ¿Vas a conocerla por fin?

—Sí, pequeña. Relájate.

—De acuerdo, porque está empezando a pesar que te estoy escondiendo de ella.

—¿Eso es porque temes que no pueda quitarme las manos de encima? —Le guiñé el ojo y me senté junto a ella en el sofá.

Volvió a poner los ojos en blanco.

—Sí, es por eso.

—No te preocupes, me aseguraré de que se guarde las manos para sí misma.

—Sólo quiero que sepa que no me avergüenzo de ti. Que no estás horriblemente desfigurado.

—Guau… qué giro más oscuro acaba de dar esta conversación.

Taylor se rió y dejó la montaña de trabajos a un lado.

—Es mi mejor amiga desde que teníamos dos años. Es mucho tiempo.

—Más del que hace que conozco yo a Derek.

—Así que quiero que esto salga bien. Si vamos a estar juntos, quiero que nos dé su aprobación. Quiero que los tres podamos pasar el rato juntos, y que cuando encuentre pareja, tengamos citas dobles.

Me sonaba de lo más aburrido, pero le daría todo lo que quisiera. Le di una palmadita en el muslo.

—Pequeña, todo irá bien. La dejaré enamorada.

—Sé que lo harás.

—Así que, ¿has acabado de traer todas tus cosas? —El salón estaba vacío, pero los dormitorios estaban llenos de cajas. Para ser una mujer que había vivido en un apartamento pequeño, tenía muchísimas cosas.

—No del todo. Todavía tengo que organizar unos detalles y recoger.

—Lo estás alargando al máximo, ¿eh?

—De todos modos me quedan dos meses de alquiler, así que no tengo prisa por echar el cierre.

—Deberías tener prisa por venir a vivir con un semental tan sensual como yo. —Le apreté el muslo.

Me miró con atención, como si hubiese visto algo que yo no pretendía mostrarle.

—¿Por qué estás últimamente de tan buen humor?

—¿Qué? —se me escapó—. No lo estoy.

—Sí. Estás dando saltitos como si acabara de llegar el primer día de primavera.

¿Tan evidente estaba siendo? ¿Y si descubría mi plan? ¿Y si lo echaba todo a perder?

—Sólo estoy intentando ser más positivo. Todo ese tema con Clay me hundió de verdad, pero estoy intentando estar más animado.

Taylor aceptó mi argumento sin dudar.

—Bueno, me alegro de oírlo.

Uf. Había evitado una crisis.

—Así que… ¿has acabado de poner notas?

—¿Por qué?

Hice un gesto con la cabeza hacia el dormitorio.

—Ahora mismo me apetece comerme a una inocente profesora. —Si hubiese desviado la pista hacia mis pantalones, Taylor habría visto mi erección; era claramente distinguible.

—¿Quién ha dicho nada de inocencia?

—Ooh… una profesora traviesa. Todavía mejor.

Se levantó el sofá y tiró de mí para que la siguiera.

—A mí me apetece un ejecutivo… uno bien hecho.

Miré cómo meneaba el culo mientras caminaba detrás de ella.

—Me gusta la carne bien hecha.

IBA VESTIDO con una camiseta gris con cuello de pico bajo la chaqueta deportiva negra, a juego con los tejanos oscuros. Taylor no me había dicho qué ponerme, pero sabía qué le gustaba y qué no, y prefería mis atuendos más informales por encima de los trajes serios que me ponía para ir a trabajar a diario. Pero la chaqueta deportiva me enmarcaba lo esculpido de los hombros, y aquello le gustaba todavía más.

Sabía muy bien qué le gustaba a mi chica.

Taylor iba vestida con un apretado vestido negro que abrazaba su estrecha figura y exponía aquel pecho tan delicioso.

A veces no sabía qué me gustaba más, si su culo frente a mi cara cuando la hacía mía desde detrás, o aquellas tetas que parecían de otro mundo. Quizás nunca lo descubriría. Quizás fuera un empate.

—Estás como un tren.

Taylor guardó el teléfono en el bolso de mano y lo cerró.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

—¿Lo bastante guapo como para que me concedas uno rápido?

—Ni hablar. Ya vamos tarde. —Se cubrió con una chaqueta negra, escondiendo su preciosa figura, tras lo que se sacó el cabello por el cuello de la prenda y se ajustó los mechones alrededor del rostro.

—¿Por qué no? Ya vamos tarde después de todo.

Puso los ojos en blanco.

—Estás fuera de control.

—Fuera de control por ti. —Moví las cejas.

Taylor no se molestó en responder y fue hacia la puerta.

—Tendremos sexo detrás de un contenedor en el camino de vuelta.

—¿Y qué tal en el cubículo del baño? Es todavía mejor.

—Me lo pensaré.

—¿O qué tal…?

—Dejaré que me hagas una cubana cuando volvamos a casa si te comportas.

Era algo perfecto con lo que negociar, y Taylor lo sabía. Hacerle aquello era lo mejor de todo; tenía los pechos más bonitos que había visto nunca.

—Trato hecho, pequeña.

TAYLOR MIRÓ el teléfono antes de entrar al restaurante.

—Ha dicho que ya había llegado, está en una mesa del fondo.

Le abrí la puerta y pasé tras ella.

—Bien, eso significa que ya habrá una cesta de pan. Y si esa chica sabe lo que está haciendo, también habrá una botella de vino.

Taylor me cogió de la mano, caminando a mi lado.

—Tú sólo sé tú mismo.

—No puedo ser yo mismo por completo. Si lo hiciera, sólo conseguiría decirle lo bonito que tienes el pecho. La noche podría volverse incómoda.

—¿Qué te he dicho sobre comportarte?

Puse los ojos en blanco e hice ver que cerraba una cremallera sobre mis labios.

—Buen chico.

Nos dirigimos a la mesa del fondo, y distinguí a la mujer que debía de ser su amiga. Tenía la cabeza inclinada mientras miraba el teléfono, llevaba el cabello largo y rubio peinado en unos rizos suaves e iba vestida con un jersey gris con brazaletes de oro en la muñeca.

A medida que nos acercamos noté el bolso que había dejado en la silla contigua. Era de un lila oscuro y de la marca Coach, y me recordó a otro bolso que había visto antes, pero no lograba recordar dónde. Había una vela baja encendida en la mesa, y una cesta llena de pan… por suerte.

—¡Hola! —Taylor llegó primero a la mesa y saludó a su amiga.

Ésta alzo la vista y miró a Taylor. Tenía los ojos de un verde brillante y frío… tan heladores como su corazón. Tenía el cabello echado tras el hombro, igual que siempre lo llevaba. El maquillaje de ojos era pesado, hecho con tonos oscuros que hacían que parecieran ahumados. Su voz era exactamente como la recordaba.

—Ya iba siendo hora, chica.

—Lo siento —dijo Taylor—. Siempre llegamos tarde a todas partes.

Me quedé inmóvil donde estaba; mi mente era incapaz de comprender lo que estaba viendo. Había retrocedido dos años atrás en el tiempo y estaba mirando a la mujer con la creía que iba a pasar la vida. No me había vuelto a cruzar con ella ni una vez, la ciudad era un lugar muy grande cuando hacía falta. Pero ahora estaba delante de ella, sintiendo hervir la ira y sacando humo por las orejas. Seguía odiándola, incluso después de todo aquel tiempo. Detestaba todo de ella, desde el cabello hasta el exasperante sonido de su voz. Seguía vistiendo cosas caras, desde bolsos de diseño hasta joyería exclusiva.

Había entrado en aquel restaurante esperando una comida agradable, pero en lugar de eso había entrado en mi peor pesadilla. Cuando Taylor me había hablado de su mejor amiga, no se me había pasado por la cabeza ni una vez que aquello fuera posible. Sara era un nombre común, de hecho yo había salido con tres mujeres llamadas así.

No sabía qué hacer. Mi primer instinto me dijo que me diera la vuelta y me marchara antes de que me mirase. Mi vida había mejorado mucho desde la noche en que le di la espalda. Había roto con ella de la manera más fría posible; nunca le había dicho la verdad, nunca le había dicho que la había pillado con las manos en la masa, metiéndole la lengua en la boca a otro tío.

La ira volvió, haciéndome apretar los puños.

Taylor no notó nada al estar dándome la espalda.

—Sara, éste el hombre del que llevo hablándote ya un año. —Dio un paso atrás y se giró hacia mí, con una sonrisa en la cara.

Sara me miró, y se puso pálida al instante. Toda la sangre desapareció de su rostro, y quedó claro que aquello era tanto una pesadilla para ella como era para mí. Entreabrió ligeramente los labios, como si quisiera jadear pero no tuviera el aire suficiente para hacerlo. No parpadeó ni una vez mientras me miraba fijamente, reviviendo la misma relación que yo acababa de recordar.

Le devolví la mirada, detestando cada expresión que reflejaba su rostro. Ahora me parecía repulsivo, completamente asqueroso. ¿Qué había visto en ella hacía tantos años? ¿Por qué había estado tan obsesionado con ella? Era una chica estúpida a la que le importaban cosas estúpidas. Siempre estaba a la búsqueda de la siguiente oportunidad, apartando cualquier cosa que supusiera un obstáculo de una patada, y eso me había incluido a mí.

La odiaba.

Odiar era una palabra muy fuerte, pero también la más apropiada.

Taylor miró de uno al otro, esperando que nos saludásemos o como mínimo que nos moviéramos.

—Eh… ¿ya os conocíais?

Me negué a hablar. Tenía los labios apretados con fuerza y los hombros tensos. Si me permitía abrir la boca, diría cosas realmente horribles. Era mejor que guardase silencio, sin dejar escapar mis insultos.

—¿Muriel? —susurró Sara.

Odiaba cuando decía mi nombre. No sólo odiaba su voz, sino que el nombre mismo era estúpido. ¿Por qué demonios me lo habían puesto mis padres? Mi hermano había recibido un nombre normal, y a mí me había tocado el nombre de mi abuelo.

—¿Qué? —preguntó Taylor.

Sara me examinó los rasgos, confirmando quién era incluso a pesar de que no respondí a su pregunta. Le hizo falta un momento para disipar el shock, para que comprendiera que aquello no era alguna clase de sueño enfermizo.

—Es Muriel… mi ex.

Taylor todavía no lo entendía. Miró fijamente a su amiga mientras procesaba sus palabras.

—No… se llama Volt. ¿Es que has bebido?

—¿Volt? —preguntó Sara—. Ése no es su nombre.

Continuamos allí de pie, en mitad del restaurante, atrayendo cada vez más la atención de las mesas cercanas. Quise salir de allí y no volver a ver nunca a aquella fulana, pero no quería marcharme a menos que Taylor viniera conmigo.

Taylor se giró hacia mí, sumando dos y dos.

—Volt no es tu nombre de pila… es tu segundo nombre.

—Recordaba lo que le había dicho hacía tanto tiempo, en lo que parecía casi una vida pasada.

Todavía no había dicho nada; estaba demasiado furioso como para hacerlo. No vería volver a ver nunca a Sara, pero ahora estaba delante de ella, y todo el odio y la humillación volvieron a mí. ¿Por qué me había enamorado de alguien tan indigno de un gramo siquiera de afecto?

—Así que… —Taylor no acabó la frase. No sabía cómo hacerlo.

—Fue la persona que rompió conmigo hace unos años. —Sara bajo la mirada, claramente todavía dolida por la manera en que la había dejado.

Y Taylor lo entendió; entendió exactamente con lo que estaba lidiando.

No quise seguir allí ni un momento más. No quería ver a aquella puta estúpida mientras interpretaba el papel de víctima. Era yo el que había resultado herido, había sido yo quien había tenido un anillo en el bolsillo mientras ella se follaba a su ex.

Estaba harto de todo aquello.

Me di la vuelta y salí del restaurante, incapaz de mirarla a la cara ni un segundo más de lo necesario. ¿Por qué era Taylor amiga de una bruja mentirosa como aquella? ¿Por qué me estaba pasando aquello? ¿Por qué estaba a punto de casarme con una mujer que resultaba ser la mejor amiga de mi ex?

Nunca conseguiría escapar de ella.

DOCE

Sara miró como Volt salía del restaurante antes de dejarse caer de nuevo en la silla. Una expresión abrumada le distendió el rostro, incapaz de creer a quien acababa de ver. Todavía tenía los ojos abiertos de par en par, intentando procesar aquella información tan gigantesca en sólo unos nanosegundos.

Yo seguía de pie junto a la mesa, igual de confundida. Había entrado con Volt esperando una cena divertida con mi mejor amiga, pero en lugar de eso había acabado entrando en una telenovela. Sara me había hablado de su ex y de lo mucho que lo había querido, de cómo se había marchado sin darle siquiera una explicación.

Y había resultado que era Volt.

Había una botella de vino en la mesa, así que me senté frente a ella y me serví inmediatamente una copa, a sabiendas de que lo necesitaría para superar todo aquel circo.

Sara no dijo nada, con la vista fija en la puerta, como si fuera posible que Volt volviera en cualquier momento.

Me bebí el vaso en cuestión de segundos antes de servirme otro.

Sara ignoró la botella. La sorpresa la había dejado sin palabras.

—¿Qué probabilidades hay de algo así? —La ciudad era enorme, y ambos eran mis mejores amigos. ¿Cómo habíamos acabado saliendo con el mismo hombre sin verlo? ¿Cómo nos habíamos enamorado del mismo hombre sin darnos nunca cuenta?

—No lo sé. —Por fin habló, aunque su voz sonó débil—. Nunca le gustó su nombre; no me sorprende que se lo cambiara.

Muriel no encajaba para nada con Volt. Ni siquiera conseguía llamarlo así; aquel era el nombre de una persona a la que no conocía.

—Esto es de locos. —No sabía qué más decir. No dejaba de esperar ir a despertarme en cualquier momento. Quise pellizcarme para acelerar el proceso, pero sabía que no funcionaría. Aquello era real, e iba a seguir siéndolo.

—Lo sé… —Sara por fin se movió y se sirvió una copa de vino. Lo hizo girar dentro de la copa antes de tomar un trago—. Lo siento… —susurró.

—¿Por qué lo sientes? —pregunté—. No has hecho nada malo. —Nadie había hecho nada malo. Simplemente era una extraña coincidencia.

—Ibas a mudarte con él, y sé que lo quieres…

¿Qué *iba* a mudarme con él? ¿Por qué en pasado?

—Y ahora todo se ha echado a perder.

—¿Por qué va a estar todo echado a perder? —Admitía que era de lo más raro, pero podíamos superarlo.

Sara tomó otro trago antes de dirigirme una mirada fría.

—Porque estuve con él durante más de un año. Porque estaba enamorada de él. Porque me rompió el corazón. ¿O es que no recueras nada de eso?

—No, sí que lo recuerdo. Pero eso fue hace dos años, Sara.

—¿Y qué importa eso? —me espetó—. Se supone que no se sale con los ex de tu amiga.

—No sabía que era tu ex.

—Y lo comprendo, pero ahora lo sabes. Y eres mi mejor amiga; ¿cómo se supone que va a funcionar algo así? Él y yo nunca podremos estar en la misma habitación. Nunca podremos hacer nada juntos. No podré ir a tu boda. ¿No ves la clase de problema que es?

—Bueno… sí. —Pero nunca había esperado que llegase a aquel punto—. ¿Pero no crees que podéis arreglarlo? Volt y yo llevamos ya un año juntos. Vamos a mudarnos juntos. Queremos casarnos algún día. No puedo borrar todos esos sentimientos que hemos desarrollado el uno por el otro.

—Taylor, yo sentía exactamente lo mismo. —Se señaló con fuerza el pecho, con lágrimas en los ojos—. Me quedé destrozada cuando me dejó. Creía que iba a pedirme matrimonio y que viviríamos felices para siempre. ¿Cómo crees que me hace sentir saber que ha seguido con su vida con otra persona? Especialmente cuando es contigo.

Me quedé con la boca abierta, sin palabras. No había pensado en nada de eso.

Sara se echó hacia atrás en su silla y cruzó los brazos contra el pecho, parpadeando rápidamente para librarse de las lágrimas.

—Sé que eres feliz con él, y no quiero arruinarte esa felicidad, pero… esto no es algo que podamos ignorar sin más. No va a funcionar. Somos mejores amigas para siempre, nosotras siempre vamos primero.

—Así que… ¿quieres que rompa con él?

—No se trata de que quiera —respondió—. Se trata de que no hay ninguna otra opción.

—Pero te estoy preguntando qué quieres que haga, Sara. ¿Es eso lo que quieres?

Apartó la mirada para evitar mi pregunta. Tras varios segundos, por fin volvió a hablar.

—Si fuera yo, rompería con él.

—¿Qué? —pregunté incrédula—. Lo siento, pero me cuesta imaginármelo.

—Lo haría —discutió—. Sé que a veces puedo ser egoísta, pero eres mi mejor amiga. Y eso es para siempre. Los hombres vienen y van, pero nosotras siempre estaremos ahí. Muriel no es un tío cualquiera con quien tuve un rollo; tuvimos una relación. Nos

queríamos. ¿Cómo podría estar de acuerdo con todo esto? Te mentiría si te dijera que lo estoy.

Sabía que tenía razón. En lo más profundo del corazón, lo sabía.

—Tú de entre toda la gente sabes lo destrozada que estaba. Cuando te mudaste aquí, todavía estaba intentando superarlo.

Sí que lo sabía.

—Siendo realista, ¿cómo va a funcionar todo esto? Porque no puedo estar cerca de él. No puedo soportar veros juntos. No puedo soportar la idea de que estéis juntos… Es mi peor pesadilla.

Había oído todo lo que había dicho, y tenía sentido.

—Pero… lo amo. —Nuestra relación había avanzado poco a poco, y nos había hecho falta mucho tiempo para comprender exactamente qué era lo que sentíamos. Habíamos empezado como amigos y nos habíamos enamorado lentamente, sin darnos siquiera cuenta de lo que estaba pasando. Y cuando por fin acabamos juntos, había sido lo más hermoso que me había pasado nunca. Había quedado hecha trizas tras nuestra ruptura. No podía vivir sin él, no después de que me hubiese hecho tan feliz—. Sara, te quiero, pero… No me imagino mi vida sin él. Quiero casarme con él. Es mi mejor amigo.

—Lo sé. Lo sé mejor que nadie. —Me dirigió una mirada de simpatía—. Pero… dime cómo sino va a funcionar.

No tenía ninguna respuesta que darle.

—La única manera de que funcione es que dejemos de ser amigas. ¿Es eso lo que quieres?

—¿Por qué tenemos que dejar de ser amigas? —¿Por qué me estaba obligando a elegir?

—Porque no podríamos ser nosotras mismas. Nunca podría preguntarte nada sobre él. Si tuvierais niños, nunca podría mirarlos. Siempre habría un enorme agujero en nuestra relación, y sería incómodo y extraño. ¿De verdad no ves a qué me refiero?

—No, sí que lo veo. Es sólo que… me estás pidiendo que abandone al amor de mi vida.

—También era el amor de mi vida, Taylor. —Me miró con frialdad—. Créeme, comprendo todo lo que estás sintiendo. Yo también lo sentí cuando rompió conmigo, y todavía no lo he superado. Saber que te ha pedido que te mudes con él cuando a mí nunca me lo pidió… es una tortura.

Miré por la ventana para evitar mirarla a los ojos. Se suponía que aquella noche debía ser diferente. Se suponía que iba a ser divertida. Aquella charla sobre dejar a Volt no había estado planeada.

—No me imagino con nadie más, Sara.

—Y yo tampoco. No he tenido ninguna relación desde entonces.

—¿Me estás diciendo que sigues enamorada de él? —Habían pasado dos años. No podía seguir estándolo.

Sara se encogió de hombros.

—Cuando amas a alguien una vez, ya nunca dejas de amarlo. Si siento esto por él, entonces él debe de sentir lo mismo por mí. ¿No crees que eso será un problema si nos obligas a pasar tiempo juntos? No digo que fuera nunca capaz de traicionarte, pero él y yo podríamos desarrollar sentimientos el uno por el otro otra vez, es algo que podría pasar. Hay tantas cosas que podrían salir mal en una situación así; ninguno de los tres conseguiremos nunca que funcione.

Aquella prueba me resultó todavía más dolorosa.

—Lo siento, Taylor —susurró—. Pero no veo cómo podría funcionar… a menos que dejemos de ser amigas. Y no quieres eso, ¿verdad? Nuestros padres son amigos, y nos conocemos desde que llevábamos pañales. ¿No es nuestra relación más importante que lo que tienes con él? ¿O con cualquier otro tío?

—Sí… pero él también es mi mejor amigo. Hace mucho que nos queremos. No es tan fácil para mí echarlo sin más de mi vida. Los dos sois igual de importantes.

Su mirada se entristeció.

—Lo siento, pero así son las cosas.

Crucé los brazos contra el pecho, sintiendo cómo me invadía la depresión.

—Sabes que tengo razón.

No quería oír aquello, no ahora mismo.

—Tú dame algo de tiempo, ¿de acuerdo? Es mucha información que asimilar en treinta minutos. Esta mañana me he despertado pensando que mi vida era de cierta manera, y ahora todo está patas arriba.

—Lo entiendo —susurró.

¿Cómo podía dejar marchar a Volt? Era una persona tan importante en mi vida. Se podía argumentar que tenía una relación más íntima con él que con ella. Cuando Sara asentara la cabeza y se casase, lo comprendería, pero tampoco podía perderla a ella. Nos conocíamos desde siempre. Era parte de la familia.

¿Qué se suponía que debía hacer?

CUANDO LLEGUÉ A CASA, el apartamento tenía todas las luces apagadas. Sabía que Volt estaba en casa, bebiendo whisky en alguna esquina a oscuras; su cartera y sus llaves estaba en la mesita del recibidor.

No lo llamé; sabía que no me respondería.

Entré en su despacho a sabiendas de que sería allí donde estaría. Las ventanas llegaban desde el suelo hasta el techo y conformaban la pared opuesta, y Volt estaba sentado en su silla, mirando las luces de la ciudad. Había una botella de whisky sobre la mesa, junto con un cuenco de hielo.

No quería hablar, lo estaba dejando muy claro.

Pero yo tampoco quería estar sola.

Entré y rodeé la mesa, esperando a que reaccionase ante mi presencia.

Tomó un trago.

Me quedé de pie junto a él y desvié la mirada hacia las brillantes luces de la ciudad. Desde allí arriba se veía todo: Central Park estaba iluminado gracias a las farolas, pero en comparación con el resto de la ciudad, se veía oscuro.

Volt tomó otro trago, ignorándome en silencio.

Siempre que tenía un problema, acudía a él. Se lo contaba todo, y él me aconsejaba, aquella era la relación que teníamos. Pero ahora no podía recurrir a él, y tampoco podía hablarlo con Sara.

Me coloqué sobre su regazo, sentada a horcajadas sobre sus caderas, deseando estar cerca de él. Le pasé los brazos alrededor del cuello y me subí el vestido para que no tener la tela tensa contra el culo.

Volt sostuvo la copa con una mano y me puso la otra sobre las nalgas. No me miró a los ojos, pero tampoco me pidió que me bajara.

Quería hablar con él y que me hiciera sentir mejor, pero no sabía qué decir, y Volt tampoco tenía la menor idea. Toda la situación era horrible; lo único que podíamos hacer era seguir adelante juntos.

Le desabroché los tejanos y después le bajé los bóxers. Su miembro quedó expuesto, pero no estaba erecto. Moví la mano sobre su longitud, y al cabo de unos segundos cobró vida.

Dejó el vaso a un lado, con la respiración alterada.

Me aparté el tanga y lo guíe hasta el interior de mi cuerpo. Debería sentirme asqueada de que se hubiera acostado con mi mejor amiga, debería haberme repugnado que hubiera estado dentro de ella y que ahora estuviera dentro de mí. Pero no era aquello lo que sentía. Todavía estaba enamorada de él, locamente.

Aquel era el único consuelo que podía encontrar. Era la única manera de comunicarme que sabía usar. Volví a abrazarme a su cuello y me moví arriba y abajo, tomando su miembro una y otra vez.

Sus manos se asentaron sobre mi culo y respiró conmigo mientras nos movíamos juntos. Unos gemidos quedos se escaparon de entre nuestros labios a medida que nuestra respiración se volvía más agitada, llena de lujuria y de un amor innegable.

Aquello me hizo sentir mejor, me hizo sentir cerca de él una vez

más. Caímos en nuestro ritmo habitual, moviéndonos juntos de la manera perfecta. Volt me hizo gemir más veces de las que podía contar. La silla se meció de un lado al otro a medida que nos movíamos, y mi sexo lubricó su hombría por completo.

No nos dijimos nada; expresamos nuestro amor según nos movíamos. Sus labios rozaron los míos antes de darme un beso suave que desafiaba la agresividad que estábamos mostrando el uno con el otro. Se lo devolví, necesitando su boca sobre la mía para borrar el dolor.

Volt me aferró las nalgas, moviéndome con más fuerza sobre su miembro, dilatándome todavía más a medida que su hombría crecía por la desesperación. Se perdió en mí, tomándolo todo y devolviéndomelo para mi propio placer.

Duró una eternidad, sin que ninguno de nosotros se corriera sencillamente porque no queríamos que acabase. Seguimos moviéndonos, sin pensar en nada que no fuera el otro. Caímos más y más en el otro, con los corazones latiendo en sincronía. No quería que aquel momento llegase a su fin, y Volt tampoco.

Así que seguimos moviéndonos.

NO HABLAMOS CON EL OTRO.

De hecho, no dijimos ni una sola palabra.

Ninguno estaba listo para hablar sobre lo que había pasado la noche anterior. La conversación no acabaría yendo a ningún lugar al que quisiéramos llevarla; simplemente era demasiado doloroso, demasiado descorazonador.

Volt me dio un beso antes de marcharse a trabajar, y se lo devolví.

Pero no llegamos a decirnos adiós.

Me resultó imposible concentrarme en el trabajo. Mis pensamientos no dejaban de dispersarse, repitiendo todo lo que me había dicho Sara. ¿Cómo iba a funcionar todo aquello entre nosotros? Nunca podríamos ser amigos. No cuando había tanta historia detrás. Al final, tendría que escoger, ¿pero a quién?

Cuando llegué a casa, Volt ya estaba allí, sentado en el sofá y mirando la televisión, pero no hizo ningún gesto de ir a hablarme. Ni siquiera me miró. El apartamento estaba sumido en un silencio antinatural, ahora que no teníamos nada que decir. Era como si allí no viviera nadie.

Me dirigí al dormitorio y me quité los tacones; me estaban

destrozando los pies, y ansiaba algo de tiempo a solas. Me resultaba difícil pensar cuando estaba constantemente en presencia de otras personas.

Volt cruzó la puerta y se colocó a mi lado. Me puso la mano en la cadera, y supe por qué había venido. Quería estar conmigo, pero no quería hablar. No abrió la boca en ningún momento mientras me quitaba el vestido por la cabeza y me desabrochaba el sujetador. Después me bajó la ropa interior y me llevó hacia la cama, colocándome el culo con en pompa.

Nuestra vida sexual había cambiado después de aquella cena. Nunca antes habíamos sido tan agresivos y físicos cuando hacíamos el amor, pero ahora follábamos como si fuésemos animales, vertiendo todos nuestros sentimientos en el otro. Volt no quería que me marchara, así que me poseía con más fuerza, enterrando su miembro en mi interior para que nunca olvidara que era suya.

Que siempre lo sería.

DESPUÉS DE DUCHARNOS, salimos a cenar. No quedaba nada de comida en la casa, y necesitábamos comer algo o nos moriríamos de hambre. Pero no hablamos sobre salir a cenar; sencillamente asumimos a la vez que lo haríamos.

Nos sentamos uno delante del otro en la mesa y esperamos a que llegase nuestra comida. Todavía no nos habíamos hablado. Nos entretuvimos mirándonos: Volt me miraba a los ojos como si yo no estuviera allí. Me miró todo lo que quiso, disfrutando del confort que encontraba en hacerlo.

Yo hice lo mismo, apreciando la fuerza de sus hombros y la manera en que el poderos pecho tensaba la tela de la camiseta. Tenía el cabello algo revuelto al no haberse molestado en peinarse después de la ducha. De algún modo, su indolencia resultaba seductora.

Tomó un sorbo del vino antes de hacerlo girar en la copa, sin apartar los ojos de mí en ningún momento. Había estado bebiendo mucho más desde aquella terrible noche. De hecho, resultaba extraño verlo sin una copa en la mano, a no ser que estuviera follándome.

La cena llegó al fin y comimos juntos en silencio. Si alguien nos hubiera estado observando seguramente le pareceríamos sordos, incapaces de oírnos, razón por la que simplemente comíamos sin decir nada. O quizás sólo pareciésemos enfadados.

Tras la cena, fuimos a comprar comida y a escoger las cosas que necesitaríamos para no morirnos de hambre en el apartamento. Volt

añadió mucho whisky y ginebra a la compra, además de algunas cervezas.

No dije nada.

Fuimos a casa y lo guardamos todo. En cuanto estuvo hecho, nos quedamos sin nada que hacer. Así que, a menos que nos sentáramos y mantuviésemos una conversación, la noche había llegado a su fin.

Pero cuando miré a Volt, supe que todavía no estaba listo para hablar.

Y yo tampoco.

Me levantó en brazos y me tumbó sobre la mesa de la cocina antes de bajarse a toda prisa los vaqueros y los bóxers y de levantarme a mí el vestido. Mi ropa interior desapareció en un instante, y al segundo siguiente ya estaba dentro de mí.

No quería que fuera suave; quería que me hiciera el amor con brusquedad. Quería que me follase hasta que todos mis problemas desapareciesen. En lugar de pelear, habíamos decidido hacer aquello. Era igual de agresivo y violento, pero parecía mucho mejor que gritarnos entre nosotros.

Se inclinó sobre la mesa y me besó lentamente.

Lo abracé con fuerza y le pasé los dedos por el pelo. Lo que teníamos era tan increíble; no quería perderlo nunca. Me encantaba la manera en que me miraba. Amaba la manera en que me hacía el amor.

Lo amaba todo.

PASÓ una semana y todavía no habíamos hablado sobre las nubes oscuras que se cernían sobre nosotros. Pasábamos nuestro tiempo en un silencio cómodo u ocupados en nuestra actividad preferida: follar.

Pero ya había durado demasiado, y habíamos llegado a una bifurcación en el camino, una que no podíamos ignorar. Teníamos que hablar de ello, discutir lo que había ocurrido aquella noche y lo qué íbamos a hacer al respecto, si es que íbamos a hacer algo.

Llegué a casa y vi a Volt en el sofá.

En cuanto me oyó entrar, dejó el whisky a un lado y se puso en pie, deshaciendo el nudo de la corbata y desabotonándose la camisa para poder ir directo a lo más interesante.

Estuve a punto de dejarle seguir.

—Volt, tenemos que hablar.

Se quedó inmóvil al instante, con la corbata todavía colgándole del cuello.

—Yo tampoco quiero hablar de ello, pero no podemos seguir así para siempre.

—Yo sí que puedo seguir así para siempre.

Dejé mis cosas y me uní a él en el sofá. Ni siquiera estaba segura de lo que quería decir, no me había preparado nada. Nunca había estado en una situación donde no pudiera visualizar una solución, pero aquel problema simplemente no tenía solución.

Volt suspiró y se sentó a mi lado, con el cuerpo tenso por la irritación. Su actitud sombría lo convirtió en un hombre que no reconocía.

—¿Qué queda que decir?

—Sara y yo hablamos después de que te fueras.

—¿A dónde quieres llegar? —dijo con brusquedad—. Rompimos hace dos años. Para mí ya es prácticamente una desconocida. ¿Qué importa?

—Importa porque es mi mejor amiga.

Volt se frotó los nudillos.

—Esto es un problema para todos, y lo sabes.

—Ya desaparecerá —respondió—. Dale algo de tiempo y se esfumará.

—¿Qué se esfumará?

—No lo sé… ¿La tensión? —Se rascó la barbilla, cambiando de posición con nerviosismo, incapaz de permanecer quieto.

—Volt, Sara ha sido mi amiga desde que tengo memoria. El hecho de que antes os quisierais es un problema para las dos.

—En realidad no —dijo—. Eso fue hace mucho tiempo.

—No para ella. ¿Cómo podemos mantener nuestra amistad cuando has estado con ambas?

Se encogió de hombros.

—Dile que lo supere de una vez.

—Volt —le advertí—. No quiero tener esta conversación más de lo que quieres tenerla tú, pero basta ya de esa actitud.

Se pasó los dedos por el pelo, soltando un suspiro de irritación.

—No sé qué hacer.

—No sé qué significa eso —dijo en voz baja—. No hay nada que puedas hacer. Todo eso está en el pasado, está acabado.

—Me refiero a qué debo hacer ahora. Sara es mi mejor amiga.

—Te repito que no sé qué significa eso. Nos llevará algo de tiempo acostumbrarnos, pero si nos comportamos como personas maduras, todo irá bien.

Ahora entendía por qué Volt no estaba comprendiendo lo que decía.

—Volt, no va a ser así como va a ir esto. Sólo uno de vosotros puede seguir en mi vida.

—¿Qué se supone que significa eso?

¿Cómo podía expresarlo en términos que pudiera comprender?

—Si empezaras a salir con una chica con la que Derek ya tuvo una relación antes, ¿seguirías viéndote con ella?

—No.

—¿Lo entiendes ahora?

—Si acabara de empezar a verme con ella, no tendría ningún problema en romper. Pero si llevara ya un año con esa mujer y estuviera enamorado de ella, entonces sería distinto. Le diría a Derek que tenía que superarlo.

—¿Pero no rompe eso las normas de la amistad? ¿El salir con el ex de tu amiga?

—Sí, pero tú no sabías que yo era su ex. No es lo mismo ni de lejos.

—Ella no lo ve así.

Volt frenó en seco, apretando las manos. Empezaba a ser consciente de la magnitud de la situación.

—Espera. ¿Te ha dicho que dejes de salir conmigo? —Se giró hacia mí, con el enfado reflejado en los ojos.

—No con tantas palabras…

Negó con la cabeza, apretando los dientes.

—Esa jodida zorra…

—Oye. —Levanté la mano—. Es de mi amiga de quien estás hablando.

—Es una zorra, y no me siento mal por decirlo. No puedo creer que te haya dicho eso.

—Su razonamiento tenía sentido. ¿Cómo vamos a conseguir salir juntos los tres?

—¿Por qué tenemos que salir juntos? —espetó—. ¿Por qué no podéis pasar vosotras dos tiempo juntas, y yo me quedo al margen? No me mencionéis. Llevamos juntos un año y ella ni siquiera lo sabía.

—¿Y qué pasará cuando nos casemos algún día? —pregunté—. ¿Lo arreglarás diciendo que no venga a nuestra boda?

—Es sólo un día. Sobrevivirá.

—¿Y cuando tengamos hijos?

—Puede pasar tiempo con ellos cuando salgas con ella.

Tenía una excusa preparada para todo.

—No puede soportar la idea de que estemos juntos. No puede soportar pensar en que vamos a vivir juntos y a tener una relación seria. Le duele, y debo decir que, si la situación fuera al revés, yo sentiría lo mismo.

—Bueno, eso es absurdo. ¿De verdad espera que me dejes por ella?

—No se trata de eso —expliqué—. Es sólo que… ¿Cómo va a

funcionar? Nuestra relación jamás volverá a ser la misma.

—Ya nunca será la misma, no importa lo que hagas —argumentó Volt—. Ya os habéis acostado con el mismo hombre. Ya habéis amado al mismo hombre. El daño está hecho, Taylor. Romper conmigo no cambiará nada.

Dejé caer las manos sobre el regazo y miré fijamente el pintauñas azul que llevaba puesto. Aquella conversación estaba resultando ser más difícil de lo que me había imaginado. No había manera de arreglarlo, no había manera de hacer que todo encajara. Incluso si conseguía encontrar una solución, no sería perfecta.

—Por eso tengo que sacar de mi vida a uno de vosotros.

Se giró hacia mí con una expresión enloquecida.

—Creo que Sara es una zorra estúpida, ¿de acuerdo? Pero no querría que dejaras de ser amiga suya sólo por lo que pasó entre nosotros. Y será mejor que ella no esté pretendiendo arruinar tu felicidad conmigo sólo porque todavía tiene problemas con la relación que tuvimos en su día. ¿Qué clase de amiga sería si te pidiera algo así?

—No se trata de que me lo haya pedido —le expliqué—. Se trata de saber que nuestra amistad nunca volverá a ser la misma. Será tensa e incómoda, y al final nos iremos alejando y dejaremos de hablar. Y no quiero que eso ocurra.

—¿Y puedes romper conmigo? —me preguntó, incrédulo.

—No. —Le apreté el muslo—. Tampoco quiero hacer eso.

—Entonces hemos vuelto al punto de partida. Podemos hacer que esto funcione, los tres. No digo que vaya a ser fácil, o que yo quiera hacerlo siquiera, pero lo haré por ti.

Sabía que aquello no funcionaría. Sara había dejado muy claros sus sentimientos respecto a la situación. No podría soportar que Volt y yo estuviésemos juntos, que viviéramos juntos o que nos casáramos algún día.

—Eso no funcionará… Ya te lo he dicho.

—¿Entonces qué? —me exigió.

—Es mi mejor amiga. Nadie me conoce mejor que ella. No puedo echarla sin más de mi vida. No quiero ser la clase de persona que elige antes a su novio que a su mejor amiga. No quiero hacerle daño.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —susurró.

—No lo sé… —No quería decirlo en voz alta. Era demasiado doloroso.

Volt se levantó del sofá, irguiéndose en toda su estatura y mirándome desde lo alto, furioso.

—¿De verdad estás pensando en ponerle punto final a esto? —El dolor en su voz se mezclaba con la fiereza.

—Volt…

—No. Eso no es una opción. No vas a romper conmigo sólo

porque ella tiene un problema con que estemos juntos. Dile que se vaya al infierno.

Me puse en pie.

—¿Y si fuera Derek? ¿Podrías echarlo de tu vida?

—No. Pero él no me obligaría a elegir.

—Pero si lo hiciera —insistí—, ¿qué harías? ¿Le darías la espalda a un amigo que ha estado ahí para ti en todo? ¿De verdad podrías hacerle eso a alguien a quien quieres?

—¿Podrías tú acabar una relación con el amor de tu vida? —Se golpeó el pecho con el puño, haciendo un ruido sordo—. ¿De verdad podrías acabar esto cuando los dos sabemos que va a durar para siempre? ¿De verdad puedes dejarme atrás?

Los ojos se me aguaron por la frustración. No sabía qué más hacer; hiciera lo que hiciera, saldría perdiendo.

—Sólo te estoy explicando que es una situación muy difícil. No sé qué hacer.

—Romper conmigo no es la solución, Taylor.

—Lo sé… pero tampoco lo es acabar mi relación con ella.

Volt apoyó las manos sobre las caderas y empezó a pasearse de un lado al otro, lentamente.

—No voy a dejarte hacer eso. No es una opción. Es ella quien tiene que desaparecer, no yo.

No podía hacer aquello. No podía hacerle algo así a mi mejor amiga.

—Es mi familia, Volt.

—¿Y qué cojones soy yo? —siseó—. Estoy viviendo contigo. Duermo contigo todas las noches. Voy a tener hijos contigo. Yo soy tu maldita familia. —Escupió al hablar de lo furioso que estaba. El rostro se le tiñó de rojo y la vena de la frente le palpitó—. ¿Cómo podrías escogerla a ella antes que a mí?

—¿Me escogerías a mí antes que a Derek?

—No cambies de tema.

—No estoy cambiando de tema. —Di una patada contra el suelo, incapaz de hacer otra cosa para expresar mi enfado—. Sólo estoy explicándote mi punto de vista. Sé lo mucho que significa Derek para ti; ¿y si tuvieras que escogerlo a él antes que a mí?

—Eso nunca pasaría.

—Pero si pasara, ¿a quién elegirías?

Apartó la vista, todavía furioso.

—Exactamente. No es una decisión fácil, es jodidamente difícil.

—Te elegiría a ti, Taylor. Si la situación fuera exactamente la misma, te elegiría a ti.

—Lo que tú digas —espeté—. Es fácil decirlo cuando no estás en esta situación.

—Lo único que sé, es que no puedo vivir sin ti. —Dejó caer las manos a los costados—. Simple y llanamente.

Los ojos se me aguaron más todavía; detestaba aquellas palabras tan dulces en un momento como aquel.

—Comprendo que es tu amiga…

—Mejor amiga. Nat es sólo una amiga, Sara es mucho más que eso.

—Lo que tú digas —dijo—. Pero los amigos llegan y se marchan…

—Los novios llegan y se marchan.

La amenaza apareció en sus ojos.

—No soy sólo tu novio, y los dos lo sabemos. No te habría pedido que te mudaras conmigo si sólo fuera tu novio. No tengo un nombre para lo que soy, pero es mucho más importante que eso. Así que no le quites importancia.

—No lo estoy haciendo.

—No la escojas. —Se acercó a mí, vibrando de rabia—. No voy a dejar que la escojas.

—No tienes ni idea de lo difícil que es esto…

—No voy a dejar que le des la espalda a esto. No voy a dejar que le des la espalda a lo que somos. Si crees que voy a dejar que te marches y te cases con otro hombre, estás muy equivocada. —Se giró y volcó la mesita del café, rompiendo la cubierta de cristal. Recogió su chaqueta de camino a la puerta y salió furioso, cerrando con un portazo que resonó por todo el apartamento.

Estuve bastante segura de que los vecinos lo habían oído.

TRECE

—Estamos cerrando tío. —Pasó la tarjeta para pagar por mis bebidas y me la devolvió.

—¿No es un poco temprano para cerrar? —Llevaba unas horas sentado en la barra; no debía de ser ni medianoche.

—Son las cinco.

—¿De la tarde? —pregunté incrédulo.

—Son las cinco de la mañana, idiota —me espetó el camarero—. ¿Cuánto has bebido?

Me encogí de hombros y me acabé mi vaso para que no me lo quitase.

—¿Necesitas que te pida un taxi?

—Iré andando. —Recogí mi tarjeta de crédito y me puse en pie sin demasiado equilibrio; me sentía mareado. Manoseé la puerta y conseguí llegar a la acera, y al segundo siguiente cerraron con llave a mis espaldas. Vi cómo la gente marchaba rumbo al trabajo a mi alrededor. Había muchos corredores que se ejercitaban antes de empezar el día.

Estaba tan borracho que me deslicé hasta el suelo y me apoyé contra la pared. Parecía un pordiosero con una chaqueta cara. La gente no me prestó atención al pasar de largo; me ignoraron como un cualquiera más.

Mi teléfono empezó a sonar, así que lo saqué y miré la pantalla. Tenía la vista borrosa y no conseguí distinguir nada; podría haber sido el nombre de Taylor, pero no estaba seguro. Respondí de todos modos.

—¿Qué pasa, perro?

La voz preocupada de Taylor sonó al otro lado de la línea.

—¿Volt?

—Guau guau.

—¿Estás bien?

—Mu… —Me reí, por alguna extraña razón.

—Estás borracho, ¿verdad?

—¿Por qué te iba a importar, muchacha?

Suspiró contra el teléfono.

—¿Dónde estás?

—No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros.

—Vuelve a casa ya. Estoy preocupada.

—Pero no demasiado preocupada, ¿verdad? —espeté—. Puesto que estás dispuesta a escoger a esa estúpida zorra antes que a mí.

—Volt, deja de llamarla así.

—La llamaré cómo me dé la gana. —Clic. Le colgué. Estaba jugando con fuego y lo sabía, pero estaba demasiado borracho como

para que me importase.

Un momento más tarde, mi teléfono volvió a sonar y supe que era Taylor. Quería soltarme un sermón sobre mi mal comportamiento.

—Mira, tú tienes tu opinión y yo tengo la mía. Es una zorra, y tengo todo el derecho a decirlo.

—Tío, soy Derek. —Su voz sonaba rasposa, como si acabara de salir de la cama.

—Ah, hola. —Era la última persona a la que me esperaba—. ¿Por qué me estás llamando?

—Taylor me ha dicho que te estás comportando como un capullo.

—¿Qué? —chillé—. ¿Que yo soy el que está siendo un capullo? —Cómo se atrevía. Era esa idiota de Sara quien era realmente culpable.

—¿Dónde estás? —me preguntó—. Me pasaré a recogerte.

—Estoy bien. Vuelve a meterte en la cama.

—Voy a ir a por ti tanto si te gusta como si no. Ahora dime dónde estás.

—Ni siquiera lo sé…

—Mira a tu alrededor, idiota.

Me giré hacia el bar en el que acababa de estar.

—Tito's… Creo que dice Tito's.

—¿Has ido allí porque fue donde pillaste a Sara poniéndote los cuernos?

¿Cómo podía acordarse de aquello?

—No lo sé. Sinceramente, no recuerdo cómo he llegado.

—Voy a buscarte, espérame ahí.

—Seré el pordiosero durmiendo contra la pared.

—Sí, ya te encontraré. Serás el único idiota borracho a las cinco de la mañana.

DEREK ME ACOMPAÑÓ hasta el interior del apartamento, manteniéndome en pie con un brazo que mantenía sobre sus hombros. Era él quien cargaba con mi peso, mis piernas se habían convertido en gelatina. Había bebido más aquella noche de lo que lo había hecho en toda mi vida.

Iba a vomitar.

—Gracias a Dios. —Taylor lo ayudó a llevarme hasta el sofá—. Muchísimas gracias, Derek.

—No hay problema. —Me soltó sobre el sofá y estiró la espalda—. Este cabrón pesa una tonelada.

Quise enseñarle el dedo medio, pero en lugar de eso extendí el dedo índice.

—Idiota —susurró Derek en voz baja.

—Gracias por traerlo a casa —dijo Taylor—. No quería decirme dónde estaba.

—Una mala pelea, ¿eh? —preguntó.

—Está rompiendo conmigo —solté—. Está rompiendo conmigo, joder. —Me tumbé boca arriba y miré fijamente el techo, sintiendo cómo se me cerraban los ojos.

—Eh… —Derek miró a Taylor, asumiendo que aquello no era posible.

—Hablaremos de eso más tarde —le susurró Taylor—. Es complicado.

—En realidad no —intervine—. Su mejor amiga es Sara. La misma Sara con la que salí. Ya está, es así de simple.

Derek abrió los ojos de par en par.

—Guau… menuda coincidencia.

—Ahora quiere escogerla a ella antes que a mí. —Crucé los brazos contra el pecho—. Prefiere seguir con su mejor amiga y decirme a mí adiós. Qué jodido, ¿eh?

Derek volvió a quedarse mirándola.

—Eso no es cierto —explicó Taylor—. Simplemente es complicado.

—Si eso es lo que quieres oír. —Estaba siendo un capullo, pero me daba igual. Podía echarle la culpa al alcohol.

—Voy a irme ya… —Derek se acercó a la puerta—. Avísame si necesita cualquier otra cosa.

—Yo me ocupo a partir de aquí —dijo Taylor—. Gracias por salir de la cama por esto.

—No pasa nada. Me vuelvo a dormir. —Salió por la puerta—. Adiós, Volt. —Cerró sin esperar a que respondiera.

Cerré los ojos, incapaz de seguir despierto. Mi mente estaba en una nube de confusión.

Taylor me quitó los zapatos y los calcetines y después me quitó la chaqueta. Lo siguiente fue librarme de los pantalones, bajando la cremallera y arrastrando la tela por mis caderas.

—No pienso hacértelo esta noche.

—Cállate, Volt. —Consiguió quitarme los pantalones y pasó a la camisa. En cuanto sólo me quedaron los bóxers, me cubrió con una manta. Fue a buscar dos analgésicos, como en los viejos tiempos, y los dejó sobre la mesa, junto a un vaso de agua—. Tengo que prepararme para ir a trabajar.

—Bien. Y no vuelvas. —El odio emergía de mi boca, pero era incapaz de parar. Estaba tan enfadado. Por fin tenía lo que quería, y

me lo estaban arrebatando—. Coge toda tu mierda y vete. Ya no te deseo. —No conseguía contenerme. Simplemente seguía adelante.

Taylor ocultó la expresión de dolor de su rostro y se marchó por el pasillo. Oí el agua de la ducha según se preparaba para irse a trabajar.

En lugar de caer dormido, sólo me quedé allí tumbado. Me odiaba a mí mismo por todo lo que había dicho. Me odiaba por haberme marchado la noche anterior. Mi pena se había adueñado de mí y había dejado de lado cualquier atisbo de raciocinio.

Taylor fue hacia el vestíbulo treinta minutos más tarde, lista para irse a trabajar. Llevaba su habitual bolso gigantesco lleno de libros y libretas. No se molestó en despediré de mí, ni siquiera me miró.

Si no decía algo, lo lamentaría para siempre.

—¿Pequeña?

Sus pasos se detuvieron en la entrada. No podía verla, pero sí oírla.

—Lo siento. No quería decir nada de eso. Te quiero, y no quiero que te marches. Ni ahora ni nunca.

Taylor no se movió. Sus pies siguieron clavados en el suelo. Quizás se marchara sin más, harta de mis tonterías. Quizás no había vuelta atrás. Quizás fuera demasiado tarde para disculparse.

Pero entonces oí el sonido de sus pasos dirigiéndose hacia mí, taconeando sobre el suelo de madera. Llegó a mi lado y se sentó en el borde del sofá, con el cabello peinado en unos bonitos rizos y un maquillaje natural.

Alcé la vista hacia ella, esperando que todavía me amase.

Taylor me puso la mano en la mejilla y me la acarició suavemente. Después se inclinó y me besó.

En aquel momento pareció que todo iba a ir bien. Todavía me quería. Todavía me deseaba. Al final del día, volvería a casa, a mi lado. Lo superaríamos.

—Duerme un poco.

—De acuerdo. Te quiero.

—Yo también te quiero.

ACABABA de salir de la ducha cuando Taylor volvió a casa. Mi ropa olía a alcohol y a suciedad, y ni siquiera una sesión de lavado en seco podría salvar mi chaqueta deportiva. Estaba completamente arruinada.

Tendría que comprarme otra.

—Hola. —La saludé en el vestíbulo, agradecido de que hubiera vuelto a casa, de que hubiera vuelto a mí, tras la manera en que me había comportado la noche anterior. En cuanto había sido capaz de volver a pensar me había dado cuenta de que la única razón tras mi comportamiento era que había tenido miedo.

Miedo de perderla.

—Hola. —Dejó sus cosas y me dio un beso suave.

—Perdón por lo de anoche… y por lo de esta mañana.

—No pasa nada, Volt. Sé que no decías nada de eso en serio.

Bueno, sí que había dicho en serio lo de que Sara era una zorra.

—Me dejé llevar por todo. Ya te he perdido una vez, y no puedo volver a hacerlo. Sólo estaba asustado, aunque eso no es excusa.

—Es un momento muy estresante para los dos. Sé lo que sientes.

Y habíamos vuelto al punto de partida. El problema seguía irguiéndose sobre nosotros como una nube de tormenta, cerniéndose hasta que acabase empapándonos. La ansiedad volvió con toda su fuerza a mis venas, dándome náuseas.

—Sólo dime que lo arreglaremos. Dime que somos tú y yo; no puedo seguir lidiando con esto a menos que tenga esa confianza.

Pero en lugar dármela, Taylor sólo se quedó mirándome.

—Pequeña…

—Sinceramente, no sé lo que va a pasar. No puedo ignorar todo esto y esperar que desaparezca. No puedo hacer ver que no es un problema serio, porque lo es. No tengo una respuesta que darte.

Me estaba rompiendo el corazón.

—¿De verdad estás considerando ponerle punto final a nuestra relación? —Me dolí decirlo en voz alta. En realidad, me mataba por dentro.

—Lo estoy considerando todo.

Me dieron ganas de romper la mesita del café, de la que ya había destrozado el cristal. Quería demoler el apartamento al completo. Quería chillar hasta hacer estallar hasta la última de las ventanas.

—¿Cómo puedes pensarlo siquiera?

—Tú escúchame.

No me veía capaz de escuchar su locura.

—Sara ha sido mi mejor amiga toda mi vida…

—Eso ya me lo has dicho.

—Escúchame —espetó—. No me imagino mi vida sin ella. Hemos pasado por muchas cosas juntas. Cuando sea anciana y tenga el pelo gris, Sara seguirá siendo mi amiga. Seguirá allí para mí. Será la madrina de mis hijos. Sé que no te gusta y no puedes comprender lo importante que es para mí, pero Sara significa el mundo para mí.

La boca se me llenó de cosas llenas de odio, pero conseguí contenerlas.

—Y después estás tú…

—¿Qué pasa conmigo?

—Eres mi mejor amigo. Lo eres todo para mí. Eres el amor de mi vida. Cuando pienso en mi futuro, tú eres siempre el hombre al que veo. Incluso antes de que llegáramos a ir en serio, eras tú a quien veía al final de mi camino. Eres el padre de mis hijos. Eres el hombre junto al que quiero envejecer. —Sus ojos estaban anegados de tristeza—. ¿Es que no lo ves?

—¿Ver el qué? —susurré.

—Lo importante que sois los dos para mí. Los dos estáis al mismo nivel. ¿Cómo se supone que voy a elegir cuando os quiero tanto a ambos? —Se sorbió la nariz y se secó rápidamente las lágrimas, intentando ocultar la tristeza abrumadora que la invadía—. ¿Qué se supone que debo hacer, Volt? Si tienes algún consejo objetivo, me encantaría oírlo.

—No lo tengo. Sólo quiero que me escojas a mí. —Taylor era esencial para mi felicidad. Sin ella, yo no era nada. Creía que había llegado al final del camino con ella, creía que le había dicho adiós a una vida de amargura y soledad.

—Lo sé. Tengo que pensar en ello. Necesito algo de tiempo.

—De acuerdo. —No podía hacer que se inclinase hacia ninguna dirección. Ya lo había intentado, y había fallado.

—Voy a volver a mi apartamento.

¿Qué?

—¿Por qué?

—Necesito estar sola durante un tiempo. No puedo pensar con claridad cuando estoy contigo todo el tiempo.

Detestaba aquello. Lo odiaba. No le di mi bendición a su decisión, porque no la tenía; en lugar de eso guardé silencio.

—Sólo necesito unos días.

Una simple noche ya era demasiado tiempo.

—Voy a por mis cosas… —Me rodeó, con cuidado de no rozarme siquiera el brazo.

Escuché cómo se marchaba, resistiendo el impulso de sujetarla y obligarla a quedarse. Tuve que reunir toda mi fuerza para no pelear con ella. Tuve que reunirla para quedarme allí de pie sin hacer nada.

Tuve que recurrir a todo lo que tenía.

CATORCE

Estar en mi apartamento me resultaba extrañamente solitario.

Solía ser mi hogar, mi refugio, pero ahora, cuando pensaba en el hogar, lo que me venía a la mente era la casa de Volt. Echaba de menos su cama tamaño *king* en la que dormía todas las noches. Echaba de menos el olor de su loción de afeitado en el baño. Echaba de menos el sonido del whisky llenando un vaso.

Mi apartamento era demasiado silencioso.

Y ahora también era demasiado pequeño, a pesar de que sólo estaba yo. Mis cajas estabas dispersas por todas partes, y me pasaba la mayor parte del tiempo bebiendo vino en el sofá. Miraba fijamente a las horribles vistas del edificio contiguo que me ofrecía mi ventana mientras intentaba encontrar una solución a mi problema.

Cada vez que elegía a uno de los dos, al final me veía incapaz de seguir adelante con esa decisión. Pasaba a la otra persona y me daba justificaciones que respaldasen esa decisión, pero no dejaba de saltar de uno al otro, sin quedarme al final con ninguno de los dos.

Creía que podía vivir feliz sin Sara. Si era feliz con Volt, que era la persona con quien más tiempo pasaba de todas formas, ¿de verdad me hacía ella falta en mi vida? ¿Sería capaz de seguir adelante sin una mejor amiga con la que hablar? Pero entonces me imaginaba mi boda y lo raro que se me haría si ella no estaba de pie a mi lado. Me imaginaba dando a luz a mis hijos y lo extraño que sería no tenerla a ella en la habitación, acompañándome. ¿De verdad podía vivir un futuro como aquel?

Pero después me imaginaba mi vida sin Volt. Sara estaría ahí, a mi lado, pasase lo que pasase, y sería mi dama de honor en mi boda. ¿Pero con quién me casaría? ¿Estaría enamorada de esa persona? ¿O simplemente me conformaría porque jamás podría superar a Volt? Cuando pensaba en mis hijos me los imaginaba con sus ojos y con su buen corazón. ¿Cómo iba a ocurrir si rompía con él?

No había respuesta correcta.

No importaba a quién escogiera, yo saldría perdiendo.

Lo lamentaría decidiese lo que decidiese.

Sara me envió un mensaje poco después de que me acabase la botella de vino.

No sé nada de ti desde hace días. ¿Estás bien?

No le respondí, sólo me quedé mirando su mensaje.

Sé que me has leído. Te llamaré dentro de cinco minutos, así que estate preparada.

¿Cómo sabía cosas como aquella?

Y en aquel preciso instante, me llamó.

—Hola.

—Hola. —No sabía qué más decirle. Todavía no había tomado una decisión, así que no había nada de lo que hablar.

—Suenas triste.

—Bueno, estoy bastante deprimida, así que tiene sentido. —Me llevé la copa a los labios y tomé un buen trago.

—¿Has roto con Volt?

Quise mentirle para hacerla feliz, pero no podía.

—No…

—¿Cuándo lo harás?

—Nunca he dicho que fuera a hacerlo.

—No fue lo que pareció en el restaurante. Las dos estuvimos de acuerdo en que no había otra salida.

No quería perderlo. Era el hombre perfecto.

—Sara, ¿no puedes por favor hacer un esfuerzo para que funcione? Si hubiésemos empezado a salir juntos nada más, dejaría de verme con él, pero ya estoy enamorada. Y no es un amor aburrido, es de esos en los que quiero que me dé un anillo con un pedrusco enorme.

—No me conviertas en la mala de la película, Tay. Yo también estaba enamorada de él, yo también quería casarme con él. Ya sabes cómo me quedé cuando rompió conmigo. Es imposible que te hayas olvidado de eso ya.

—No me he olvidado…

—Lo que tuve con él no fue un rollo sin ataduras. Lo amaba. Él me amaba. ¿De verdad esperas que lo supere? ¿Que os dé mi bendición? Ninguna mujer sería capaz de hacer algo así.

—Y ninguna mujer podría tomar una decisión como ésta.

—Mira, si quieres estar con él, puedo entenderlo. Es bastante genial, y no te guardaría rencor. Pero está claro que yo tendría que desaparecer de tu vida.

Mi corazón se encogió por la tristeza.

—No puedo veros juntos. No puedo estar a tu lado durante tu gran día y hacer ver que me alegro por ti. Sencillamente no puedo. —Su tristeza se filtró por el teléfono—. Ojalá pudiera, de verdad, pero no puedo. Lo siento.

—No pasa nada, lo comprendo.

—Pero no creo que puedas ser feliz de verdad con él sin mí. Toda mujer necesita a su mejor amiga. ¿Con quién irías de compras? ¿Con quién saldrías por ahí? Cuando él no esté, ¿con quién pasarás el rato? Nuestros padres tampoco podrían volver a hacer nada juntos. Y francamente, me dolería que escogieras a un hombre antes que a mí. Llevamos siendo amigas desde siempre, y a él lo conoces desde hará un año.

—Puede que sea poco tiempo, pero lo que tenemos es muy real.

—Lo sé —susurró—. Pero… siempre he pensado que yo estaba en un nivel distinto. ¿Estás dispuesta a tirar nuestra amistad a la basura por él?

—Yo… no lo sé. —Aquello era terriblemente difícil.

—Ya sabes qué decisión deberías tomar. Sólo que es difícil; lo comprendo.

—¿Y qué decisión es ésa?

Sara suspiró al otro lado del teléfono.

—Tienes que romper con él.

PASÓ una semana antes de que por fin fuera a su apartamento. Me sorprendía que no me hubiera llamado en todo aquel tiempo; quizás temiera la conversación que se avecinaba.

Quizás Volt ya sabía la decisión que había tomado.

No usé mi llave para entrar. En lugar de eso llamé a la puerta; no quería asustarlo irrumpiendo de improviso. Por lo que a mí concernía, yo ya no vivía allí. El peso de la realidad cayó sobre mis hombros, y de repente no estuve tan segura de que pudiera seguir adelante.

Debería marcharme.

Volt abrió la puerta y me dejó pasar. No me saludó con un beso ni con un abrazo afectuoso, casi ni me miró.

El apartamento estaba oscuro, como de costumbre. Rara vez encendíamos las luces, y la única claridad provenía de la televisión que había al fondo. El aparato estaba en silencio, pero las imágenes bailaban sobre la pared.

Una botella de whisky descansaba sobre la nueva mesita del café, junto con un cuenco con hielo. Volt había estado bebiendo, sumido en el silencio, haciendo lo que mejor se le daba cuando estaba deprimido. Iba vestido con tejanos y una camiseta, y su cuerpo endurecido tenía buen aspecto bajo aquella ropa.

No dije una palabra. No estaba lista.

Volt no me miró. En lugar de eso se cruzó de brazos y miró hacia la cocina.

—Esto no está pasando.

Lo miré fijamente a la cara y esperé una explicación.

—No soy estúpido. No habrías llamado a la puerta a menos que ya hubieras decidido que no vives aquí. Y si no vives aquí, eso significa que vives en otro lugar.

Me había quitado las palabras de la boca, pero aquello no lo hacía

menos doloroso. Me había sacado la verdad a través de mi silencio sin hacerme ni una sola pregunta. Quise decir algo para que fuera más sencillo, pero no había nada que pudiera decir.

—La has elegido a ella. —Su voz se volvió fría, maníaca.

—Volt… No tenía otra opción.

—Pero sí que la tenías —soltó—. ¿De verdad vas a tirarnos por la borda sólo porque solía salir con tu amiga? ¿Cómo va a ser eso lo correcto? Si te hace elegir así, entonces no es una amiga de verdad.

—Pero tiene razón. Esto nunca funcionaría.

—¿Así que seguirás con tu vida con otro tío? —siseó—. ¿Vas a pasar toda tu existencia con otra persona? ¿Cómo tiene eso sentido?

—No lo tiene. —Se me saltaron las lágrimas al instante, desbordándose y bajándome por las mejillas. No pude contenerlas; estaba sufriendo demasiado como para hacerlo. Pero sabía que aquella conversación se avecinaba, me había preparado para ella. Me había anestesiado. Pero ahora que al fin estaba teniendo lugar, no podía mantener mis sentimientos a raya. Me abrumaron y se adueñaron de mi cuerpo.

—Taylor, te estás equivocando. Esto es una traición a todo lo que tenemos.

—Lo sé… pero no sé qué otra cosa hacer.

—Olvídate de ella.

—No puedo, Volt. Es mi mejor amiga. No puedo darle la espalda a alguien a quien conozco de toda la vida.

Dio un paso atrás, pasándose la mano por el pelo para no darle un puñetazo a algo.

—Esto es increíble.

—Si te ayuda de algo, también es muy duro para mí. Detesto tener que hacer esto.

—No, no me ayuda una mierda —me espetó—. ¿Cómo puedes elegirla a ella antes que a mí cuando me puso los cuernos? ¿Cómo va a ser eso justo? Me traicionó. Me abandonó. Me hizo a un lado como si no fuera más que basura. No, no tiene derecho a tratarme como una mierda y después arrebatarme a la mujer a la que amo. Esto no va a ir así.

Lo miré fijamente a través de las lágrimas, escuchando cómo se desbocaba.

—¿Fue Sara la que te puso los cuernos?

—Sí —respondió con brusquedad—. Ya te lo dije.

Por alguna razón no había visto la conexión.

—¿Y cómo va a ser eso justo? —Dejó caer los brazos—. Ya me mató por dentro una vez, y ahora está volviendo a hacerlo. Esa mujer es un monstruo.

El hecho de que Sara le hubiera sido infiel a Volt sí que marcaba

una diferencia. Volt la había dejado por una razón; si Sara no lo hubiera jodido, puede que hubieran acabado casándose. Pero Sara lo había despreciado, y aquello era sólo culpa suya.

—Hablaré con ella.

—No.

—¿No, qué?

—No le digas por qué la dejé de verdad. No quiero que pueda cerrar nunca ese episodio de su vida. Quiero que siempre se pregunte qué pasó entre nosotros. Si se lo dices, mi venganza quedará arruinada.

—¿Pero qué es más importante? —le pregunté—. ¿La venganza o que lo nuestro funcione?

Me miró fijamente, en silencio, antes de soltar un profundo suspiro.

—¿Volt?

—De acuerdo —se rindió—. Háblalo con ella.

—Lo haré. —Lo miré y sentí la distancia que había entre nosotros. No habíamos roto oficialmente, pero sentía como si ya lo hubiéramos hecho. Incluso si Sara reconocía lo que había hecho, ¿qué diferencia marcaría eso? Pero tenía que intentarlo de todos modos—. Iré a hablar con ella ahora mismo.

—Bien. —Volt se cruzó de brazos y se apoyó contra la mesa. Giró la cabeza en la otra dirección, sin querer mirarme mientras me iba.

Puede que aquello sólo hiciera las cosas más difíciles al final, pero me acerqué y le planté un beso en los labios. Sentí cómo su suave boca se movía ligeramente contra la mía; su cabezonería hacía que no quisiera besarme, pero no podía contenerse. Respiró contra mí, haciendo patentes todo su deseo y su desesperación.

Me aparté antes de que el momento se convirtiera en algo más, poniéndole fin antes de que Volt me lanzase sobre la mesa y me hiciese suya allí mismo. Si dejaba que ocurriese, volvería a estar perdida de nuevo.

—¿DE qué querías hablar? —Sara me abrió la puerta y después se dejó caer sobre el sofá. Tenía una copa de vino y una botella medio vacía sobre la mesita del café.

Me senté en el otro sofá, sin saber muy bien cómo sacar un tema tan incómodo.

—¿Has roto ya con él?

Era la segunda vez que me lo preguntaba; estaba ansiosa por que

lo hiciera. Estaba claro que no comprendía lo difícil que era.

—Hay algo de lo que quiero hablar contigo. Es sobre Volt.

Sara tomó su copa de vino y puso los ojos en blanco.

—Chica, sé que esto es difícil para ti, pero nunca conseguiremos que funcione entre él y yo. Es así de sencillo.

—Lo comprendo, Sara. Pero Volt me dijo algo anoche que cambia la situación.

—¿El qué? —Dejó la copa, intrigada.

—Me dijo que le fuiste infiel. —Observé su expresión, esperando ver vergüenza y arrepentimiento.

—¿Qué? —chilló Sara—. Yo no hice tal cosa.

—Pero ha dicho…

—Taylor, está diciendo todo lo que se ocurre para que te quedes con él. Nunca jamás le fui infiel. ¿Por qué iba a hacer algo así cuando estaba enamorada de él? Te juro por todo lo que quiero en este mundo que nunca lo traicioné. Lo juro incluso por nuestra amistad.

Sus palabras se repitieron en mi mente, y la emoción con la que lo había dicho hizo que la creyese. Incluso lo había jurado por nuestra amistad. Quizás lo que Volt creyó ver fue un error. Quizás no fue más que un malentendido.

—¿Por qué iba a ponerle los cuernos a un hombre tan perfecto? Ya viste lo destrozada que me quedé cuando rompió conmigo. Y un año después todavía seguía igual de destrozada.

—Sí… Tienes razón.

—Sé que estás intentando encontrar una salida alternativa a todo esto, pero no la hay. Lo siento.

Yo también lo sentía.

QUINCE

Cuando Taylor volvió a mi apartamento, esperaba que lo hiciera con buenas noticias. El hecho de que Sara me hubiese puesto los cuernos marcaba toda la diferencia del mundo. No podía tenerlo todo, no podía tratarme como una mierda y después arrebatarme la felicidad dos años más tarde.

—¿Qué ha pasado?

En lugar de feliz, Taylor parecía tan deprimida como antes.

—Lo ha negado.

—¿Qué? —Las sienes empezaron a pulsarme con ferocidad. Se me tensaron los músculos como si estuviera a punto de entrar en una de aquellas peleas que se celebraban dentro de jaulas. Mi nevera estaba a punto de ser derribada y rota en pedazos.

—Ha jurado por nuestra amistad que nunca hizo algo así, y la creo. Quiero decir, nunca me mentiría sobre algo así.

—Pero sí que te ha mentido —espeté—. La vi.

—Quizás lo que creíste ver no fue realmente lo que pasó.

Apreté los puños para no perder los estribos. No quería volverme loco, no con Taylor tan cerca de mí, o acabaría interponiéndose y saldría herida. Intenté controlar mi cuerpo para que no descargase ningún golpe, pero me hizo falta toda mi fuerza para lograrlo.

—Sé lo que vi, joder.

—Volt…

—No, ahora me escuchas tú. No soy idiota, sé el aspecto que tiene una zorra infiel. ¿Cómo te atreves a ponerte de su lado y no del mío?

—No me estoy poniendo de su lado, sólo creo que deberías haberle hecho frente cuando ocurrió. Quizás sí que había una explicación mucho más simple. Pero como nunca dijiste nada, ahora nunca lo sabrás.

—En ese caso supongo que retrocederé en el tiempo y haré justo eso.

Taylor no tenía paciencia para mi sarcasmo en aquel momento.

—No sé lo que pasó hace dos años, pero Sara nunca me mentiría.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

—Porque no lo haría. Nunca nos hemos mentido.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizás está mintiendo sólo para conseguir que rompas conmigo?

—¿Qué sacaría ella de algo así?

—Venganza.

—¿Qué? —No me estaba siguiendo.

—Probablemente esté cabreada por la manera en que rompí con ella, y ahora soy rico, estoy incluso más bueno y te trato como a una

reina. Está celosa, Taylor. Simple y llanamente. —Tenía todo el sentido del mundo. Nunca había comprendido por qué rompí con ella, y ahora que le estaba dando a otra persona todo lo que ella siempre había deseado, estaba furiosa.

—Pero… ella no es así de vengativa.

—Baja ya de las nubes. —Chasqueé los dedos delante de su cara—. Sé que siempre ves el lado bueno de la gente, pero presta atención también al lado malo de vez en cuando. Esa mujer me puso los cuernos, y te aseguro que no tiene ningún problema con mentirte. ¿Por qué no me crees?

—Nunca he dicho que no te crea, pero me resulta difícil tener una opinión al respecto cuando yo no estaba presente. Sara me ha mirado a los ojos y me ha dicho que no te fue infiel. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Llamarla mentirosa?

—Sí —respondí con brusquedad—. Eso es exactamente lo que deberías hacer.

Taylor retrocedió un paso, necesitando un respiro de nuestra pelea.

—Volt, no ha cambiado nada. Todo sigue siendo un desastre.

Mi enfado murió al instante, sustituido por el asco.

—No puedes hablar en serio.

—Seguirá sin funcionar.

—¿Me estás diciendo que eliges a una mentirosa antes que a mí? —Aquello no podía estar pasando. No podía ser verdad. Sara me había roto el corazón dos años atrás, me había pasado la vida acostándome con todo lo que se movía con el único objetivo de superar lo que había pasado. Cuando Taylor llegó a mi vida, consiguió curarme, ¿y ahora Sara también me estaba arrebatando eso? Aquella mujer era una puta plaga; mataba todo lo bueno que había en el mundo y lo convertía en un montón de cenizas.

La detestaba.

—No me ha mentido, Volt.

—Bueno, yo tampoco te he mentido.

—No estoy diciendo que lo hayas hecho —susurró—. Pero puede que lo que vieses no fuera lo que tú creías.

—Es bastante complicado ver a tu novia liándose con un tío y después darte cuenta de que te has equivocado y sólo estaban chocando los cinco. —¿Es que Taylor creía que era idiota?

—Lo siento. —Fue hacia la puerta, alejándose de mí.

—¿Eso es todo? ¿Así es cómo termina? —No podía creerlo. Hacía sólo unas semanas habíamos estado perfectamente. Taylor iba a mudarse conmigo. Iba a casarme con ella, joder. Y ahora me estaba abandonando.

—Por favor, no lo hagas más difícil…

Me resultaba imposible hacerlo más difícil; ahora mismo ya era mortífero. Mi alma había quedado reducida a astillas y nada en mi cuerpo funcionaba como debía. No me quedaba esperanza para nada. Lo único que me quedaba era la botella.

Taylor no me miró al salir, incapaz de despedirse de verdad. Cerró la puerta mientras me daba la espalda, y oí el chasquido del pomo al cerrarse seguido de sus pisadas un momento después, alejándose por el pasillo.

Me quedé allí de pie en lugar de ir tras ella. Escuché cómo salía de mi vida, llevándose con ella toda mi felicidad. Mi vida había quedado arruinada, estaba condenado para siempre. Nunca encontraría la felicidad, aquél no era mi destino.

Siempre estaría solo.

TRAS UNA NOCHE ETERNA BEBIENDO, supe que no podía rendirme. Mi vida sería una historia amarga y triste a menos que hiciera algo para arreglarla, y haría todo lo que fuera necesario. Era un buen hombre, y me merecía a la mujer a la que amaba.

Nadie iba a arrebatármela.

No estaba seguro de si Sara seguía viviendo en el mismo apartamento, pero tenía que probarlo. Si no, tendría que investigar un poco hasta descubrir a dónde exactamente se había mudado. Pero por suerte, encontré el lugar correcto.

Sara me abrió la puerta con una expresión de frialdad. Se encogió ligeramente al verme, temerosa de mi presencia.

Detestaba mirarla. Detestaba aquellos estúpidos ojos verdes y el cabello rubio. Odiaba el hecho de que le hubiese pedido que saliera conmigo, para empezar. Debería haber seguido con mi vida y haber encontrado a una buena chica en otro lugar, pero en lugar de eso había acabado acostándome con el diablo.

—¿Tienes un momento? —Tenía los dientes apretados con fuerza, y hablaba como un monstruo. Incluso a mí me asustaba un poco.

—Eh…

Me abrí paso sin que me invitase y me senté en su sofá. Su apartamento seguía exactamente como lo recordaba. Habíamos tenido sexo unas cuantas veces en aquel mismo sofá. Y en el suelo. Y sobre la mesita del café.

Era repulsivo.

Sara me siguió lentamente hasta la sala de estar y se sentó en el otro sofá. Me miró fijamente, sorprendida, incapaz de creer que

estuviera realmente allí, en su salón. Mantuvo las piernas apretadas con fuerza y las manos sobre el regazo.

—¿En qué puedo ayudarte?

Miré fijamente la televisión para evitar mirarla. Odiaba su cara. No era el pasado lo que me molestaba, no se trataba del hecho de que me hubiera puesto los cuernos. Ya lo había superado. Se trataba del hecho de que estaba arruinando lo mejor que me había pasado nunca.

—Te vi con Leo en el Tito's. Te estabas liando con él contra la barra. Me quedé mirando unos dos minutos antes de marcharme.

Sara me mantuvo la mirada, palideciendo poco a poco hasta quedar translúcida. Tenía el mismo color que la nieve, y era igual de fría. Sus ojos verdes se apagaron al verse acorralada, y a pesar de lo mucho que intentaba esconder su miedo, no podía.

—Estaba demasiado herido para plantarte cara. Acababa de salir de la joyería después de comprarte un puto anillo de compromiso, y nada más hacerlo te vi liándote con tu ex. Estaba tan pasmado que no sabía qué hacer. Así que me marché.

Se le aceleró la respiración, su pecho subía y bajaba con cada jadeo. Un millar de pensamientos giraban tras sus ojos. No pudo esconder el pánico que la recorrió, se deterioraba segundo a segundo.

—Nunca te lo dije porque quería que sufrieras. Quería que te preguntases por qué me había ido. Quería que te volvieras paranoica, que te preocupases por si me había enterado de lo estabas haciendo cuando afirmabas estar trabajando. Quería que mi ausencia te carcomiera, y creo que lo conseguí.

Por fin apartó la vista, incapaz de seguir aguantando mi mirada.

—Así que deja de mentir a Taylor y dile la verdad.

No hubo reacción. Siguió mirando hacia otro lado.

—Díselo.

—No voy a decirle nada…

La piel se me puso de gallina por la inquietud. La amenaza pendía en el aire.

—¿Perdona?

—Ya le he dicho que no te fui infiel. —Su voz sonó débil a pesar de su desafío. Me recordaba a una niña asustada del castigo.

—Entonces rectifica.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque… No puedo soportar que estéis juntos. Pondrá mi amistad con Taylor en peligro, y no quiero verte la cara todo el tiempo.

—Pues es una pena. Quizás no deberías haberme puesto los cuernos.

Sara se giró de nuevo hacia mí con fuego en los ojos.

—¿Cómo crees que llevo sintiéndome estos dos últimos años? No dejaba de repasar nuestra relación mentalmente, intentado averiguar qué fue exactamente lo que fue mal. Me preguntaba si sería algo que hice o dije. Me preguntaba si te había apartado de mí de algún modo. Fue una tortura.

—Bien. —No me carcomía en lo más mínimo.

—Lo que me hiciste a mí es mucho peor que lo que yo te hice a ti.

—¿Ah, de verdad? —solté—. Porque lo que me hiciste me costó diez mil dólares.

Sara arqueó una ceja.

—El anillo. No lo pude devolver, así que se lo di a un vagabundo. Y malgastaste un año de mi vida. Me quedé tan jodido después de lo que me hiciste que me perdí. Viví mi vida desde dentro de una botella y contando las mujeres que pasaban por mi cama. Y entonces llegó Taylor y cambió mi vida por completo. Me curó. No tienes derecho a romperme el corazón una vez y después volver a hacerlo arrebatándomela.

Sara guardó silencio.

—Soy un buen hombre, así que voy a hacerte una oferta. Si de verdad no quieres que Taylor sepa que has mentido, dile que aceptas que estemos juntos, que quieres que tu mejor amiga sea feliz. Ya sabes, como deberían hacer todos los amigos. No le diré de lo que hemos hablado, y los dos podremos olvidarlo todo.

Volvió a apartar la mirada.

—No.

—¿No? —siseé.

—Me arruinaste dos años. No pienso ayudarte.

Aquella zorra era muy atrevida.

—Se lo dijiste a Leo, ¿verdad? —susurró—. Porque me dejó aquel mismo día.

Me sorprendió que hubiese juntado las piezas del rompecabezas.

—Sí, se lo dije. —Fui a verlo al día siguiente, después de pillarlos juntos. En lugar de darle un puñetazo en la cara como debería haber hecho, le informé de que Sara nos la estaba jugando a los dos. Leo no sabía que yo existía, y estaba igual de cabreado de que lo hubiesen engañado. Nos pusimos de acuerdo en no decirle a Sara lo que sabíamos; simplemente rompimos con ella—. Y no me siento culpable. Quizás deberías empezar a abrirte de piernas sólo para un tío a la vez.

No reaccionó a mi insulto, aun a pesar de que sabía que estaba furiosa.

—No voy a decirle nada a Taylor. La venganza es una putada, ¿verdad?

—Eres una psicópata, ¿lo sabías? —¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta de lo loca que estaba? ¿Cómo había podido

enamorarme de alguien así? —. Fuiste tú quien empezó todo esto al serme infiel. Tenía todo el derecho a hacer lo que hice.

—No, sólo estabas siendo rencoroso.

—¿Y qué estás haciendo tú ahora?

Se cruzó de brazos.

—En resumen, esto es lo que estás pasando: que estás haciendo daño a Taylor, la única persona inocente en todo esto. Me ama y quiere estar conmigo, ¿cómo puedes interponerte? ¿Cómo puedes hacer daño a alguien a quien afirmas querer?

—Me siento mal por hacerla sufrir, pero no debería estar saliendo contigo, y punto. Sigue siendo un conflicto de intereses.

—Pero eso es culpa tuya. Tú fuiste la que me apuñaló por la espalda.

—Eso no debería importar —susurró—. No voy a dejar que consigas lo que quieres, no después de lo que me hiciste.

No podía creer lo que estaba oyendo. Su necesidad de venganza era tan retorcida que resultaba una locura. Algún día acabaría entre rejas por asesinato, de eso estaba seguro. El hecho de que Taylor confiara tanto en ella era todavía más deprimente.

—Sara, voy a pedirle matrimonio. Ya tengo el anillo. Tan pronto como acabe de mudarse, me arrodillaré delante de ella. Y sé que me dirá que sí.

Su rostro se contorsionó en una máscara de rabia.

—No le robes el mejor día de su vida a tu mejor amiga. Es un error.

Se negó a mirarme.

—¿En serio? —pregunté, sobrecogido—. ¿Vas a seguir mintiéndole? ¿Qué pasará cuando le diga de lo que hemos hablado?

—Lo negaré. Y me creerá.

Guau.

—Estás enferma, ¿lo sabías?

—Puede —susurró—. Pero parece que vuelves a estar soltero.

DIECISÉIS

Ya estaba bien entrada la noche cuando llamaron a mi puerta.

La única persona que me visitaría a aquellas horas era Volt. Había conseguido dejar de llorar hacía una hora, y todavía tenía los ojos algo hinchados. Me refresqué la cara todo lo posible antes de abrir la puerta.

Volt entró con aire enfadado. Tenía los hombros tensos como si estuviera listo para una batalla, y los ojos más oscurecidos de lo que los había visto nunca.

—¿Va todo bien?

—He hablado con Sara.

Que acudiera a ella era lo último que esperaba que hiciera. Ni siquiera estaba segura de cómo sería una conversación entre los dos. Hasta aquel momento, ni siquiera los había visto dedicarse una sola palabra.

—Se lo he contado todo y lo ha admitido.

—¿Lo ha hecho? —pregunté sorprendida.

Volt asintió.

—Le he dicho que la vi con Leo. Le he dicho que después le conté a Leo que estaba jugando con los dos, y que por eso rompió con ella el mismo día en que lo hice yo. Y le he dicho que no te mintiera.

¿De verdad sería capaz Sara de mentirme? No podía creerlo.

—Pero se lo pregunté.

—No quiere que estés conmigo, y está dispuesta a mentir para conseguirlo. Está furiosa conmigo por haberle hecho daño. Está furiosa conmigo por haberla engañado tan bien.

—Pero… —Seguía sin poder hacerme a la idea—. Tengo que preguntárselo yo misma.

—¿Acaso mi palabra no es suficiente? —preguntó Volt—. Acabó de venir de allí. Te acabo de decir todo lo que ha pasado.

—Es mi mejor amiga, Volt. Quiero oírlo de sus propios labios.

Gruñó de pura frustración.

—Si vas allí, sólo conseguirás que te mienta. Eso es lo que estoy intentando decirte. ¿Por qué no te basta con mi palabra? Está jugando con los dos.

—Tu palabra sí que me basta —discutí—. Pero quiero hablarlo con ella yo misma. Le diré que me lo has contado todo. ¿Cómo va a escabullirse de algo así?

Volt negó con la cabeza, enfadado.

—Taylor, ¿por qué no me crees?

—Nunca he dicho que no te crea.

—¿Crees que me lo estoy inventando todo?

—Tampoco he dicho eso.

—Entonces acepta mi lado de la historia y acepta el hecho de que tu amiga es una psicópata mentirosa.

No podía aceptar aquella parte.

—Sólo déjame hablar con ella.

Se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Sólo te mentirá.

—Tengo que darle el beneficio de la duda.

—La única manera de que no te haya mentido es que yo me acabe de inventar toda la historia. ¿De verdad crees que haría algo así? Si de verdad crees eso, ¿por qué hemos estado juntos siquiera?

—Volt, eso no es lo que he dicho —le dije con tono brusco—. Cálmate.

—No voy a calmarme, joder. Llevo diciéndote la verdad desde el principio y tú no dejas de ponerte del lado de esa estúpida zorra…

—No la llames…

—La llamaré lo que me salga de las pelotas. —Dio un paso hacia mí, haciéndome retroceder de miedo—. Nunca comprenderé por qué confías tanto en ella. Es una puta mentirosa. Deberías creerme a mí. Soy tu mejor amigo. Jamás te he mentido.

—Ella tampoco me ha mentido nunca. Sólo deja que hable con ella. —Llevábamos siendo amigas desde siempre, y no me había mentido ni una vez en todo aquel tiempo. Aquella situación era complicada, y ni siquiera tenía sentido. La única manera de llegar al fondo del asunto era hablando con las dos partes—. No estoy diciendo que estés mintiendo, ni que ella esté mintiendo. Sólo deja que hable con todos los implicados para que pueda comprender qué ha pasado.

Se apartó de mí, a punto de perder los papeles. Necesitaba poner distancia entre nosotros para evitar que quedase atrapada en el fuego cruzado.

—Muy bien. Lo que tú digas. Habla con ella, pero no esperes que me quede aquí esperando tu veredicto. —Salió a zancadas de mi apartamento sin molestarse en cerrar la puerta. Oí sus pasos a medida que se alejaba, con su enfado levantando ecos de las paredes del pasillo.

Recogí mi bolso y las llaves y me preparé para hacerle una visita a Sara. En aquel momento toda mi voluntad desapareció. Hacía sólo unos días había sido feliz. Había tenido todo lo que necesitaba. Pero ahora parecía que hubiera pasado toda una vida, como si fuera algo que nunca fuera a volver a ver.

ENTRÉ en el apartamento de Sara; todo seguía igual que siempre.

—Eh, ¿qué pasa? —Iba en pijama, con el cabello recogido en un moño—. Estaba a punto de irme a la cama. ¿Va todo bien?

Si de verdad acababa de hablar con Volt, no lo parecía. La televisión estaba encendida, y estaba mirando su reality show favorito. Había una botella de vino, como era habitual.

—Eh, Volt acaba de pasar por mi casa y me ha dicho que ha venido por aquí.

—Sí, lo ha hecho. Sólo ha estado unos cinco minutos antes de marcharse.

—¿Y qué ha pasado? —No hice ninguna conjetura, aquello habría estado mal. Sara había sido mi mejor amiga desde siempre. Estaba segura de que tenía una explicación para lo que había pasado, y si de verdad le había sido infiel a Volt y me había mentido antes al respecto, ahora confesaría. Tenía fe.

—Ha dicho que le puse los cuernos, que me vio en un bar con un tío. Le dije que no era yo, que seguramente sólo vio a una mujer que se parecía a mí. Pero que no era yo.

—Oh… ¿Y qué ha dicho?

—No ha dejado de repetir la misma historia, de decir que sí que era yo. Pero sé bien donde estuve aquella noche: me quedé trabajando hasta tarde porque iba retrasada en mis proyectos. Le he dicho que buscaría mi ficha con las horas que había hecho y se la enseñaría, pero no ha querido oír nada al respecto. Estaba tan obsesionado con la idea de que le había sido infiel que no quería escuchar ninguna otra explicación.

—Porque él dice que lo has admitido… —Me estaban contado dos historias completamente distintas.

Alguien estaba mintiendo.

¿Pero quién?

—No, me ha entendido mal. —Sara se sentó en el sofá y cogió su copa de vino—. Le he dicho que comprendía por qué había asumido que era yo. Quiero decir, hay rubias por todas partes. Y que también comprendía por qué me dejó, incluso si no era lo correcto en aquel momento. Pero nunca he dicho que le fuera infiel… porque no lo fui.

Quizás sólo fuera un malentendido. Volt a veces tenía mal temperamento, y puede que estuviera tan frustrado por nuestra situación que no lo hubiera oído bien. Quizás sólo había oído lo que había querido oír y había ignorado todo lo demás. No me había

mentido, simplemente me había contado su parte de la historia.

—Perdón por molestarte tan tarde. Sólo quería oír toda la historia.

—Me siento mal por él —susurró—. Se está esforzando mucho en conseguir que esto funcione. Estoy segura de que está dispuesto a mentir para conseguirlo. Quiero decir, resulta evidente lo mucho que te quiere. No puedo culparle por intentarlo todo.

Sabía que Volt quería que lo nuestro funcionase, pero dudaba que mintiera para conseguirlo. Engañar a la gente no estaba en su naturaleza, nunca lo había estado. Pero cuando la situación se volvía desesperada, la gente hacía cosas desesperadas.

—Bueno, gracias por hablar conmigo.

—No hay problema. No seas demasiado dura con él; es un buen hombre.

¿Cómo podía creer que Sara me estaba mintiendo cuando era tan dulce y se preocupaba tanto? Debía de ser todo un gran malentendido.

—Sé que lo es.

LO LLAMÉ AL DÍA SIGUIENTE, después del trabajo.

Volt descolgó, pero no dijo nada.

—¿Volt?

—¿Qué?

Ignoré su hostilidad.

—¿Puedo pasarme? He hablado con Sara.

—No. No tengo tiempo para esto.

—¿Tiempo para qué?

—La crees.

—Nunca he dicho eso. ¿Puedo pasarme para hablar al respecto? Prefiero no tener esta conversación por teléfono. —Estaba caminando por la acera, cruzándome con gente. Podía oír las conversaciones ajenas, algo que me dificultaba concentrarme en lo que decía Volt.

—Lo que tú digas. —Colgó.

Suspiré y me guardé el teléfono en el bolsillo, a sabiendas de que aquella conversación no sería fácil. Volt estaba tan enfadado porque no conseguía entrar en razón, y no lo culpaba. Había estado en su misma situación.

Entré en su apartamento y lo vi de pie en el vestíbulo, esperándome.

—¿Qué? —ladró—. Acaba ya con esta porquería.

Dejé mi bolso.

—¿Por qué te estás comportando como un capullo?

—Porque la crees. Menuda gilipollez.

—Nunca he dicho eso.

—¿Qué otra cosa podrías haber venido a decirme? Si me creyeras a mí, habrías tenido una reacción distinta cuando hemos hablado por teléfono. —Se cruzó de brazo; tenía algo de barba tras varios días sin afeitarse.

—Anoche hablé con ella, y creo que sé lo que pasó.

—¿Oh, de verdad? —Su voz estaba llena de condescendencia—. Ilumíname.

—Me ha dicho que nunca te fue infiel, pero que todavía crees que lo hizo. Incluso tiene una coartada, pero sigues sin creerla. Me parece que hubo un malentendido por ambas partes.

Volt empezó a reírse de repente, en voz alta y de una manera que resultaba maníaca. Su sonido penetrante llenó el apartamento, haciéndome daño en los oídos de lo alto que era.

—Joder, sí que eres idiota. —Siguió riéndose—. Esto es simplemente… Tan estúpido que resulta divertido.

Entrecerré los ojos, dolida por el insulto.

—¿Perdona?

—He dicho que eres una jodida idiota. —Dejó de reírse, dirigiéndome la mirada más fría que había visto nunca—. Estoy harto de ti, Taylor. Es oficial, estoy harto. No quiero seguir esforzándome por esta relación. No quiero estar contigo. —Abrió el cajón de la cocina y sacó un pequeño aparato; parecía una grabadora. También sacó una cajita negra, parecía de joyería—. No quiero estar con una mujer que no confía en mí. No quiero estar con una mujer que no cree no una palabra de lo que digo. —Cogió la grabadora y la dejó a mi lado en la mesa de la cocina—. Sabía que Sara es una zorra mentirosa, así que cuando fui a hablar con ella grabé toda la conversación. Temía que pudiera pasar esto, temía que la escogieras a ella antes que a mí. ¿Y sabes qué? Que lo has hecho. —Miró a la cara, sin nada más que odio reflejado en los ojos—. Escúchala, y después saca el culo de mi apartamento. —Golpeó la mesa con el puño, haciendo tanto ruido que me hizo dar un salto. Salió por la puerta—. Adiós, Taylor. Espero que Sara y tú seáis muy felices juntas.

—SARA, voy a pedirle matrimonio. Ya tengo el anillo. Tan pronto como acabe de mudarse, me arrodillaré delante de ella. Y sé que me dirá que sí.

Sara no respondió. Sólo hubo una pausa.

—No le robes el mejor día de su vida a tu mejor amiga. Es un error.

Sara siguió sin hablar.

—¿En serio? —preguntó Volt, sobrecogido—. ¿Vas a seguir mintiéndole? ¿Qué pasará cuando le diga de lo que hemos hablado?

—Lo negaré. Y me creerá.

Oh. Dios. Mío.

La voz de Volt sonó llena de odio.

—Estás enferma, ¿lo sabías?

—Puede —susurró Sara—. Pero parece que vuelves a estar soltero.

Era el final de la grabación, y se hizo el silencio.

Me quedé mirando la grabadora, esperando a que pasase algo más. Pero no ocurrió nada. Miré la caja que Volt había dejado tras de sí; dentro estaba el anillo que me había comprado, el anillo que ya nunca me pondría.

No podía procesar lo que acababa de ocurrir. No estaba segura de qué me deprimía más, el que Volt me hubiera dejado o que Sara me hubiera mentido a la cara, y encima dos veces. A aquella mujer no le importaba mi felicidad, lo único que le importaba era ella misma.

Me sentía estúpida.

Había sacrificado mi relación con Volt sólo por darle el beneficio de la duda. Había querido hacer lo correcto y ser pragmática; sabía que tenía que haber una explicación que los dejara a los dos en una buena posición.

Pero había estado equivocada.

Muy equivocada.

Me dejé caer en la silla e intenté no rendirme ante la pena. No sólo acababa de perder a Volt, también había perdido a Sara. Era mi mejor amiga, mi familia, y me había apuñalado con tanta fuerza en la espalda que ni siquiera podía respirar.

¿Qué iba a hacer ahora?

Había perdido todo lo que me importaba. La vida feliz que había tenido en una ocasión se había desvanecido como si hubiera estado hecha de humo. Todo en lo que había creído se había derrumbado. Volt me había dado la espalda, y sabía que no podía culparlo por ello.

Miré fijamente la cajita y sentí cómo me cosquilleaban los dedos. Quería abrirla, mirar dentro y ver qué había escogido para mí. Había planeado pedirme que pasara la vida con él en cuanto acabase de mudarme.

Y yo habría aceptado.

No pude abrirla. Si veía el anillo, todo se volvería mil veces más duro. Si veía el diamante especial que había escogido sólo para mí, el anillo que había imaginado que tendría en el dedo hasta que fuéramos viejos y peinásemos canas, me derrumbaría allí mismo.

Tenía que seguir adelante.

Me levanté de la mesa de la cocina, dejando la grabadora y el anillo atrás. Aquella era la última vez que estaría en el apartamento de Volt, así que reuní mis cosas antes de marcharme. No quería tener que volver. No quería verlo. Si lo hacía, acabaría hecha pedazos.

Recogí mis cosas y me marché.

SARA ABRIÓ LA PUERTA, sudorosa y vestida con ropa de gimnasia. Debía de acabar de llegar a casa.

—Hola, yo…

—No puedo creer que me hayas mentido. —Ahora que estaba delante de ella ya no podía controlar mi rabia. Nunca antes había querido golpear a una persona, pero ahora deseaba con desesperación abofetearla con fuerza.

Joder, quería arañarle la cara como una fiera.

Sara mantuvo la fachada.

—Taylor, no te he mentido en nada. Es Volt quien…

—Estoy así de cerca de hacerte saltar los dientes. —La empujé, haciéndola trastabillar hasta que recuperó de nuevo el equilibrio—. Volt grabó la conversación que tuvisteis. He oído todo lo que dijiste, y no te inventes más tonterías de que es falso, porque he reconocido tu voz y de fondo se oía *Mujeres Desesperadas*.

El rostro de Sara cambió al instante. Su máscara de inocencia desapareció al verse atrapada.

Y, de algún modo, aquello sólo empeoró las cosas.

—No puedo creer que me hayas hecho algo así.

—Taylor, deja que te explique…

—No tienes que hacerlo. He oído la grabación. Todo lo que te importaba era vengarte de él por lo que te hizo, y estabas dispuesta a sacrificar mi felicidad para conseguirlo. —Me coloqué la mano sobre el pecho—. La felicidad de tu mejor amiga. ¿Qué cojones te pasa?

—Yo… —Luchó por encontrar una explicación, pero no pudo—. No lo sé. Yo sólo… No quería que supieras que lo había hecho. No quería que pensaras mal de mí.

—Nunca pensaría mal de ti por nada… excepto por mentirme. Así que sí, ahora mismo no eres más que basura.

Entrecerró los ojos por el dolor.

—Y el hecho de que estuvieras dispuesta a herirme así, a volverme contra Volt porque sabías que confiaba en ti a ciegas… Me pone enferma.

Bajó la cara, con la vergüenza reflejada en los ojos.

—Volt se ha ido. Me ha dejado.

No se movió.

—Me ha dejado porque no le he creído. He insistido en darte el beneficio de la duda, sabiendo que tenía que haber otra explicación de lo que pasó. Se ha cansado de mí y me ha dejado. Me ha dado el anillo y ha salido por la puerta. No puedo ir tras él e intentar hacer que nuestra relación funcione, porque no lo culpo por marcharse. Si se hubiera quedado, mi opinión de él hubiera cambiado. Y es todo culpa tuya. —Le clavé el dedo en el pecho. Estaba tan enfadada que se me saltaban las lágrimas. Me sentía frustrada por estar siendo castigada sólo por intentar hacer lo correcto. Me había negado a elegir a mi novio antes que a mi mejor amiga, y me había negado a elegir a mi mejor amiga antes que a mi novio. Pero, aun así, al final había acabado jodida—. Nunca te lo perdonaré, Sara. Ni siquiera puedo mirarte. —Aquella amistad se había acabado. Si es que era una amistad. ¿Había sido real alguna vez? ¿Había significado algo alguna vez?—. No te pongas en contacto conmigo. Y lo digo en serio. —Salí de su apartamento por última vez y cerré la puerta.

En cuanto estuve en el pasillo sentí cómo las lágrimas producidas por la pena me corrían por el rostro. La odiaba tanto por lo que me había hecho, pero aun así le estaba diciendo adiós a un pedazo de mí misma. Sara había sido como de la familia, y ahora ya no estaba en mi vida. Había roto mi relación con las dos personas que más quería el mismo día.

Era un milagro que todavía me tuviera en pie.

VOLT NO ME LLAMÓ. Y no esperaba que lo hiciera.

Desmonté todas las cajas, de nuevo en mi apartamento, y las tire a la basura. Todo tenía exactamente el mismo aspecto que antes de que me fuera, pero nunca volvería a ser lo mismo. Era el lugar en el que vivía, pero el apartamento de Volt seguía siendo mi hogar en lo más profundo de mi corazón.

Repasar sus cosas y esconderlas fue la parte más difícil. Sabía que Volt no iba a volver y que, de ahora en adelante, dormiría sola en mi cama. Algún día quizás volviera a tener citas, y puede que un hombre nuevo durmiera a mi lado, pero la simple idea me hundía todavía más en la pena.

Tenía que seguir adelante sin él.

Me sentí agradecida de que todavía no hubiese llegado el verano y de que los chicos siguieran asistiendo a la escuela. Si no tenía

trabajo en el que concentrarme, la depresión me engulliría por completo. Me esforcé por concentrarme en mis alumnos y darles la mejor educación posible. En realidad me estaban ayudando más de lo que eran conscientes; era un lugar seguro fuera de casa, un lugar en el que no tenía que pensar en el hombre que me había abandonado.

Mi grupo de amigos no se puso en contacto conmigo ni me hizo ninguna pregunta sobre la ruptura. O bien ya lo sabían y comprendían que necesitaba mi espacio, o no tenían ni idea y se enterarían al cabo de poco.

No quería hablar de ello.

Sara tampoco me llamó. Era lo bastante inteligente como para saber que no debía intentar hablar conmigo. Si lo hacía, era muy probable que acabase abofeteándola de verdad. El cariño que había sentido por ella se había desvanecido lentamente, convirtiéndose en un odio que se había adueñado por completo de mí. No podía creer que hubiese confiado tan ciegamente en alguien, y que después ella me hubiese apuñalado por la espalda tan pronto como me había interpuesto en su camino.

¿Es que existía alguien en quien se pudiese confiar?

Volt me vino al instante a la mente. Siempre me había sido leal, desde el principio.

Y yo la había jodido.

Perdí mucho peso en dos semanas. No estaba segura de cómo era posible, puesto que no hacía ejercicio, pero tampoco comía nada, así que tenía sentido. Cuando me sentía a punto de desmayarme comía galletitas saladas; no me veía capaz de retener nada más.

Cada día parecía pasar más lentamente que el anterior. A veces me preguntaba qué estaría haciendo Volt, pero sabía que era mejor no pensar en ello. Lo más seguro es que ya se hubiera llevado a unas cuantas mujeres a casa para que ocuparan la cama en la que una vez yo había dormido.

Me obligaba a parar cuando aquellos pensamientos me hacían llorar.

Tenía que superarlo.

Tenía que seguir adelante.

Quizás algún día, si tenía suerte, volvería a ser feliz.

O puede que no.

DIECISIETE

—Madre de Dios. —Derek me miró con los ojos abiertos de par en par—. No puedo creerlo.

—Bueno, pues créetelo. —Me bebí el chupito y le tendí el vaso a la camarera para que me sirviera otro.

Ésta se acercó, con un pecho delicioso bien expuesto para el disfrute de todos.

—Guau. Eres todo un bebedor, ¿no?

—Vaya si lo soy, cariño. —Dejé el vaso sobre la barra.

La camarera me lo llenó hasta el borde antes de dirigirme una sonrisa.

Le guiñé el ojo.

Se alejó para atender a los demás clientes. Lo más seguro es que me diera su teléfono antes de que terminase su turno.

Y lo aceptaría.

Derek me agarró del hombro.

—¿Pero qué demonios? ¿De verdad se ha acabado?

—Sí. —Brindé contra su vaso—. Vuelvo a estar soltero. Es genial.

Me miró fijamente, incrédulo.

—¿Es que estás colocado?

—Colocado de vida, quizás.

—Volt, dale otra oportunidad a Taylor. Estás siendo injusto.

—¿Que estoy siendo injusto? —preguntó, sin poder creer lo que oía—. Le dije lo que había pasado y no me creyó. Dos veces.

—No dijo eso en ningún momento, sólo dijo que quería oír toda la historia.

—Pero aun así ha roto conmigo… Dos veces.

—Era una situación complicada, dale algo de margen.

—No. —Nunca le daría margen. Le había entregado a aquella mujer mi corazón, mi cuerpo, mi alma. Y ella no me había dado nada a cambio. En el momento más importante, no había estado a mi lado.

—Volt…

—No. —Ya había tomado mi decisión, y me mantendría firme—. Ya está hecho.

Derek me miró fijamente con una expresión de tristeza.

—Sé que la amas.

—La amaba. En pasado.

—El amor no muere de un día para el otro.

—Para mí lo ha hecho. —Me acabé el trago; me hacía falta otro.

—No te creo. Sólo habla con ella.

—No es que ella haya intentado hablar conmigo. Se ha rendido.

—O puede que sepa que no quieres verla.

—Da igual, no importa. —Llamé a la camarera con la mano y pedí otra ronda.

Me la sirvió con placer, llenándome el vaso de alcohol.

—Acabo dentro de una hora. ¿Quieres ir por ahí?

—Desde luego. —Tenía que volver a entrar en el mercado, y rápido.

Derek me miró con desaprobación.

—No puedo ver esto.

—¿Ver el qué?

Se bajó del taburete.

—A ti tirando tu vida a la basura.

PENNY y yo nos marchamos del bar y fuimos a mi casa.

—Guau. —Se apretó contra mi costado—. ¿Vives en Park Avenue?

—Así es.

—Ooh… Me muero de ganas de ver tu apartamento.

Aquella noche iba a mojar. Lo sabía.

—Creo que mi dormitorio te gustará especialmente.

—Estoy segura de que sí. —Entrelazó el brazo con el mío.

Llegamos a mi edificio, y en cuanto lo miré, sentí náuseas. El apartamento todavía olía a Taylor. Su espíritu había quedado grabado en las paredes, en el suelo, en todo.

Y al instante sentí que estaba haciendo algo malo.

—¿Qué ocurre? —inquirió Penny, preguntándose por qué nos habíamos parado.

Tenía todo el derecho a seguir adelante, pero algo me retenía.

—Acabo de acordarme de que tengo que ir a un sitio. Lo siento. —No la miré al hablar; me sentía culpable por flirtear siquiera con ella.

—Eh… de acuerdo. ¿Va todo bien?

No, nada iba bien.

—Lo siento. Ha sido un placer conocerte. —Me libré de su agarre y me alejé, pasando de largo frente a mi edificio. Seguí andando aun a pesar de no tener ningún lugar al que ir.

Metí las manos en los bolsillos, notando cómo el licor me abrasaba desde dentro. Era más fácil estar borracho, así hacía desaparecer el dolor, pero ahora mismo lo que estaba haciendo era amplificar mis sentimientos. Me sentía tan solo.

Cuando alcé la vista, me di cuenta de que estaba en el orfanato. Mis pies me habían llevado solos hasta allí y ni siquiera me había

dado cuenta de hacia dónde estaba yendo hasta que había llegado. Miré hacia la ventana del segundo piso y vi a Clay.

Estaba sentado en el alfeizar, exactamente igual que la última vez que lo había visto. Estaba mirando por la ventana como lo haría un pájaro dentro de una jaula, desesperado por ser libre, y jugueteaba con su navaja, pasándosela lentamente por la palma.

Mirarlo me reconfortó. El simple hecho de estar cerca de él hizo que volviera a sentirme vivo. Me daba un objetivo. Me daba… algo. Me quedé allí de pie, en mitad de la acera desierta, y me pregunté si se percataría de mi presencia.

Clay guardó la navaja e hizo el gesto de ir a levantarse; o bien se iba a la cama o iba a buscar alguna otra actividad. La pura suerte hizo que mirase por la ventana.

Y me vio.

Seguí con las manos en los bolsillos, rodeado por el frío. La helada era incluso peor por la noche, y notaba cómo se me estaba agrietando los nudillos de lo seca que tenía la piel, pero le di la bienvenida al dolor. Lo único que sentía era dolor.

Nuestras miradas se cruzaron y clavé la vista en el rostro que tanta felicidad me había dado. Miré el rostro al que tanto quería.

Clay me miraba con estoicismo en la mirada, en sus ojos no se reflejaban ni felicidad ni odio.

Sentí cómo los míos se aguaban con sólo mirarlo. Sentí cómo mi cuerpo se rendía ante la agitación de la pérdida. Sentía náuseas, como si estuviera mortalmente enfermo. Clay seguía odiándome, y siempre lo haría. En cualquier momento me daría la espalda y jamás volvería a mirarme.

Pero no lo hizo.

Se volvió a sentar en el alfeizar y siguió mirándome. El odio que residía habitualmente en sus ojos desapareció, siendo sustituido por la preocupación. Me observó durante un largo momento, comprendiendo que sufría. Que estaba muriendo. Que luchaba sólo para seguir respirando. E hizo algo que nunca hubiese esperado: puso la mano contra la ventana.

Mi pecho inspiró una profunda bocanada de aire de manera automática, sintiéndome reconfortado por aquel gesto. A pesar de lo que había hecho, Clay seguía estando ahí para mí ahora que me encontraba en el punto más bajo de mi vida. Seguía preocupándose por mí cuando realmente importaba.

Todavía me quería.

FIRMÉ todos los papeles necesarios y me reuní con el director del orfanato. Tras una larga conversación sobre mi sueldo, el ambiente de mi hogar, mi análisis toxicológico y sobre cualquier otro procedimiento invasivo que se le pudiera ocurrir a uno, por fin recibí su aprobación.

Firmé los últimos documentos antes de devolvérselos a Mathilda, una de las hermanas que cuidaba de los chicos.

—Señor Rosenthal, hay un último paso en el procedimiento.

—¿Cuál es?

—Sólo se puede adoptar a un niño si éste consiente. Si no quiere marcharse con usted, no tiene por qué hacerlo.

—Lo comprendo.

—Entonces vaya a hablar con él, a ver qué opina.

Aquella era la parte que me atemorizaba. Si Clay decía que no, me moriría por dentro y toda la esperanza que me quedaba desaparecería.

—Gracias. —Entré en la sala trasera, donde los chicos pasaban el rato. Aquel día no había tantos, seguramente porque estaban en sus dormitorios o seguían en la escuela.

Clay estaba en su sitio de costumbre. Tenía exactamente el mismo aspecto, a excepción del cabello; debía de acabar de cortárselo. Caminé hacia él y acerqué una silla.

Me miró del mismo modo en que lo había hecho la noche en que me había visto en la calle. Cruzó la mirada con la mía, y vislumbró toda mi agonía. Aquella vez no hizo ningún comentario despiadado.

—¿Estás bien?

—No. —Era la verdad. No iba a mentirle.

—¿Qué ha pasado?

—He dejado a Taylor. Esta vez de verdad.

—Oh. ¿Por qué?

Era una historia larga y aburrida.

—Nada digno de mención.

Clay pegó las rodillas al pecho.

—Pareces bastante deprimido.

—Estoy un poco perdido, lo admito.

—¿Hay algo que pueda hacer? —Estaba siendo agradable conmigo cuando ni siquiera me lo merecía.

—No. Pero sí hay algo que me gustaría preguntarte.

—¿El qué? —Guardó la navaja—. Todavía no he empezado con

las solicitudes a las universidades. No he tenido la oportunidad.

—Nos pondremos con eso dentro de poco, no te preocupes.

Me miró fijamente, en silencio, sin tener ni idea de lo que iba a decirle.

—Clay, he hablado con el director y he presentado toda la documentación necesaria. Lo he firmado todo. Estoy legalmente capacitado para llevarte a casa conmigo. Si quieres venir.

Abrió los ojos de par en par, pero aquella fue la única reacción que mostró su rostro. No pudo esconder su sorpresa ante lo que acababa de oír.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Quiero adoptarte.

—¿Hablas en serio?

—Desde luego. Eres mi familia, Clay. Puede que no compartamos la misma sangre, pero eso no importa. A veces el agua es más densa que la sangre.

—¿Quieres… quieres que vaya a vivir contigo?

Asentí.

—Si quieres venir. Puedes elegir; no tienes que hacerlo si no quieres.

—No, sí que quiero —se apresuró a corregirme—. Es sólo que… No esperaba que lo hicieras.

—Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. He pensado en ti todos los días. Siempre me preocupo por ti, y te echo de menos… Te quiero. —Quizás no estuviera listo para ser padre, pero estaba listo para ser su tutor. Aquel chico me había cambiado la vida en muchos sentidos, todos ellos buenos. Su lugar estaba en casa conmigo, bajo mi techo.

—No… No sé qué decir.

—No tienes por qué responderme ahora mismo. Tómate algo de tiempo para pensártelo.

—No, quiero ir contigo —dijo—. Es sólo que… quiero estar seguro de que es lo que quieres de verdad.

En mi mente no cabía duda alguna. Mi casa no era un hogar si no estaba él, y a Clay le iría mejor si vivía bajo mi techo, triunfaría de maneras en que no conseguiría hacerlo de otro modo. Y, de todas formas, ya formaba parte de mi familia.

—Al cien por cien.

Se acercó al borde del alfeizar, con las extremidades temblándole de entusiasmo.

—Desde luego que quiero vivir contigo. ¿Podemos irnos ya? ¿Tenemos que esperar? ¿Debería recoger ya mis cosas? Sácame de aquí, Volt. Odio estar aquí.

Me reí entre dientes.

—Sí, puedes venir conmigo ahora. Pero hay una cosa de la que tenemos que hablar.

—¿El qué? —Ahora estaba ansioso, listo para marcharse y asentarse en su nuevo hogar.

—No soy tu padre, y no pretendo serlo. Pero sí que soy tu tutor; eso significa que tienes que escucharme. Significa que tienes que obedecerme. Podemos ser amigos, pero no puedo ser tu amigo todo el tiempo. ¿Lo entiendes?

Asintió.

—Lo pillo.

—De acuerdo. Ahora ve a recoger tus cosas.

Se puso de pie de un salto y cruzó la sala a la carrera, atrayendo la atención del resto de chicos. Sus pisadas resonaron sobre el suelo de madera al salir a toda velocidad.

—¡Me largo de aquí!

Me reí para mí mismo y esperé, más feliz de lo que me había sentido en semanas.

CLAY SE ADUEÑÓ del dormitorio libre y mantenía su espacio limpio. Se ocupaba de su colada sin que tuviera que decirle nada, además de hacer la cama todos los días, y cuando ensuciaba un plato, lo lavaba y lo ponía en el lavavajillas.

Estaba impresionado.

En cuanto llegaba de la escuela se ponía a hacer los deberes en la mesa de la cocina, y yo acostumbraba a ayudarlo mientras cenábamos juntos. El adoptarlo estaba siendo tal y como me lo había imaginado, y deseé haberlo hecho antes. Clay era feliz.

Y yo era feliz.

O, al menos, tan feliz como podía ser por ahora.

Mis padres no dejaban de acosarme por teléfono preguntando qué pasaba con Taylor. Se suponía que debía de haberle pedido la mano hacía ya semanas, y resultaba evidente que no lo había hecho. Sus padres también se preguntaban qué había pasado. Había conseguido esquivar sus preguntas durante bastante tiempo, pero no podía seguir evitándolas para siempre.

Clay y yo fuimos una noche a casa de mis padres a cenar. Éstos no habían sabido que Clay también iría; ni siquiera sabían todavía que lo había adoptado. Estaba claro que sería una noche de lo más interesante.

Mi madre me bombardeó con preguntas al segundo de abrir la

puerta.

—Volt, ¿qué ocurre con Taylor? ¿Se lo has pedido ya? ¿Qué ha pasado?

Temía aquella conversación, pero tenía que quitármela de encima de una vez por todas.

—Os lo contaré todo una vez que estemos sentados. Y espero que no pase nada porque haya traído también a Clay.

Mi madre lo miró, sorprendida.

—Claro que no. Claro que no.

Entramos y saludé a mi padre. Se mostró tan amistoso con Clay como lo había sido durante las Navidades. Ambos le habían cogido cariño. Era probable que les alegrase que lo hubiera adoptado… o eso esperaba.

—Clay, ve a lavarte las manos antes de cenar. Tengo que hablar con mis padres en privado.

—De acuerdo. —No se puso bravucón, yéndose sin más. Ahora que vivía bajo mi techo siempre me obedecía, tal y como le había pedido. Me sorprendía lo fácil que resultaba; sólo podía asumir que Clay tenía miedo de que pudiera devolverlo al orfanato si me daba demasiados problemas.

Algo que resultaba ridículo.

Mi madre me volvió a preguntar al instante por Taylor.

—Volt, ¿qué demonios está pasando? Hemos estado tan preocupados.

—Primero de todo, Taylor y yo hemos roto. —Todavía me dolía decir su nombre. No conseguía dormir sin ella; me pasaba la mayor parte del tiempo pensando en ella, esperando que estuviera bien. No se había llevado el anillo al marcharse, así que seguía en mi mesita de noche. No había tenido las fuerzas necesarias para deshacerse de él.

—¿Qué? —chilló mi madre—. ¿Por qué?

Le conté la historia de Sara. Era toda una narración, y probablemente yo mismo no me la habría creído si no lo hubiera visto.

—Guau —dijo mi padre—. Eso es de locos.

—Lo sé —respondí—. Simplemente no pudimos hacer que funcionara. —Dejé fuera la parte de que Taylor no me había creído. Sabía que aquello la haría quedar francamente mal; no tenía ninguna razón para protegerla, pero todavía me sentía obligado a hacerlo—. Y… He adoptado a Clay.

Mi madre se quedó todavía más sobrecogida.

—¿Que has hecho qué?

—Cariño, baja la voz. —Mi padre miró hacia el pasillo, esperando que Clay no hubiera oído su estallido.

—Lo adopté la semana pasada —expliqué—. Ahora vive conmigo.

Las cosas han ido bien.

—Volt, adoptar a un niño es algo muy serio —dijo mi madre—. No es algo que debas tomarte a la ligera.

—Lo sé —dije con calma—. Nunca lo he hecho. En realidad lo he pensado mucho antes de tomar la decisión.

—Deberías haberlo consultado con nosotros —intervino mi padre—. No tienes experiencia como padre.

—Vaya, gracias —le devolví con sarcasmo—. Pero soy un hombre adulto y puedo tomar mis propias decisiones.

—Volt. —Mi madre habló con fiereza—. Sólo lo has hecho porque estás deprimido por lo de Taylor. Estás intentando llenar el vacío que ha dejado a su paso, y eso no es justo para Clay.

Admitía que estaba deprimido por Taylor y que cada día era una lucha por seguir adelante, pero aquella no era la razón por la que había llevado a Clay a mi casa.

—Lo he adoptado porque es mi familia, y porque debería vivir con su familia. Ese orfanato no era un lugar donde pudiera aprender y crecer. Yo puedo darle mucho más.

—Eso es muy dulce de tu parte —dijo mi madre—. Tienes un gran corazón. Pero ésta es una gran responsabilidad, y no creo que sea una buena idea.

—Te quiero mamá, y no quiero que parezca que te falto al respeto, pero no me importa lo que pienses. Está hecho. Va a quedarse conmigo, y es definitivo. Es oficialmente vuestro nieto, y espero que empecéis a tratarlo como tal.

Mi madre y mi padre se miraron, teniendo una conversación en silencio. Los ojos de mi madre se suavizaron y los de mi padre hicieron lo mismo un momento después. Volvieron a girarse hacia mí con expresiones más cálidas esta vez, comprendiendo que sería inútil enfrentarse a mí sobre aquel tema.

—Lo querremos como si fuera nuestro —dijo mi padre.

—Por supuesto que lo haremos —añadió mi madre—. Es un chico muy dulce.

—Gracias. —Aquello significaba mucho para mí. No quería que trataran a Clay como si fuera ajeno a la familia. Para mí era como un hijo, y no toleraría que nadie lo tratase de manera distinta.

Clay volvió a la habitación; habíamos ido de compras hacía poco, y ahora iba vestido con unos buenos vaqueros y una camisa de manga larga que sí que era de su talla. Cuando se arreglaba se convertía en un chico bastante guapo.

—Volt nos ha dado la buena notica —dijo mi madre—. Nos alegramos tanto de tenerte en nuestra familia. —Lo abrazó con fuerza, dándole el mismo fiero abrazo de oso que siempre me dedicaba a mí. Papá fue el siguiente en abrazarlo, entregándole un amor parental

desde el primer segundo.

—Gracias —dijo Clay—. Volt es un tipo genial. Soy consciente de la suerte que tengo.

Le sonreí y le pasé el brazo sobre los hombros.

—Nosotros somos los afortunados, chico.

AQUELLA NOCHE nos quedamos viendo la televisión juntos en el sofá antes de irnos a la cama. Clay tenía un cuenco de palomitas en el regazo, y lanzó una de ellas en el aire, atrapándola con la boca.

—Voilà.

—Estoy impresionado —dije con sarcasmo.

—Esta mierda es complicada.

Lo fulminé con la mirada.

—Lo siento… nada de palabrotas.

Volví a girarme hacia la televisión.

—Así que… ¿Qué pasó con Taylor? —Dejó de lanzar palomitas en el aire y en lugar de eso se las llevó una a una a la boca. Mantuvo la voz baja, como así pudiera sonsacarme una respuesta.

—Sencillamente no funcionó.

—¿Por qué no me respondes sin más? —preguntó—. Ya casi soy adulto. Puedo soportar lo que sea que vayas a decir.

No dejaría de preguntar hasta que le respondiera, y tenía derecho a saberlo. Taylor también había formado parte de su vida en cierto momento.

—Básicamente, intenté decirle algo y no me creyó. Aceptó la palabra de otra persona por encima de la mía, y cuando le demostré que yo tenía razón, ya era demasiado tarde. Estaba tan furioso que ya no quería seguir con ella.

—¿Por qué no te creyó?

—La persona que contaba el otro lado de la historia era su mejor amiga. Taylor no sabía en quién creer.

—¿Y rompiste con ella por algo así? —me preguntó, incrédulo.

—Es peor de lo que parece.

Siguió comiendo de su cuenco de palomitas, haciéndolas crujir y chasquear al llevárselas a la boca.

—Taylor me gustaba.

—Sí… A mí también.

—La echo de menos.

Aquello sólo hacía que yo la echaba todavía más de menos.

—Estaremos bien, Clay.

—No estoy tan seguro. Nunca olvidaré el aspecto que tenías al otro lado de aquella ventana. Parecía que lo hubieras perdido todo.

Recordaba aquella noche. Había sido como todas las demás: imposible de soportar.

—¿Puedo decir algo?

—Lo dirás de todos modos incluso si te digo que no.

—Creo que estás siendo demasiado duro con ella. No pasa nada porque estés enfadado… pero romper con ella es algo precipitado.

—¿Y eso? —¿Por qué estaba escuchando la opinión de un adolescente?

—Bueno… Yo estaba muy cabreado contigo por llamar a los servicios sociales. Fue una traición. Confiaba en ti para que no lo hicieras, y lo hiciste de todos modos. Me dolió mucho… pero comprendía por qué lo hiciste. Con el tiempo me di cuenta de que estaba siendo injusto. Sabía que estabas en una situación difícil y que no tenías elección.

Me giré hacia él, emocionado por lo que había dicho.

—Parece bastante similar. Estás herido porque te ha traicionado, pero comprendes por qué lo hizo. Quizás no deberías ser tan rígido con ella. Quiero decir, si la quieres, entonces no debería haber ninguna razón por la que no estar con ella.

Sus palabras me calaron hasta el fondo. Se me grabaron en la piel y me llegaron al corazón. Un niño que no sabía nada del amor acababa de darme toda una lección en el perdón.

—Pero no esperes demasiado tiempo. No creo que quieras perder tu oportunidad.

DIECIOCHO

Taylor

Sólo quería irme a casa tras otro día horrible y sentarme en mi apartamento. Quería estar sola, incluso a pesar de que me sentía constantemente sola. Mi apartamento seguía manteniendo la presencia de Volt, y a veces aquello me reconfortaba.

A veces, me rompía por dentro.

Mis alumnos me obligaban a poner buena cara por su bien, y a ser lo que fuera que necesitaran que fuera, pero sin su apoyo, volvía a convertirme en una persona solitaria. Se me hundían los hombros y todo dejaba de importarme. No había ido a comprar comida desde hacía semanas, pero estaba tan deprimida que tampoco aquello conseguía importarme.

No me importaba nada.

Quería llamar a Volt sólo para oír su voz. Quería hablar con él como acostumbrábamos a hacer, incluso si la conversación no llevaba a ninguna parte. Me parecería bien incluso si sólo hablábamos del tiempo. No hablar a diario con tu mejor amigo era terrible, y el hecho de que nunca fuera a volver a hablar con él sólo lo hacía más doloroso.

Cuando llegué a mi puerta, me encontré a alguien de pie frente a ella. Me miró con su cabello rubio intenso y ojos arrepentidos, y una mirada de pura desesperación. Apestaba a ella.

El simple hecho de mirarla me enfurecía. Antes encontraba reconfortante su sonrisa, pero ahora sólo la detestaba, la odiaba. No había ninguna posibilidad de que la perdonase. Mi corazón era demasiado frío y negro como para hacerlo.

—Vete a tomar por culo, no te acerques a mí. —La obscenidad que salió de mi boca me resultó lo más natural del mundo.

Sara se encogió como si acabara de darle una bofetada.

—Sé que ahora mismo me odias…

—No. Te odio todo el tiempo. —La aparté a un lado para poder abrir la puerta.

—Taylor, lo siento tanto. Por favor, dame sólo cinco minutos para que te diga cuánto lo lamento.

—Paso. —Abrí la puerta y entré.

—Taylor, venga. Me odio por lo que he hecho…

Le di una patada a la puerta, cerrándola y echando la llave.

Sara no llamó a la puerta ni probó el pomo. Guardó silencio, aceptando mi rechazo.

Dejé mis cosas y fui directa a la ducha. El agua caliente hizo las veces de protección para mis heridas. Me rodeaba con fuerza y me mantenía a flote. Su sonido ahogaba la mayoría de mis pensamientos.

Cuando lloraba ni siquiera podía oírme a mí misma; todo quedaba amortiguado.

Aquella era ahora mi vida. Llorar en la ducha.

Aquello era en lo que me había convertido.

Tenía que empezar de cero. Tenía que volver a ponerme en pie y seguir adelante. Tenía que olvidar la vida perfecta que había tirado a la basura y continuar. En teoría todo sonaba plausible, pero en realidad, me parecía imposible.

Lo único que podía hacer era quedarme allí. Y llorar.

DIECINUEVE

Cuando estaba solo, mis pensamientos me engullían.

No había manera de huir del dolor de mi corazón. El rostro de Taylor aparecía en mi mente, con el precioso pelo castaño contrastando contra aquellos brillantes ojos azules. Sus labios eran carnosos y tenían un arco de cupido. Recordaba hasta el último detalle; era imposible que los olvidara.

La echaba de menos.

Mi enfado seguía ahí, creciendo en mi interior junto a la amargura, pero a veces desaparecía por completo y, en esos momentos, lo que me dominaba era la añoranza. Me quedaba vacío.

Taylor no se había puesto en contacto conmigo. Había esperado que acudiese a mi apartamento o que al menos me enviara un mensaje, pero no había hecho ninguna de esas cosas. Al ponerle el anillo delante, Taylor había sabido que iba en serio. Había sabido que ya nunca le pediría que se casara conmigo, no después de la mierda por la que me había hecho pasar. Había sabido que se equivocaba al escuchar a Sara, había sabido lo mucho que se había equivocado al dudar de mí.

Pero aun así había esperado que luchase.

Una parte de mí estaba decepcionada de que no lo hubiera hecho.

Y la otra parte sólo se sentía aliviada.

Cuando Clay se mudó conmigo, mi primer impulso fue llamar a Taylor para contarle lo que había hecho. Deseaba su apoyo, quería que me dijera que sería capaz de criar a un adolescente aun a pesar de no tener experiencia. Necesitaba saber que había hecho lo correcto.

Pero ahora ya nunca pasaría.

Estaba sentado a la mesa de mi despacho cuando mi secretaria me informó de que tenía una visita. Mi primer pensamiento fue que debía de tratarse de Taylor; quizás hubiese venido a hablar conmigo, arrinconándome en mi despacho para que no pudiera salir corriendo sin más.

Se me aceleró el corazón.

Me recorrió el entusiasmo.

De repente me faltaba el aire.

Le dije a mi secretaria que la hiciera entrar, manteniendo la calma y el control. Era importante mostrarse inexpresivo. Nada había cambiado en nuestra relación, y no podía darle ni el más mínimo atisbo de esperanza. Tenía que mantenerme firme, indiferente.

Se abrió la puerta, pero no fue Taylor quien entró.

Fue Sara.

Mi buen humor desapareció como lo haría un hilo de humo al

viento. Me dieron ganas de agarrar la mesa y lanzársela a la cabeza. Detestaba a aquella mujer, la odiaba profundamente. De algún modo, la odiaba todavía más cada vez que la miraba.

Despreciaba su existencia.

—Sal de aquí. —Señalé la puerta, negándome a darle oportunidad de hablar. No tenía nada importante que decirme, e incluso si lo tenía, me negaba a oírlo—. Ahora. O llamaré a seguridad y haré que te saquen a rastras.

Se quedó junto a la puerta, temerosa de acercarse más.

—¡Fuera! —ladré.

—Sólo dame cinco minutos. Por favor.

—No tengo por qué darte una mierda.

—Se trata de Taylor. —Encontró la fuerza necesaria para avanzar un paso, acercándose más a mi espacio. Si se acercaba demasiado, la sujetaría y la sacaría de allí a la fuerza—. Sólo escúchame, ¿vale?

El cuerpo se me tensó al instante en cuanto mencionó el nombre de Taylor, fruto de la preocupación. Quizás lo estuviera usando a modo de cebo, pero funcionaba.

—¿Está bien? —La voz se me suavizó de manera automática, mostrando un amor que se negaba a morir.

—Está… muy mal. —Se acercó más a mi mesa ahora que mi ira se había calmado—. Está devastada.

—¿Pero no está herida? ¿Ni enferma?

—No lo sé. Nunca la he visto tan hundida.

¿Así que seguían siendo amigas? Increíble.

—He venido para suplicarte que le des otra oportunidad. Yo soy la razón por la que no estáis juntos, y eso está mal. Te ama. Tú la amas. Por favor, perdónala. No es culpa suya.

—¿Te ha metido ella en esto? —pregunté, incrédulo.

—No. —Bajó la mirada—. Se niega a hablar conmigo…

Al menos Taylor había aprendido algo de todo aquello.

—Dice que no quiere volver a verme nunca. Me odia. —Le tembló el labio inferior—. Ya no somos amigas.

—Pues buen viaje —solté—. Taylor se merece algo mejor.

Se quedó mirando el suelo durante varios segundos antes de volver a mirarme.

—Muriel…

—No me llames así.

Asintió y se aclaró la garganta.

—Volt, por favor, dale otra oportunidad. La engañé. Le mentí. La manipulé. Me aproveché de su naturaleza confiada y la usé en su contra. Ella no ha hecho nada malo; sólo quería darme el beneficio de la duda…

—No puedo creer que le mintieras de ese modo. —Negué con la

cabeza—. Si no lo hubiese grabado, nunca hubiese descubierto la verdad. Sólo hablas conmigo porque, si acepto volver con Taylor, tú acabarás perdonada. Jamás le habrías contado la verdad por ti misma. Te habrías salido con la tuya, y Taylor habría perdido al amor de su vida de todos modos. Esto es completamente egoísta. Crees que te perdonará si consigues arreglarlo.

Sara se aferró las manos contra la cintura.

—Taylor nunca me perdonará por lo que he hecho. Ni siquiera si consigo que ocurra un milagro y vas ahora mismo hacia allí y le pides matrimonio, seguirá sin perdonarme. Es demasiado tarde para salvarme. Lo que está hecho está hecho, y tendré que vivir para siempre con las consecuencias.

Era la primera vez que dejaba de odiarla, incluso si era sólo durante un segundo.

—No comprendo por qué lo hiciste siquiera…

—Sinceramente, yo tampoco. Supongo que no quería perder a Taylor. Si se casaba contigo, acabaría dejándome de lado. Todo me recordaría constantemente que ella había conseguido al Príncipe Encantador y que yo estaba sola. Yo sólo… Me salió el tiro por la culata.

Tenía preguntas que nunca antes se me habían ocurrido. Nunca había tenido la oportunidad de conseguir respuestas, pero ésta acababa de presentarse.

—¿Por qué? ¿Por qué serme infiel? Creía que éramos felices.

Se encogió ante mi pregunta; no se la había esperado.

—Yo… No lo sé.

—¿Qué no lo sabes? —pregunté con incredulidad—. ¿Es que no te estaba dando lo suficiente? ¿Era malo en la cama?

—No, claro que no —susurró—. Leo me llamó, empezamos a hablar de nuevo. El viejo fuego volvió a la vida y no podía contarle que existías. Y una cosa llevó a la otra… Simplemente pasó.

Negué con la cabeza, decepcionado. Esperaba que hubiera tenido una razón. Esperaba que yo hubiera hecho algo que la hubiera llevado a traicionarme de aquel modo, pero el hecho de que no hubiera habido razón alguna sólo lo empeoraba. Cada vez que me había dicho que me amaba, no había sido sincera. Cuando hacía el amor conmigo no había sido más que una falsa. Resultaba deprimente.

—Taylor nunca te haría algo así. Me pasé un año oyéndola hablar de ti antes de comprender quién eras; créeme, está completamente enamorada de ti. Cree que eres el mejor hombre sobre la faz de la Tierra. Está tan enamorada de ti que resulta hasta patético; por favor, dale otra oportunidad.

—¿Por qué debería hacerlo? —pregunté con frialdad—. Ella no creyó en mí. Si tanto me amaba, debería haber confiado más en mí.

—Era una situación difícil. En caso de que no te hayas dado cuenta, soy una mentirosa magnífica. Te engañé a ti, y la engañé a ella… Ya sabes lo fácil que es que te lleven por el camino equivocado.

Sí, eso estaba claro.

—Volt, por favor. Sé que la amas. Y ella te ama. —Colocó las manos frente al pecho, suplicándome.

—¿Por qué haces esto?

—Ya te lo he dicho —susurró—. Quiero hacer lo que sea mejor para Taylor. Es lo mínimo que puedo hacer.

—¿Y quieres que hable con ella en tu nombre? —Debía de querer algo; la gente no hacía cosas así sin una razón.

—No. No tienes por qué hacerlo. De todos modos, eso no cambiaría nada.

La miré fijamente, viendo la sinceridad en su mirada.

—Tú sólo piénsalo. No existe razón suficientemente importante para que dos personas que se aman no estén juntas. Y entre vosotros lo que nunca ha faltado ha sido el amor. —Se despidió en silencio y se giró hacia la puerta. Tenía la cabeza gacha, todavía abrumada por la vergüenza.

Miré cómo se iba sin despedirme de ella. La puerta se cerró con un pequeño chasquido, y volví a quedarme a solas con mis pensamientos. Me senté lentamente en la silla y miré la pantalla de mi ordenador. Nuestra conversación no dejaba de repetirse en mi mente en tiempo real. Pensé en muchas cosas. ¿Qué debía hacer? ¿Qué debía no hacer? ¿Debería dejar las cosas tal y como estaban? ¿O sería mejor que moviera el culo y recuperase a la mujer a la que amaba?

VEINTE

Al final fui a comprar comida y escogí algunas cosas. Si no comía pronto algo con sustancia, acabaría desmayándome y no volvería a despertar. Escogí algo de carne para unos sándwiches y pan, además de algunas latas de sopa. Los músculos se me habían atrofiado por pasar las últimas semanas sin hacer absolutamente nada, y a duras penas podía con las bolsas.

Todavía llevaba el bolso con el que había ido a la escuela, y cargaba con una bolsa de la compra en cada brazo. Los hombros me protestaban ante el peso, carentes de fuerza. Cogí el ascensor para subir a mi piso, pero incluso eso se me hizo difícil.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, llevé las cosas hacia mi apartamento, pero la bolsa donde había puesto las latas estaba rompiéndose. Si no me daba prisa, se rasgaría del todo y mis cosas acabarían por el suelo. Y entonces tendría que ir cazándolas y llevarlas de una en una.

El agujero de la bolsa se agrandó, y supe que no conseguiría llegar. Salí casi corriendo hacia la puerta, con los ojos fijos en la bolsa, pero no llegué a tiempo: la bolsa se rasgó por completo, dejando caer las cinco latas de sopa, que rodaron en todas direcciones delante de mi apartamento. Me quedé mirando el suelo, observando cómo caía también el cartón de leche.

Toda la motivación que poseía murió en mi interior. Me habían hecho falta semanas de preparación sólo para ir a la tienda, y ahora que por fin había conseguido hacerlo, todo se había ido a la mierda. Ya no me importaba nada. Grité para mí misma y me dejé caer al suelo, deslizando la espalda contra la puerta de mi apartamento. Era una estupidez echarse a llorar por algo así, pero aquello era lo que quería hacer. Quería hacerme un ovillo y llorar, y nada más.

Oí pasos y alguien recogió una de las latas. No alcé la vista, pero veía sus zapatos: eran Vans negras, algo que Volt solía ponerse de vez en cuando. El hombre recogió todas las latas y las dejó en el suelo junto a mí, al lado de la bolsa que seguía intacta.

—Gracias… —Mi voz sonó tan baja que seguramente ni siquiera la oyó.

El hombre se sentó a mi lado, peligrosamente cerca para tratarse de un desconocido.

—De nada.

Conocía aquella voz. Me acompañaba en mis sueños, en mis fantasías. Era la canción que oía en mi mente mientras iba caminando al trabajo. Me giré lentamente, sin querer alimentar mis esperanzas. Si se trataba de él de verdad, me echaría a llorar. Lloraría con más fuerza

de lo que ya lo estaba haciendo.

Mi mirada se clavó en la suya, y vi al hombre de mis sueños. Vi al hombre del que todavía estaba enamorada. Vi al hombre al que le había dado la espalda. Me giré en la otra dirección a toda prisa, con los ojos aguados. Estaba hecha un desastre, y me avergonzaba que me viera de aquella manera. Ni siquiera era capaz de llevar la compra de lo débil que estaba.

—Hola. —Me sujetó la barbilla y me obligó a volver a mirarlo a los ojos.

Nuestras caras estaban muy cerca la una de la otra, y su caricia era algo divino. Era la primera vez que me había sentido bien en semanas, era la primera vez que conseguía respirar profundamente sin temblar.

—Hola.

Me frotó ligeramente la mejilla con los dedos, dándome la clase de afecto que había solido darme a diario.

—Te echo de menos.

En lugar de hacerme sentir bien, aquellas palabras sólo me hicieron daño.

—Esto es muy duro para mí, Volt. Nunca he sido la clase de mujer que llora por un hombre. Nunca he sido la clase de persona que abandona sus ansias de vivir sólo porque alguien desaparezca de su vida. Nunca he sido una dama en apuros, pero eso es exactamente lo que soy ahora mismo. A duras penas consigo seguir adelante, y no estoy segura de ir a poder recuperarme nunca. Si esto no significa nada y sólo has venido porque te sentías sólo, te pido por favor que te marches. Me lo estás poniendo mucho más difícil.

Su pulgar bajó por mi mejilla hasta descansar en la comisura de mis labios. Me dirigió una mirada llena de compasión antes de inclinarse y besarme suavemente, dándome un beso lleno de agonía.

Nuestras bocas se movieron juntas. Sólo se rozaron, y a duras penas.

—Me siento solo —susurró contra mis labios—. Pero también soy miserable sin ti. Y esto sí que significa algo.

Respiré profundamente, tanto que incluso me dolieron las costillas. Las lágrimas me llenaron los ojos, cayendo como gotas en una cascada.

Volt las secó con los pulgares.

—Lo siento muchísimo.

—No deberías ser tú quien lo sintiera —susurré—. Fue culpa mía.

—Siento haberte dejado. Debería haberme quedado contigo, debería haberlo solucionado a tu lado.

—No, tenías todo el derecho a estar enfadado. Yo fui la estúpida. Fui la idiota que se creyó todo lo que le dijo esa estúpida zorra.

Volt sonrió ligeramente.

—Me alegro de que ese apodo se esté extendiendo.

Fue la primera vez que me reía en semanas. La sensación que sentí en el pecho me resultó agradable; en el pecho y por todas partes.

—Y no pasa nada. Debería haber sido más comprensivo.

Negué con la cabeza en respuesta.

—Te perdono, pequeña. Quiero arreglarlo. Si es que me aceptas a tu lado.

¿Que si lo aceptaba? ¿Es que se había vuelto loco?

—Por supuesto que te acepto. —Me pegué a su pecho y lo abracé con fuerza, dándole la bienvenida a su aroma cuando éste me rodeó. Su camisa olía a menta y a invierno, y su cuerpo era cálido como una estufa, dándome la bienvenida al lugar al que pertenecía.

Volt apoyó la barbilla sobre mi cabeza y me pasó los dedos por el pelo.

—Perdón por haber tardado tanto en venir.

—No pasa nada.

—Pero ahora estoy aquí. —Me puso los labios en la frente, besándome durante un largo momento—. Y no voy a irme a ninguna parte.

VOLT ME PREPARÓ la cena y después me la sirvió en el sofá.

—No tengo hambre.

—Pequeña, come. —Se sentó a mi lado y me tendió el plato; era un sándwich de queso hecho a la plancha y sopa de tomate, exactamente lo mismo que le había preparado a Clay durante las vacaciones de Navidad—. Se nota que no has estado comiendo lo suficiente. —Me miró los brazos, que estaban peligrosamente delgados.

Tomé algunas cucharadas de sopa y comí poco a poco; mi cuerpo había perdido la costumbre de masticar.

Volt se quedó sentado junto a mí, observando cada uno de mis movimientos.

—Cuando recuperes las fuerzas, podremos volver a dedicarnos a lo bueno. —Me guiñó el ojo y le dio a mi muslo un suave apretón.

Comí más rápido, intentando acabármelo todo lo más rápido posible.

Volt rió entre dientes.

—Me has echado tanto de menos como yo a ti.

Dejé el plato vacío en la mesita del café y me dirigí al instante

entre sus brazos. El sexo no me importaba, pero sí quería mimos. Quería que me abrazase para siempre y que jamás me soltara. Quería dormir sobre su pecho tal y como solía hacer antes, para sentir el confort que en una ocasión había dado por hecho.

Volt se tumbó en el sofá y nos cubrió a los dos con la manta. Su mano cayó sobre mi cabello y me miró con ojos preocupados.

Estaba tan feliz de sentirlo debajo de mí que ni siquiera podía respirar.

—Me alegro tanto de que hayas venido. No creía que fueras a hacerlo.

—Lamento que me haya llevado tanto tiempo.

Tenía todo el derecho a estar enfadado conmigo; no le guardaba rencor por ello.

—Me sorprende que cambiases de idea. Estabas muy enfadado.

Dejó de peinarme el pelo con las manos.

—Bueno, Sara me hizo una visita.

Me encogí ante el sonido de su nombre.

—¿Qué quería?

—Que te perdonase. Me dijo que me amabas de verdad y que te merecías otra oportunidad.

¿De verdad había hecho aquello? Me costaba creer lo que oía.

Volt oyó mis pensamientos aun cuando no los pronuncié en voz alta.

—A mí también me sorprendió. Dijo que estabas hecha un desastre sin mí, y que deberíamos estar juntos, ya que nos amábamos el uno al otro. Todo lo demás no importa.

—¿Y por qué lo hizo?

Se encogió de hombros.

—Creo que quería hacer lo mejor para ti.

—¿Porque le salió el tiro por la culata? —siseé.

—Creo que quiere que te hable bien de ella, pero no estoy seguro de poder hacerlo.

—¿Cómo podría compensar el que te haya pedido que vuelvas conmigo todo lo que ha hecho? —pregunté con frialdad—. De haberse salido con la suya, jamás nos habría dicho la verdad a ninguno de los dos.

—No. Seguramente no.

—Y un cuerno voy a perdonarla.

Volt guardó silencio, volviendo a acariciarme el pelo.

—Tengo otra noticia que darte. No estoy seguro de cómo te lo vas a tomar.

Si se había acostado con otra persona, no quería saberlo. Sólo quería olvidar que todo aquello había pasado y hacer ver que nunca había sucedido. Seguiríamos desde donde lo habíamos dejado y

continuaríamos adelante.

—¿El qué?

—He adoptado a Clay.

Le oí decirlo, pero fui incapaz de procesarlo. Me senté y bajé la vista hacia él, necesitando ver la confirmación en sus ojos. Jadeé al verla.

—¿Hablas en serio?

Asintió, con una ligera sonrisa en los labios.

—Hace ya algo más de una semana.

—¿Qué te ha llevado a hacerlo?

Se encogió de hombros.

—Es mi familia; debería vivir conmigo.

Había hecho algo terriblemente dulce, y lo admiré todavía más por ello.

—¿Crees que podrás manejarlo?

—Hasta ahora lo he llevado bien —respondió—. Y además, tendré ayuda. —Su mano me subió por la espalda, acercándome más a él—. Tengo a una profesora de lo más sexy que puede darme algunos consejos sobre adolescentes.

Si me lo hubiera dicho de antemano, probablemente le habría advertido que no cargase con esa responsabilidad; ser el tutor de un niño era muy distinto a darle clase sólo una hora al día. Pero puesto que ya estaba hecho, no quedaba nada más que apoyarlo.

—Estoy seguro de que no te hará falta mi ayuda.

—No estoy de acuerdo en eso. Clay nunca ha tenido una madre; necesita una figura maternal en su vida.

—¿Y crees que soy la mejor candidata para el puesto?

—Sí. —Me acercó más a su pecho—. Eres la única.

—Vaya, es un honor.

—Y quizás tengamos algunos niños propios. —Movió las cejas.

—Eso suena divertido. —Intenté atesorar el momento todo lo posible. La noche anterior había dormido sola en mi cama, intentando no llorar, y ahora había recuperado mi vida. Había recuperado a Volt. Y, de algún modo, todo era ahora incluso más dulce de lo que lo había sido. De algún modo era todavía más hermoso. Lo apreciaba más después de no tenerlo, y ahora que volvía a tenerlo, ya nunca lo dejaría marchar—. ¿Podemos practicar un poco?

Sus ojos se iluminaron de entusiasmo.

—Mi habilidad se ha estado oxidando. Deberíamos probarlo todo a ver qué tal.

¿Era aquella su manera de decirme que no se había acostado con nadie más? Porque si no lo había hecho, aquello sólo haría que todo fuera mil veces mejor. Pero si se había acostado con alguien, entonces no quería saberlo. No quería oír ni una sola palabra al respecto.

Volt leyó la duda en mis ojos.

—Sólo tú.

—¿Sí? —Se me escapó todo el aire de golpe. Había estado conteniendo el aliento por el miedo, nada preparada para oír la respuesta a una pregunta que no había llegado a hacer.

—Sí. Conocí a una mujer en un bar, y quería que nos liáramos, pero… No quise. Y me fui solo a casa. Estaba tan enfadado que creí que podría hacerlo, pero mi cuerpo seguía perteneciéndote; aunque mi mente estuviese demasiado revuelta para comprenderlo.

Fue música para mis oídos.

Volt vio el alivio en mi mirada.

Tú eres la única para mí, Taylor. Jamás tendrás que preocuparte de que salga a buscar otra cosa por ahí, porque estoy completamente obsesionado contigo. Llevo obsesionado contigo desde la primera vez que te vi, y creo que me enamoré de ti incluso antes de eso.

VEINTIUNO

Taylor y yo entramos en el apartamento, con una bolsa llena de sus cosas colgándome del hombro.

—Clay, estoy en casa. —La televisión estaba encendida en el salón, y oí claramente el sonido de una carrera de coches. Debía de estar jugando a algún videojuego.

—Hola.

—Son casi las diez, Clay. Deberías estar en la cama. —Entré en el salón cogido de la mano con Taylor.

Clay nos estaba dando la espalda, sentado en el sofá.

—De acuerdo. Lo que tú digas. —Presionó algunos botones de su mando y lo apagó—. Esperaba que volvieras más tarde. —Se levantó del sofá y se acercó a saludarme—. Oh, guau. —Miró a Taylor con los ojos abiertos de par en par—. Has vuelto.

—He vuelto. —Taylor me apretó la mano.

—He seguido tu consejo, chaval. He ido ahí fuera y he recuperado a mi chica —dije.

—Bien —respondió Clay—. Estaba harto de verte de morros todo el tiempo. —Se acercó a Taylor y le dio un abrazo. Fue uno largo que duró varios segundos antes de que por fin se apartase—. Me alegro de que hayas vuelto. Esto no era lo mismo sin ti.

—Eres adorable —susurró Taylor—. Me alegro mucho de haber vuelto, con los dos.

—Va a quedarse con nosotros durante una temporada —dije—. ¿Te parece bien? —Yo era el adulto y podía hacer lo que me diera la gana, pero ahora aquél también era el hogar de Clay. Quería que se sintiera cómodo.

—Sí, por supuesto —contestó—. Me alegro de que mi habitación esté en el lado opuesto del apartamento. —Se rió, volviendo al sofá para guardar el mando de la consola y ordenar la zona, dejándola tal y como había estado antes de que la usara.

—Guau —susurró Taylor—. Le has enseñado muy bien.

—En realidad yo no he hecho nada. —Clay lo hacía todo él solo.

—Bueno, voy a ir a prepararme para irme a la cama. —Taylor me quitó su bolsa del hombro—. Te veo en un rato.

—De acuerdo.

Me dio un beso antes de marcharse por el pasillo.

Me quedé mirando cómo se alejaba, agradecido de que no fuera un fantasma salido de mis recuerdos.

En cuanto se cerró la puerta del dormitorio, me giré hacia Clay.

—Gracias por el consejo.

Se encogió de hombros.

—Soy mucho más sabio de lo que indica mi edad. ¿Qué más puedo decir?

Me reí entre dientes.

—Sí, supongo que lo eres.

Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones de deporte. Toda su ropa era nueva, y yo todavía no había conseguido acostumbrarme a lo diferente que se veía. Un nuevo guardarropa, una ducha y un corte de pelo, y se había convertido en una persona distinta.

—¿Cómo te sentirías si Taylor viviera aquí?

—¿Quieres decir para siempre?

Asentí.

—¿Te sentirías más cómodo si siguiéramos siendo sólo tú y yo durante una temporada?

—Volt, es tu apartamento. Haz lo que quieras.

—Es *nuestro* apartamento, Clay. Ahora tienes voz y voto en todo.

Su mirada se suavizó aun a pesar de que intentó ocultarlo.

—¿Qué opinas?

—Me gusta Taylor. No me importa que esté por aquí.

—¿Estás seguro de eso? —le pregunté—. Porque voy a pedirle que se mude con nosotros. No pasa nada si no estás listo.

—No, quiero que viva aquí.

—¿Sí?

Asintió.

—De acuerdo. Entonces se lo pediré.

—Creo que es una buena idea. Sabe cocinar, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco.

—¿Es por eso por lo que quieres que se mude? Porque yo también puedo cocinarte cosas.

—Pero no puedo comer sándwiches de queso a la plancha todos los días. No iría nunca al baño.

Aquello me hizo reír de verdad.

—Sí, definitivamente ella cocina mejor.

—Entonces haz que se mude mañana mismo.

—De acuerdo. Se lo pediré.

Clay asintió y empezó a marcharse.

—Me alegro por ti, Volt. Te lo mereces.

El corazón me dolió cuando dijo aquello.

—Gracias…

—Te veo por la mañana. —Asintió en mi dirección y se metió en su habitación.

Escuché cómo se cerraba la puerta antes de ir a mi propio dormitorio, donde Taylor me estaba esperando. Ya se había vestido con una de mis camisetas, con sólo las braguitas debajo. Estaba más

delgada que antes, pero seguía siendo igual de sexy.

—¿Va todo bien? —me preguntó.

—Sí. —Me desnudé hasta quedarme en bóxers y me metí en la cama junto a ella. Nuestras piernas se enredaron y nuestros brazos se aferraron a todo lo que estaba a nuestro alcance. Estábamos unidos, pegados por completo. Ahora que la tenía, mi intención era hacerle el amor todas las noches. Iba a adorarla y no la dejaría marchar jamás. Mi objetivo era que viviéramos felices para siempre—. Le he preguntado si le parecería bien que te mudaras con nosotros.

Taylor se encogió entre mis brazos, sorprendida y entusiasmada.

—¿Y qué ha dicho?

—Que le encanta la idea. Y después me ha preguntado si sabes cocinar.

Se rió entre dientes.

—Sí que sé moverme por la cocina.

—Creo que los dos te necesitamos… aunque sea por razones muy diferentes.

Me miró fijamente, con el rostro muy cerca del mío. Esperó a que se lo pidiese con palabras, a que lo hiciese oficial.

—Pequeña, ¿te mudarás conmigo?

En lugar de sonreír como esperaba que hiciera, los ojos se le aguaron. Se le escapó un sonido ronco de la garganta y se derritió a mi lado. Asintió, incapaz de responder.

Noté cómo mis ojos también se aguaban sin siquiera darme cuenta. Me sentí culpable por haberla hecho pasar por aquel infierno, y como una mierda por haber pasado yo mismo por él.

—A partir de ahora seremos un nosotros. Tú y yo.

Asintió, todavía con los ojos llenos de lágrimas.

—Tú y yo.

CLAY LEVANTÓ una caja del suelo y gruñó.

—La hostia. ¿Qué hay aquí dentro?

—Clay —espeté.

—Quiero decir, la leche. ¿Qué hay aquí dentro? —Puso los ojos en blanco ante mi llamada de atención por su lenguaje.

Taylor se rió entre dientes.

—Zapatos. Lo dice ahí mismo, en el lateral de la caja.

Clay movió la caja contra su pecho, usando los músculos del abdomen para aguantar su peso.

—¿Dónde va?

—Déjala en el despacho —dijo Taylor.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Tus zapatos van en mi despacho?

—Bueno, van en el armario de tu despacho —respondió.

Mi espacio masculino estaba convirtiéndose lentamente en una tienda de ropa femenina.

—O puedo ponerlos en nuestra habitación —continuó—. Pero tendría que hacerles hueco.

Y entonces todas mis cosas acabarían metidas debajo de la cama o algo así.

—Sí, ponlos en el despacho.

—De acuerdo. —Clay se llevó la caja por el pasillo.

—Pequeña, tienes la hostia de cosas.

—¡Shh! —Me puso el dedo índice sobre los labios—. Clay te oirá maldecir.

—¡Lo he oído! —gritó Clay desde el pasillo.

—Maldición —susurré.

—Eso también lo he oído —espetó otra vez.

Puse los ojos en blanco.

—Ese chico oye hasta a los grillos por la noche.

Taylor se rió y fue a por la siguiente caja del montón. Examinó los laterales en busca de una etiqueta, no muy segura de qué había dentro.

Guardé silencio y la observé.

—¿Qué hay aquí dentro? —Levantó la caja, percatándose de lo ligera que era.

—No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros—. La has llenado tú.

—Le he puesto etiquetas a todo, así que no he sido yo quien ha llenado esta caja.

—Bueno, pues a mí no me mires —dije—. Yo no la he traído.

Rompió las solapas superiores y rasgó la cinta de embalar. Tuvo que usar todos sus músculos para conseguirlo de lo a conciencia que estaba todo pegado. Cuando por fin consiguió abrir la caja, se encontró con un montón de relleno para embalar.

—Quizás sólo sea una caja extra con material para rellenar.

Seguí observándola.

Metió la mano dentro y tanteó el interior hasta encontrar algo.

—No. Aquí hay algo. ¿Qué demonios es esto? Quizás lo metiera en la caja hace mucho tiempo y simplemente me olvidé. —Sacó una cajita negra, exactamente la misma cajita que ya le había dado una vez en el pasado.

La sostuvo en la mano y se sumió en el silencio, mirándola. La mano le tembló ligeramente hasta que sujetó la cajita también con la otra. Se quedó mirándola, sobrecogida, incapaz de procesar

exactamente lo que estaba ocurriendo.

Me miró con una expresión de comprensión. Sus ojos sabían lo que era. Sabía exactamente lo que estaba pasando. Los ojos se le humedecieron de inmediato cuando la magnitud del momento la alcanzó.

Me arrodillé junto a ella y le quité la cajita de la mano; seguía temblándole.

—Oh, Dios mío… —Se cubrió la boca con la mano—. Oh, joder. Dios.

Giré la cajita para que estuviera con la apertura en su dirección y levanté la tapa, mostrándole el anillo de diamante que le había comprado unos meses atrás. Era perfecto para ella, sencillo y simple pero elegante. Mi mano no tembló al tendérselo. El momento era el adecuado. De hecho hasta se sentía un poco fuera de lugar; debería haberlo hecho hacía ya mucho tiempo.

—Taylor Thomas, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Aah! —Gritó contra sus manos, con la cara pasando por toda una miríada de emociones.

Saqué el anillo sin esperar a que me dijera que sí y le cogí la mano izquierda.

—Sí —sollozó mientras le ponía el anillo en el dedo—. Sí. Me casaré contigo. Por supuesto que me casaré contigo.

Le encajaba a la perfección en el dedo anular, bien ajustado. El diamante destelló bajo la luz, mostrando un prisma de colores. Cada vez que Taylor se movía éste brillaba. Le quedaba perfecto, y seguiría siendo así durante el resto de su vida.

Taylor extendió la mano y la miró fijamente.

—Oh, Dios mío, es precioso. Me encanta. —Los ojos le brillaban como lo haría un tesoro, y la luz que irradiaban no podía bloquearla ningún tipo de sombra. Era pura felicidad, exactamente el mismo sentimiento que resonaba en lo más profundo de mi corazón.

—Me alegro.

Por fin alzó la mirada hacia mí, tan consumida por el anillo que yo había pasado a un segundo plano.

—No puedo creerlo…

Era el plan perfecto. Desde el mismo momento en que le dije al romper que había estado a punto de pedirle matrimonio, supe que ya no esperaría de mí que lo hiciera. Pero quería hacerlo así de todos modos; nada había sido más perfecto.

—Te quiero. —Me abrazó el cuello y me beso.

—Yo también te quiero, pequeña.

Me abrazó con más fuerza, apretándome contra ella con toda la poca fuerza con la que contaba. Volvió a echarse a llorar, sollozando contra mi pecho.

—Me muero de ganas de pasar el resto de mi vida contigo, Muriel Rosenthal.

Me eché a reír a pesar de la seriedad del momento.

—Vamos a seguir con Volt.

—Lo que tú quieras, prometido mío.

La besé en la frente y noté cómo temblaba contra mí. Aquél era el principio de una vida feliz juntos. Nunca olvidaría lo que Taylor me había dicho cuando nos conocimos: había visto al instante más allá de mi máscara de Casanova y había notado que, en lo más profundo de mí, estaba sufriendo.

—Me has hecho tan feliz que me he olvidado de lo que era sentir menos de lo que siento ahora.

Se apartó y me miró a los ojos, reconociendo sus propias palabras.

—Y así fue cómo supe que tú eras la elegida.

Apareció una nueva oleada de lágrimas.

Nunca había sabido que llorar pudiera ser tan hermoso. Siempre me había parecido algo que simplemente molestaba, pero cuando era Taylor quien lloraba, significaba mucho más que eso. Cuando lloraba de dicha, me hacía feliz a mí también.

Clay estaba allí de pie, con el teléfono en la mano; lo había grabado todo sin que Taylor se diera cuenta.

—Espera, un segundo. ¿Tu nombre real es Muriel?

Mi expresión de felicidad se tornó en una de irritación. La centré en Taylor.

Se le dibujó una amplia sonrisa culpable en la cara.

—Uy.

Epílogo

VOLT

Había una multitud de cinco mil personas sentada en las hileras de sillas que había frente a la plataforma ubicada delante de la universidad. Los estudiantes pasaban uno a uno, recogían el sombrero con la borla y después recibían su título universitario de manos del decano de la universidad.

—Clay Rosenthal.

Nos pusimos en pie de un salto en primera fila y aplaudimos. Mi padre se llevó los dedos a la boca y silbó con fuerza. Mi madre se secó los ojos con un pañuelo de tela.

—Mi nieto…

Taylor aplaudía más fuerte que nadie.

—¡Bien hecho, Clay! —Sus padres estaban de pie a su lado, animándolo con tanta fuerza como ella.

Clay le dio la mano al decano y recibió su diploma. Después se puso el sombrero con la borla, convirtiéndose oficialmente en graduado. Me encontró entre el público y me saludó con la mano, con una sonrisa en la cara.

En ese momento fui consciente del peso de la situación.

Yo no era un tío emotivo.

Pero me derretí por dentro por completo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas; estaba inmensamente orgulloso. Clay había empezado en lo más bajo y había sobresalido hasta llegar a la cima. Ahora estaba cruzando el escenario con una cinta de estudiante de honor al cuello.

«Contrólate, tío».

Se bajó del escenario y se sumó a los demás graduados.

Nos sentamos y miramos cómo los demás estudiantes recibían sus diplomas, pero no les presté atención. Estaba pensando en el día en que Clay se había marchado a la universidad y lo duro que me había resultado. Había esperado hasta que ya se hubo ido antes de dejar caer las lágrimas, y ahora me estaba volviendo a pasar, ahogándome.

—Ooh… —Taylor vio la humedad que tenía en los ojos—. Estás tan orgulloso.

—El sol me hace llorar los ojos.

—Lo que tú digas, pequeño. —Me dio una palmadita en el muslo.

UNA VEZ que acabó la ceremonia, buscamos a Clay entre el caos de la multitud. Estaba de pie cerca del estanque, en la zona más lejana del edificio para facilitar que lo encontrásemos.

En cuanto lo vi sentí cómo volvían a invadirme las emociones, pero controlé mi reacción; no quería actuar como mis padres.

—Hola, graduado.

Clay se acercó, ahora ya tan alto como yo. Había alcanzado su estatura adulta, tenía unos brazos gruesos por los músculos y los hombros anchos. Cuando la gente nos veía juntos, siempre creían que éramos hermanos.

—Lo he hecho. Por fin me he graduado.

¿Por fin? Había pasado a la velocidad de la luz.

Le aferré los hombros y lo miré a los ojos.

—No puedo expresar lo orgulloso que me siento.

Clay buscó en mi expresión, y su mirada reflejó lo mismo que la mía. Estaba en un momento vulnerable, sacándolo todo.

—No podría haberlo hecho sin ti.

—Sí, sí que podrías haberlo hecho, pero me alegro de habértelo facilitado un poco. —Le apreté los hombros, sintiendo cómo me dolía el corazón de lo mucho que quería a aquel chico. Era mi familia. Puede que no compartiéramos la misma sangre, pero era como si lo hiciéramos.

—No estaría aquí de no ser por ti.

Lo acerqué para darle un abrazo, con el pecho repleto de emoción.

—Te quiero tanto…

Clay me apretó con más fuerza.

—Yo también te quiero, papá.

Nunca antes me había llamado así. Ni siquiera estuve seguro de haberlo oído correctamente. Me aparté, mirándolo a la cara para confirmarlo.

—Eres mi padre —me respondió—. ¿Puedo llamarte así?

Ahora sí que no conseguí evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas. No pude frenar la emoción que me ahogaba desde lo más profundo de mi ser. Ni siquiera me sentía avergonzado.

—Claro que sí, si es lo que quieres.

—Lo es.

Volví a abrazarlo, sintiéndome como el hombre más orgulloso del mundo. Ya era un hombre completamente adulto, pero aun así lo abracé como si fuera un niño. No había llegado a conocerlo durante su infancia, pero sentía como si lo conociera de toda la vida. Yo era demasiado joven para sentir aquella clase de amor parental, pero aun así ahí estaba.

—Deja de acapararlo —dijo mi madre—. Queremos una fotografía

de nuestro nieto.

Parpadeé rápidamente y me aparté.

—Tienes razón. Es todo vuestro.

Taylor fue la siguiente en acercarse. Su barriga de embarazada era tan grande que la incomodaba. Le había traído un paraguas para que pudiera estar todo el tiempo a la sombra. A pesar de la enorme barriga, se veía tan guapa como siempre. De hecho estaba incluso más hermosa.

—Estoy tan orgullosa de ti, Clay. —Tuvo que girar el cuerpo para no chocar la barriga contra él.

—Gracias.

—Tu hermanito también se siente muy orgulloso de ti. —Se puso una mano sobre el estómago.

Clay hizo lo mismo.

—Estoy seguro de que sí. Noto cómo está dando patadas.

Taylor lo besó en la mejilla y volvió a darle un ligero abrazo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá.

Los ojos se le aguaron cuando la llamó así. Era la primera vez que lo oía.

—Los dos estamos tan felices por ti, hijo. —Le dio una palmada en el hombro antes de apartarse, llevándose la mano al instante a la barriga para sostenerla, una posición que le resultaba más cómoda.

Era mi turno de girarme hacia ella ahora que los abuelos de Clay estaban posando para las fotografías.

—Pequeña, tienes que sentarte. Hay un banco ahí mismo; ¿qué tal si bebes un poco de agua?

—Estoy bien, Volt. —Tenía los ojos fijos en Clay—. No me perdería esto por nada del mundo.

Le rodeé la cintura con el brazo.

—Sí… Hemos hecho un buen trabajo.

—No, tú has hecho un buen trabajo. Le salvaste la vida, Volt.

—No. —No creía que fueras así—. Fue él quien apareció en mi oficina para empezar. Quería una vida mejor, mostró iniciativa.

—Pero después se fue. Y tú lo perseguiste. No le quites importancia a tu papel en todo esto.

—Admito que lo ayudé, pero fue él quien hizo todo el trabajo,

—Pagaste su matrícula, no lo olvides.

Me encogí de hombros.

—Un chico inteligente como él lo habría conseguido de todos modos.

Taylor me sonrió, claramente prendada de mi humildad.

—Me alegro de que vaya a trabajar en la ciudad. Así podremos verlo todo el tiempo.

—Lo sé. —Ahora comprendía cómo se habían sentido mis padres cuando volví después de la universidad. Habían estado tan felices que hasta se les habían saltado las lágrimas. Atraje a Taylor contra mí, sintiéndome agradecido de que mi vida hubiese acabado yendo tan bien. Tenía a la mujer de mis sueños entre mis brazos, y otro hijo de camino. ¿Cómo podría haber sido mejor?

—¿Podrías hacernos una fotografía a mí y a mi padre? —preguntó Clay.

Nunca me cansaría de oírlo llamarme así. Encajaba tan bien. Me alejé de Taylor, yendo hacia él.

Clay me tendió su diploma.

—Sostenlo tú.

—¿Por qué?

—Porque toda esta felicidad es gracias a ti.

Todo el mundo nos observó en silencio, sonriendo de oreja a oreja, orgullosos.

Lo acepté y lo sostuve en alto.

Clay me rodeó con el brazo y sonrió a la cámara.

Yo también sonreí, pero lo que sentía era mucho más que felicidad. Era un millar de cosas a la vez. Nunca había sabido que podría querer a alguien de la manera en que quería a Clay. Nunca había sabido que alguien podría cambiarme tanto la vida, y siempre para mejor. Clay afirmaba que yo lo había salvado, pero él también me había salvado a mí. Me había convertido en un hombre mejor, había hecho que fuese un hombre digno de Taylor. Me había preparado para la paternidad, para mi próximo hijo, que estaba a punto de nacer. Me había dado tanto sin siquiera darse cuenta.

En cuanto la fotografía estuvo hecha, Clay llamó a Taylor con un gesto de la mano.

—¿Puedo tener una fotografía con los dos?

Mamá levantó la cámara.

—Claro que sí. Es tu día.

Taylor se colocó a su otro lado.

—Voy a parecer una vaca.

—Una vaca sexy, tal vez —respondí.

—Mamá, estás preciosa. —Clay le pasó el brazo por la cintura.

Taylor se derritió contra él de una manera en la que nunca se había derretido para mí. Su mirada se cruzó con la mía en una conversación sin palabras; ella había tenido un papel tan importante en su vida como yo, y juntos habíamos formado un gran equipo. Marcamos la diferencia dentro del aula, en el programa de tutorías y con un chico que sólo había necesitado ayuda,

Había creído que Sara era la escogida, pero sólo había sido algo pasajero hasta que llegara la mujer adecuada. Taylor era mi otra

mitad, la mujer con la que estaba destinado a pasar el resto de mi vida. Era ella la única que podía curarme, que podía volver a montar las piezas de mi vida. Había seguido a mi lado durante los momentos difíciles, y habíamos conseguido superarlo todo. No había duda de que ella y yo estábamos destinados a estar juntos y a vivir felices para siempre.

Ya ni siquiera recordaba una época en la que hubiera sido miserable. Llevaba siendo feliz desde hacía tanto tiempo que ni siquiera podía imaginarme otra manera de vivir. Parecía como si siempre hubiese sido así, como si siempre hubiese sido feliz.

Y siempre lo sería.

Querido lector,

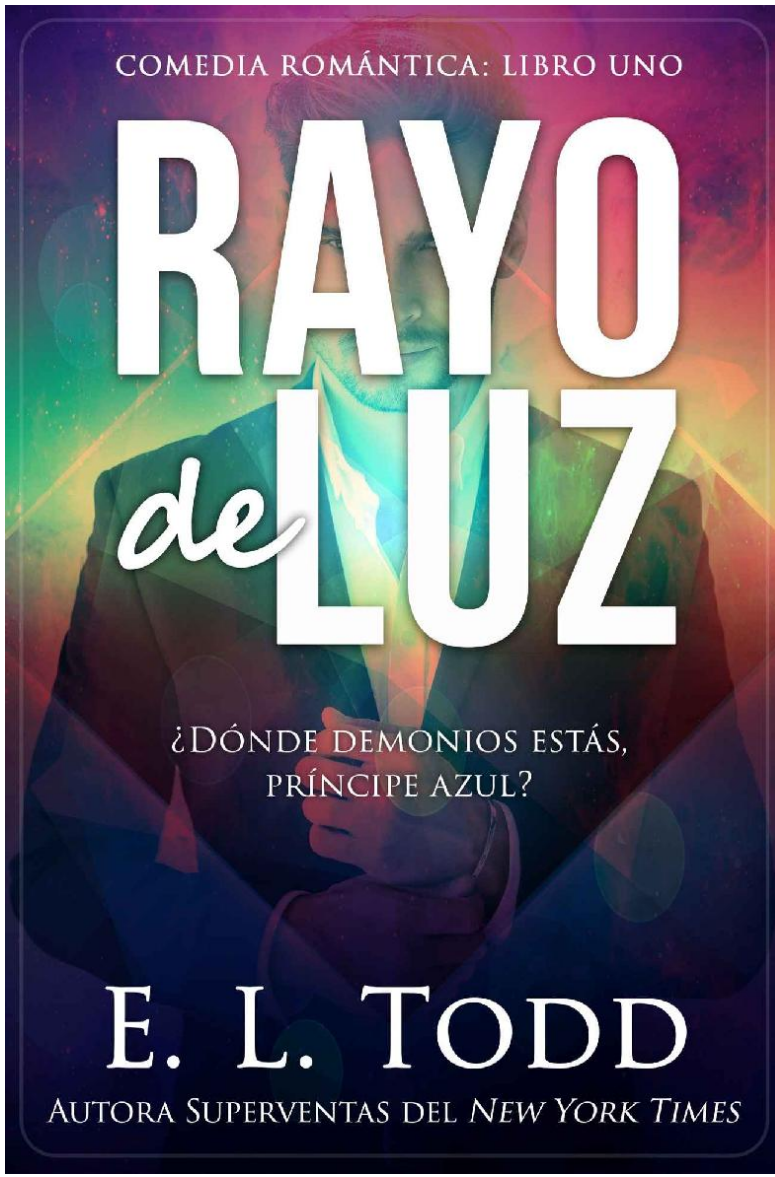
Gracias por leer combustión. Espero que hayas disfrutado de su lectura tanto como yo disfruté escribiéndolo.

¡Sería de gran ayuda si pudieras dejar una breve opinión! Esos mensajes son el mayor apoyo que puedes ofrecerle a cualquier autor. ¡Gracias!

Con todo mi amor,

E. L. Todd

Otras Obras de E. L. Todd



ordenar ahora

Table of Contents

Portadilla
Créditos
1. Volt
2. Taylor
3. Volt
4. Taylor
5. Volt
6. Taylor
7. Volt
8. Taylor
9. Volt
10. Taylor
11. Volt
12. Taylor
13. Volt
14. Taylor
15. Volt
16. Taylor
17. Volt
18. Taylor
19. Volt
20. Taylor
21. Volt
Epílogo
Querido lector,
Otras Obras de E. L. Todd